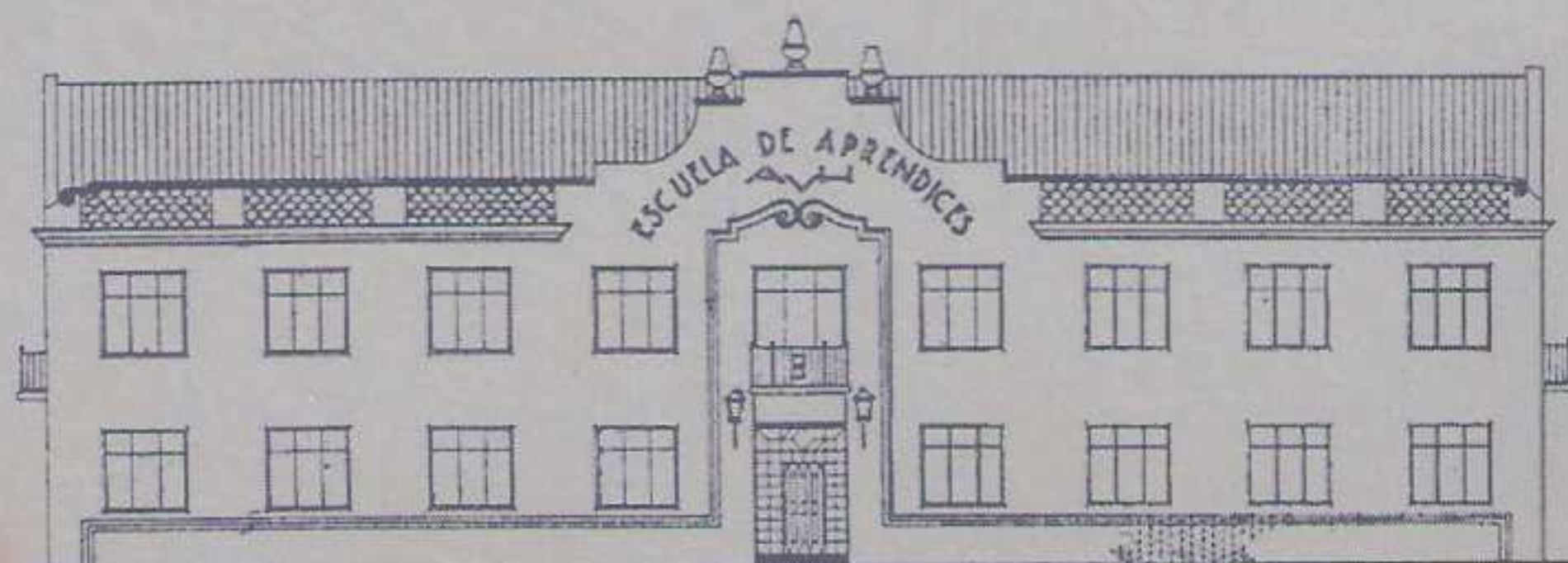
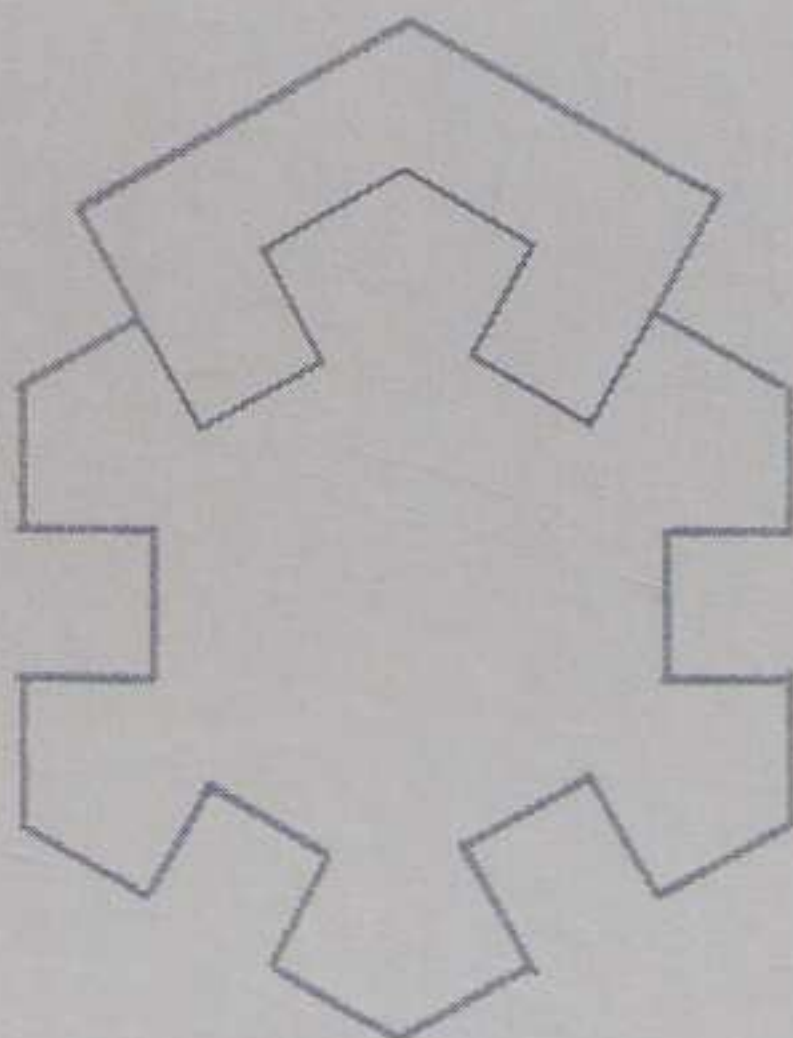


TESTIMONIOS DE APRENDIZ

Nº 1 - Enrique Moliner Bernabeu

Prólogo de Ximo Revert Roldán



Testimonios de aprendiz

Núm. 1 - Enrique Moliner Bernabeu

Prólogo de Ximo Revert Roldan

© Los autores, 2010

© De esta edición: Asociación de Amigos de la Escuela de Aprendices
de la minero-siderúrgica de Sagunto, 2010

Coordinador editorial: Ximo Revert Roldan

Diseño de edición y de colección: Fíbula de las Artes, s.l.

Impresión: Graficoop, Coop. V.

Depósito legal: V-4212 - 2010

INDICE

Pág.

Prólogo	5
Por Ximo Revert Roldan	
A modo de presentación	9
Introducción	10
Parte 1ª	14
Preparando el ingreso	
Parte 2ª	19
Mi curso. Año 1950	
Parte 3ª	49
Mis concursos	
Parte 4ª	68
Factor humano	
Epílogo	91

Prólogo de aprendiz

Por Ximo Revert Roldan

(Historiador y Gestor de Patrimonio Cultural)

Son tiempos de inmediatez. De premura por consumir lo que nos promocionan hasta la saciedad. Son tiempos de grandes y vistosos contenedores de cosas, huecos de saberes o realidades que transmitir. Son épocas en las que resulta más rentable derribar que restaurar, más electoral escenificar un enconado debate que escrutar escenarios para el diálogo. Nos proponen reciclar nuestra basura pero nos someten ciudadanamente a prescindir de lo que hemos guardado generosamente durante generaciones en nuestras ciudades. Intentan acostumbrarnos a la seducción de fenomenales nombres para grandes eventos sin que comprendamos donde cabe en todo ello lo particular y lo minúsculo: nuestra discreta aportación al mundo. Nos preparan escenarios donde no nos dejan ser legítimos actores. En algo de esto debe andar el valor del patrimonio cultural que nos queda.

En Sagunto hace décadas que la población mantiene un pulso expectante ante la dejadez de su patrimonio cultural. La estima y la consideración que los ciudadanos de Morvedre dedican a los importantes restos de su pasado lejano o reciente no son suficientes para hacer realidad el preámbulo de la Ley valenciana de Patrimonio Cultural. La rotundidad del patrimonio que todavía se aprecia desvalido por sus calles, plazas y puertos cuestiona la política municipal y valenciana en materia de patrimonio

A la tarea constante y minuciosa que emprendió en 1989 el Centre d'Estudis del Camp de Morvedre para reconocer, difundir y dar valor a ese pasado se han unido en estos últimos años diversas asociaciones en el municipio en un fenómeno social de eclosión de movimientos ciudadanos por la recuperación del patrimonio cultural del Camp de Morvedre.

El documento que tienen en sus manos es una aportación singular de la Asociación de Amigos de la Escuela de Aprendices de la Minero-Siderúrgica de Sagunto a la memoria industrial valenciana. Se trata de una contribución que se suma a otros trabajos en formato audiovisual que como "Tiempos Modernos...." de Vicente Martínez y Sara Esteller, fijan los relatos de la cultura industrial y obrera de los valencianos. *Testimonios de Aprendiz* pretende ser una colección editorial promovida por la Asociación

de Amigos de la Escuela de Aprendices con un objetivo concreto: recuperar los cientos de testimonios, sensibilidades y microhistorias de los que fueron alumnos de una institución educativa promovida por la minero-siderúrgica de Sagunto. Hablamos de generaciones que se alfabetizaron en sus aulas y encontraron un provenir al finalizar sus estudios.

Como proyecto educativo de la factoría hablamos de escolarizar a los primeros hijos de familias obreras desde 1912 llegados de la propia comarca, de Aragón y de ese rincón fronterizo de la Costera conocido por tener en su plaza mayor una fuente y una higuera. Ese proyecto educativo pronto asumió la función de formar profesionalmente a los futuros operarios de la fábrica: los aprendices. Como centro escolar, hablamos de un edificio singular e histórico, quizá el más antiguo de la ciudad-factoría en el puerto de un Sagunto eminentemente agrícola y comercial, hasta que en 2008 fue derribado contra los informes histórico-documentales que evidenciaban su valor y defendían su conservación en la Alameda del Consell junto a la Gerencia y las naves industriales que aún se conservan.

Los propietarios de la empresa y sus directivos lo sabían bien. Tras la contienda civil y una vez que la factoría siderúrgica de Sagunto es incorporada a la empresa madre de Altos Hornos de Vizcaya se trataba de garantizar una buena mano de obra en los distintos oficios de la fábrica, fidelizar el trabajo de miles de obreros y su descendencia, y sostener con orgullo y prestigio una identidad de adhesión que aun hoy perdura. Acceder a la Escuela de Aprendices significaba prometerse un provenir en aquellos años de posguerra y posterior autarquía del régimen. A ello contribuirá la proyección exterior de sus alumnos en los concursos provinciales y nacionales donde estos jóvenes Aprendices consiguieron importantes y honrosos primeros premios.

El testimonio de D. Enrique Moliner, registrado y presentado ahora en formato editorial, no solo es un ejercicio de memoria industrial, es la opción declarada de aportar una manera de trabajar por parte de esta asociación y una manera también de reivindicar el presente por parte de su autor. La discreta grandeza de este trabajo no es solo su contribución a la historia del municipio, a la historia del trabajo o la educación para profesionales. El ejercicio de la memoria se muestra en este caso con plena consciencia de su función social para las actuales generaciones que hemos visto como los intereses inmobiliarios y una deplorable gestión de los recursos culturales y sociales de nuestro territorio han sido capaces de sobreponerse al interés y uso público de bienes culturales insustituibles como el recientemente desaparecido edificio que albergó la Escuela de Aprendices.

La Asociación emprende con este título una colección de textos, a modo de suma de testimonios que contribuyan a la dignidad de quienes pusieron en pie con su esfuerzo y su trabajo esta ciudad-factoría siderúrgica en Sagunto. El objetivo claro es recoger el brillo de la voz, de las imágenes y de las sensibilidades entorno a la Escuela de Aprendices que todavía están bien vivas en la sociedad saguntina. El deseo de la asociación es poder sumar nuevos testimonios a este primer título de la colección que se inaugura con la voz vigorosa de Enrique Moliner.

Su relato aporta datos sensibles y útiles para los historiadores, pero también para la comprensión de la dimensión social y de cultura del trabajo que supuso las relaciones entre empresa y ciudad, entre minero-siderúrgica y familias trabajadoras. La nitidez de su memoria se presenta justo en los años en los que la fábrica siderúrgica consiguió –tras la postguerra– sus máximas cotas de empleados y de producción. Más allá de enternecernos, las palabras de Moliner describen instantáneas en blanco y negro de un tiempo en el que los procedimientos de enseñanza eran bien distintos al actual, donde la vida cotidiana se manejaba con grandes esfuerzos y saciaba su sed con el agua que viajaba en las tolvas del tren minero. Sin duda este testimonio nutre más si cabe la historia de la educación que tan acertadamente planteó Enrique Ruiz en el monográfico de Braçal (núm. 25, 2002) dedicado al centenario del nacimiento de Puerto de Sagunto.

Con esta colección la asociación nos propone además un interesante trabajo de relación intergeneracional que bien podría alimentar las consciencias de nuevos estudiantes de formación profesional, y por qué no, también de jóvenes alumnos de bachillerato que casi seguro tienen un padre, un abuelo o un tío que fue aprendiz. Leer estas páginas para algunos tiene la grata satisfacción de reconciliarnos socialmente con nuestra ciudad y nuestro territorio: con sus gentes. Lo confieso: yo también soy hijo de aprendiz. Y eso dignifica, sobre todo cuando presenciamos la sabia mirada y actitud de vida de quienes nunca dejaron de aprender, son ya expertos en tornear las adversidades, son capaces de hacer ajustes limando diferencias, perfilan ejemplarmente su compromiso social y parecen haber instalado, tras su jubilación, una dinamo imperecedera en su generosa contribución a una sociedad mejor. Agradezco desde aquí la invitación de la Asociación a prologar este primer título. Y felicitamos a aquellas entidades que con su contribución han hecho posible el arranque de esta andadura con la edición que ahora les presentamos.

Por delante quedan muchos testimonios por recoger, por registrar. Por delante tenemos los valencianos la inmensa suerte de tener esos testimonios vivos entre nosotros dedicando todo el coraje a trabajar, una vez más, por mejorar el espacio (la ciudad) que nos ha tocado vivir: es decir, por seguir siendo protagonistas de nuestra propia historia.

*A mi mujer y mis hijos.
A todos los aprendices y amigos.
A los que nos dejaron para siempre, profesores, maestros de taller,
personal no docente y alumnos.*

A lo largo de nuestras vidas, procuramos tener en cuenta muchos eventos, principalmente los que en su día nos dieron satisfacción. Otros, a pesar de haber sido negativos, los recordamos igualmente. La antigua Escuela de Aprendices, sea por un motivo o por otro, es uno de los referentes del pasado reciente que no debemos olvidar. Su labor social en el pueblo fue de tal envergadura, que a pesar de su derribo integral, siempre seguirá viva en nuestra memoria.

A modo de presentación

Mi nombre es Enrique Moliner Bernabeu. Mi edad: 72 años.

Durante el año 2008, me he decidido a escribir este libro, sobre la base de la recopilación de una serie de datos sobre un tema, o más bien un pasaje de mi vida que determinó mi futuro. Mi sana intención es darlos a conocer de una manera personal, añadiendo para mí lo más importante, lo que mi memoria hoy me permita recordar.

Se trata concretamente de comentar mis primeros estudios básicos y los profesionales, es decir desde cuando tenía doce años (1947), hasta mi ingreso definitivo en la Empresa de A.H.V. – S.A. (1954). Antes y después de estas fechas añadiré los pasajes necesarios para mejor comprensión y que estén ligados directamente con la base central del relato principal de estos años.

Si por alguna razón, involuntariamente cometo algún error o equivocación, bien sean referidas a fechas, lugares, nombres, etcétera, pido disculpas anticipadas.

Durante la exposición de los hechos, nombraré necesariamente a personas que un aciago día nos dejaron para siempre. De todos ellos guardo en mi memoria los más gratos recuerdos. Estoy seguro y lo digo con toda sinceridad, que voy a tener verdaderas dificultades a la hora de comentar algunos hechos, anécdotas o conversaciones, en las que les tenga que mencionar.

Por lógica natural, todos los diálogos descritos son producto de mi imaginación, aunque y quiero ser sincero, he tratado de acercarme al máximo a la realidad que se dio en su día.

Introducción

De todos los centros escolares en los que he asistido, pienso que dos de ellos fueron los que marcaron mi futuro, en lo referente a adquirir conocimientos de cultura general y profesional.

Tal como he comentado anteriormente, los dos centros fueron, el Colegio de Nuestra Señora de Begoña para cultura general y el ya desaparecido la Escuela de Aprendices de AHV. El primero, remodelado recientemente, me preparó lo suficiente para conseguir ingresar en el segundo, el cual me daba la oportunidad de aprender un oficio.

Sobre el segundo, todos sabemos que en el verano de 2007 fue derribado de manera “extraña” e incomprensible. Su historia física y humana nadie la pone en duda. Fue un edificio emblemático para el pueblo mientras existió en pie. Su aspecto era monumental y singular a la vez. A lo largo de los años se fue remodelando, cambiando con ello su aspecto físico y su utilidad. Reconozco que en los últimos años su deterioro era preocupante, ya que nadie se dignó a adecentarlo y ponerlo al servicio de los ciudadanos.

Recordando su historia, diré que la razón de su creación fue para dedicarlo principalmente al sistema educativo. No obstante, por circunstancias especiales del momento, se utilizó a la vez como capilla para el culto religioso.

Los niveles de formación fueron desde el parbulario, en sus primeros tiempos (1941), hasta finalmente la educación de adultos con carácter exclusivamente profesional (1966).

Sin lugar a dudas, por el prestigio que adquirió en la población y por su efecto positivo a todos los niveles sociales, este edificio siempre será recordado, aunque ya no exista.

La importancia que para la comarca saguntina tuvo el centro, se ha considerado por distintas instancias educativas como excepcional. Hoy reivindicó como un deber moral para todos nosotros, antiguos alumnos y amigos, el recuperar para la sociedad actual y venidera, el edificio por su memoria y valor histórico que indiscutiblemente representó para la ciudadanía.

A pesar de la utopía que parece ser en principio, seguro que todos deseamos que resurja de sus cenizas como el ave fénix, volviendo a ser el edifi-

cio que siempre fue y que debido a las “extrañas” circunstancias y a las decisiones políticas, lo convirtieron en un montón de escombros, sin consideración y con cierta o con mucha alevosía.

Cuando la empresa denominada entonces A.H.V-F.S. se hizo cargo del edificio, lo restauró y lo dedicó exclusivamente a preparar a los muchachos que lo desearan y mostraran buenas aptitudes para trabajar. Para ello le enseñaba gratuitamente un oficio.

Ese centro escolar, fue la plataforma de lanzamiento para los jóvenes de muchas generaciones hacia un futuro estable y duradero, debido a que, una vez se finalizaban los cuatro años de estudios, por supuesto de forma positiva, todos eran contratados por la empresa siderúrgica, con carácter indefinido.

A partir de 1941, todos los muchachos de la zona, con la edad de 14 ó 15 años que tuvieran la ilusión de llegar a ser algún día un buen profesional de oficio, encontraban la solución ingresando en esa escuela.

Para ingresar en el centro, los jóvenes interesados tenían muy claro que deberían adquirir previamente una suficiente preparación, ya que de no ser así, no serían capaces de superar las pruebas que se exigían. Para salvar esa situación, lo idóneo y necesario, era asistir a los colegios de enseñanza reglada y con un nivel medio. En esos centros los conocimientos adquiridos solían ser suficientes.

Un hecho a destacar fue cuando el mes de noviembre de 2002, se celebró el centenario de la fundación del Puerto de Sagunto. Entre los actos programados, estaba la exposición titulada “Un siglo de hierro”. Junto con diferentes utensilios, cuadros alegóricos a la fábrica y demás objetos, me llamó la atención una vitrina que yo conocía muy bien, por ser la que estaba situada siempre en la entrada de la antigua Escuela de Aprendices. En su interior se mostraban algunos de los trabajos que en su día realizamos los aprendices en distintas épocas, piezas de ajuste, de torno y fresa. Eran los trabajos de los diferentes concursos.

Varios días estuve pensando en la necesidad de que, el ciudadano que tuviera interés en saber un poco más de esa época, se le informara con alguna forma de documento.

Cierto día del verano de 2007 presenciamos, con gran pena por cierto, el derribo integral del edificio. A decir verdad, el inmueble estaba desde hacía

mucho tiempo prácticamente en ruinas, precisamente desde que se abandonó siendo el colegio Joaquín Gamón. Cuando presenciamos la destrucción total, sentimos como si una parte nuestra se destruyera también. En ese momento me vino a la memoria, como una película a gran velocidad, los cuatro años que pasé en su interior estudiando teoría y aprendiendo las “bases” de varios oficios en general y el de ajustador en particular.

Unos días más tarde, qué casualidad, un grupo de antiguos alumnos me requirieron para que colaborara en la creación de una asociación, cosa que me ofrecí muy gustosamente. En una de las primeras reuniones, tratamos el tema y pensamos que a esa exposición le faltaba algo, como eran los comentarios textuales de lo acontecido en esos concursos y si los mismos eran por los propios participantes mucho mejor.

Otro punto importante que tratamos, fue el reivindicar el edificio de la antigua Escuela de Aprendices y su historia social y humana. Pensé que me habían adivinado el pensamiento y accedí sin pensarlo dos veces.

La asociación en cuestión, es la denominada “Asociación de Amigos de la Escuela de Aprendices de la Minero Siderúrgica de Sagunto”. Nos atrae la idea de volver a recordar tiempos pasados y dar a conocer a todos los interesados, lo relacionado con ese centro en el aspecto más amplio posible.

Recuerdo del Colegio



Progreso, 49
CATARROJA
[Valencia]

NOVIEMBRE 1946

Manuel Reinoso

Recuerdo del colegio, noviembre 1946.
Clase 5ª con Don Serafín Izquierdo

Parte I

Preparando el ingreso

Mi primer lugar de residencia en el Puerto de Sagunto, fue en un barrio muy pequeño situado justo al lado de la iglesia de Begoña. A ese barrio se le conocía con el sobrenombre de “las casitas de la iglesia”. Era el año 1939. Tenía yo entonces cuatro años de edad.

Frente al barrio se encontraba un edificio singular, el cual salió prácticamente ileso de la guerra civil. Este edificio, según algunos historiadores, fue construido por la Compañía Minera de Sierra Menera, allá por los años 1910 – 1911, asignándosele el nombre de Grupo Escolar Sota y Aznar. A partir de los años 1920 – 1921 pasó a utilizarse como Escuela de Artes y Oficios y como capilla provisional. El año 1941 se hizo cargo la empresa siderúrgica AHV-FS, siendo a partir de entonces la Escuela de Aprendices hasta el año 1966, que pasó de nuevo a colegio con el nombre de Joaquín Gamón.

Lindando con este pequeño grupo de casas y separado por un muro de unos tres metros de altura, estaba la Siderúrgica del Mediterráneo, en adelante la Fábrica o la Empresa.

Pocos meses estuve viviendo en ese lugar, ya que la dirección de la empresa destinó a mi padre a Tarragona, para realizar unos trabajos. Allí estuvimos viviendo dos años. Al poco tiempo de regresar le destinaron a otra localidad, ahora a la ciudad de Alicante y por otros dos años.

Pasados estos cuatro años mencionados, regresamos definitivamente al Puerto. Eran principios de 1944. Tenía ocho años cumplidos.

Mi nuevo lugar de residencia estaba bastante alejado de las “casitas de la iglesia”. Cierta día fui por allí y me dio mucha pena el ver que las habían derribado y convertido en un enorme montón de escombros.

Me acerqué al edificio singular que cuatro años atrás me llamara la atención y comprobé que había sido transformado. Ahora era la Escuela de Aprendices de A. H. V. - F. S. Tal como rezaba bien visible, en la parte superior central de la fachada principal.

Me uní a un grupo de muchachos que estaban conversando en la puerta. Uno de ellos era mi primo Juan Espulgues Bernabeu, el cual estaba cursando el primer año. Le pedí que me enseñara la escuela por dentro, cosa que hizo con agrado. Me dijo que ya estaba funcionando como Escuela de Aprendices desde hacía dos años y que estudiaban para ser profesionales de oficio y con un destino seguro, la Fábrica.

Hoy pienso que aquel día en mi interior, a mis casi nueve años de edad, tal vez en aquellos momentos, se me despertara la ilusión de ingresar yo también en esa escuela. Lo que es seguro que no pasaría por mi imaginación, que seis ó siete años más tarde se cumpliría esa ilusión, marcando con ello mi futuro profesional.

Por esas fechas realizaba mis estudios en una escuela situada en la calle del General Primo de Rivera, hoy La Libertad. Esa escuela era muy conocida por el pueblo, por ser la que daba acceso como empleado a las oficinas de la Fábrica, siempre que se obtuvieras buenas notas en los exámenes. Esa favorable eventualidad les sucedió a varios alumnos de mi clase, al cumplir los dieciocho años. Los más jóvenes, como era mi caso, teníamos que esperar a tener la misma suerte.

Los profesores eran don Félix Dúo y don José María Tarrazona. Yo estudié con don José. Ignoro si por la edad o por mis conocimientos. Este profesor también daba clases en la Escuela de Aprendices, por entonces famosa y deseada por los jóvenes de la época.

A primeros de septiembre de 1947, con casi doce años de edad, ingresé en el Colegio de Nuestra Señora de Begoña.

El día 2 de octubre se celebró la inauguración del colegio. Esa mañana, todos los alumnos agrupados en el patio escuchamos desde el balcón las proclamas de varias personas alabando el colegio y el próspero futuro que del mismo se esperaba.

Al final del acto nos ordenaron cantar el Himno Nacional, con la letra impuesta por el Gobierno y que por cierto, casi todos la conocíamos por haberla aprendido a la fuerza en las escuelas anteriores. Todos los días antes de entrar a las clases se tenía que cantar.

Una vez entrábamos y nos sentábamos en nuestro pupitre correspondiente, el ambiente y el bullicio sin maestro era espectacular. Cuando el maes-

tro entraba, la clase parecía un entierro por el silencio sepulcral que se daba. Motivo principal: el temor al castigo que por entonces se acostumbraba, bien físico como moral. Físico con los golpes de diversa índole, que no voy a recordar y moral con amenazas de expulsión y llamadas a los padres para comunicarles lo que para ellos se había hecho mal, que la gran mayoría de las veces eran “chiquilladas”.

Los profesores del centro escolar eran: el director D. Vicente Maties, en la primera clase estaba D. Valentín D'Ocón, en la segunda D. Félix Dúo, en la tercera D. Francisco Andani, en la cuarta D. Vicente Masip, en la quinta D. Serafín Izquierdo y en la sexta D. Julián Sánchez.

Nos asignaron las clases tomando como referencia principal la edad y dentro de ese parámetro los conocimientos de cada cual, en función de contestar adecuadamente una serie de preguntas de diferentes asignaturas.

Con esas condiciones me valoraron y me asignaron la clase quinta, con D. Serafín Izquierdo.

Todos los libros y demás utensilios escolares nos los entregaron gratuitamente.

Tres años estuve estudiando. Durante el primer año las clases se desarrollaron para mí de una manera normal. A decir verdad, no tuve apenas dificultades en llevar delante de forma positiva los estudios y las enseñanzas que verbalmente el maestro me aportaba.

Durante este curso nos llevaron a Valencia para visitar el museo de Ciencias Naturales. Si comento esta visita es debido a un hecho de vital importancia que me influyó para mi futuro próximo.

Cuando me encontré frente a frente con el esqueleto de un enorme dinosaurio, me pregunté mentalmente: “Si alguna vez me preguntaran por los nombres de estos animales prehistóricos me vería en un apuro, ya que por mucho que lo intento, no hay forma de memorizar tal cantidad de nombres, todos se parecen pero todos son distintos”. No sospeché que esta razonable duda condicionaría algún día mi futuro, tal como sucedió dos años después.

El segundo año continué con D. Serafín por motivos de excesos de alumnado en la siguiente clase, la de D. Julián.

Durante este año se hizo una convocatoria para cubrir tres becas de estudios superiores. La dirección del centro, después de consultarnos, apuntó a los alumnos que consideraba lo suficientemente preparados para afrontar el examen. Entre ellos me encontraba yo. Por un lado me alegré y por otro pensaba que si conseguía la beca, tal vez no sería capaz de poder mantenerla hasta el final de la carrera.

El examen se realizó en los locales del centro escolar Enseñanza Media, hoy sede de la Tenencia de alcaldía. Fueron dos días en horario lectivo, lo que duraron las pruebas. Al finalizar cambié impresiones con Agustín Romero, también aspirante y compañero de clase. Los dos coincidimos en que lo habíamos hecho muy bien.

Estaba convencido de que una de las plazas o becas, iba a ser para mí. Días más tarde dieron los nombres de los afortunados y silenciaron los que se quedaban en “puertas”. Aún hoy, cuando me junto con Romero, comentamos esa convocatoria y coincidimos en que éramos nosotros los siguientes y que de una forma ilegal nos arrebataron las becas. Yo realmente no estoy completamente seguro, por ello ni confirmo ni desmiento.

El año en general lo pasé sin novedad. Tuve al final la calificación de sobresaliente y me regalaron el libro de texto para el año siguiente. El acto se celebró en el Colegio de María Inmaculada “El Convento”.

Don Serafín me tenía en muy buena consideración, de hecho muchas veces me dio a entender que ya estaba preparado para estudios superiores, pero debido a la triste experiencia sufrida con las becas, mi decisión ya estaba tomada. Quería ir a la Escuela de Aprendices para aprender un oficio.

Casi siempre estaba en los primeros puestos de la clase. Terminé también con muy buenas notas. En este caso gracias al examen final. Examen que se hizo con la supervisión del inspector de las escuelas D. Antonio Michavila. Este profesor nos hacía preguntas y si la contestabas bien te calificaba con la nota 10, que era la superior. Por suerte todas las contesté correctamente. La nota media fue de nuevo sobresaliente.

El tercer año lo pasé con D. Julián Sánchez. Era la última clase del colegio. De ahí se pasaba a otros centros para estudios superiores o para profesionales.

Estaba ocupando el tercer puesto de la clase, cuando cierto día nos comunicaron que se iba a hacer una especie de competición entre nosotros. Se trataba concretamente de enfrentarnos los diez primeros, para elegir a los tres que ingresarían directamente a la Fábrica, como empleados de oficina.

Antes de comenzar la competición, nos dieron a conocer las reglas, consistentes en contestar las preguntas que teníamos que hacernos unos a otros. En función de las respuestas acertadas se iría adelantando puestos.

Al principio, como he dicho, estaba el tercero de la clase. Cuando me llegó el turno de preguntas, la fatalidad quiso que la última pregunta que me hizo, el que entonces ocupaba el cuarto lugar y con muy mala leche por cierto, pues se refería a los dinosaurios. No supe contestar bien y eso me supuso pasar a ocupar su lugar, es decir el cuarto puesto.

Ese fue el resultado final que tuvo como consecuencia quedarme otra vez en “puertas”. Los tres primeros pasaron directamente a las oficinas de la Empresa, junto con los que tenían más de dieciocho años.

El presentimiento que tuve en el museo frente al dinosaurio se había cumplido con creces. Este hecho marcó definitivamente mi futuro, ingresar en la Escuela de Aprendices para ser profesional de oficio.

Finalicé mis estudios en el Colegio de Nuestra Señora de Begoña. Tenía 14 años de edad. Era principios del verano de 1950.

Parte II

Promociones o cursos

Curso de 1950. El ingreso

Durante el verano de 1950, me inscribí para hacer el examen de ingreso en la Escuela de Aprendices.

Antes de las pruebas, procuré contactar con algunos de los últimos aprendices, con el fin de que me orientaran. Dos de ellos me informaron sobre las pruebas que tuvieron que hacer. Según ellos, solían poner siempre las pruebas muy parecidas, consistentes en una gran división de decimales y el dictado, para ver como estabas en Gramática, concretamente con las faltas de ortografía.

Para prepararme mejor asistí a las clases particulares con D. José María Tarrazona, dónde estudié hasta la fecha del examen.

A primeros de septiembre de 1950, pusieron los avisos para presentarnos a la prueba. Ese día nos juntamos en la puerta alrededor de doscientos aspirantes, con edades comprendidas entre los 14 y 15 años.

El examen fue de los más difíciles que había hecho hasta entonces. Los temas eran completamente nuevos para mí. Parece ser que por entonces comenzaron a emplearse nuevos sistemas de pruebas, como era el psicotécnico, con ejercicios matemáticos, preguntas con doble o triple intención, de capacidad de observación, etc. Prácticamente como se hacen hoy en día de una manera normal, pero en aquella época me “cogió por sorpresa”.

Al comentarlo en la calle, vi que a los demás les había ocurrido lo mismo. Por esas fechas vivíamos en la población cercana de Gilet. Todos los días mi padre, cuando salía del trabajo, se acercaba a la escuela para ver si ponían la lista de los aprobados. Cierta día, durante la cena me dijo: -Mañana por la mañana baja al Puerto que ya han puesto las listas.

Esa noche apenas pude conciliar el sueño, pues los nervios me lo impedían. Al día siguiente, después de desayunar cogí mi bicicleta y le monté el farol, el cual funcionaba con carburo. Llené el depósito de agua y ni corto ni perezoso, me deslicé carretera abajo a una buena marcha. Media hora más tarde estaba en la puerta de la escuela. Una multitud de muchachos se agolpaban cerca de ella. Tuve que esperar varios minutos, hasta que

uno de ellos que me conocía me dijo que había “sacado” el undécimo puesto. Le agradecí esa información pero prefería comprobarlo yo mismo. Por fin pude llegar lo suficientemente cerca como para poder leer los nombres. No me había engañado, pues ciertamente había sacado el número once. Seguí mirando y vi con alegría que varios de mis amigos de Begoña estaban también aprobados.

Me llamó la atención la cantidad de nombres que había en la lista, sesenta y uno, más un repetidor.

Miré mi reloj y al ver que eran más de las ocho de la tarde, subí de nuevo en la bicicleta y regresé a Gilet. En el camino me surgieron varios problemas. Salidas de cadena, caídas sin consecuencias graves, hasta un pinchazo que pude subsanar con cierto trabajo. Pero el que más me afectó fue el provocado por el alumbrado del farol ya que funcionaba con carburo y debido al viento, se apagaba quedándome completamente a oscuras, con peligro para mi integridad física. De ahí una de las caídas. Por fin llegué a mi casa y cuando les comuniqué les noticia se alegraron y me dijeron que a la semana siguiente volveríamos al Puerto. Esa decisión de mis padres me produjo una enorme satisfacción.

Cumplieron la promesa y cuatro días después pasamos a vivir en la calle Poeta Llompart, a un kilómetro, más o menos de la escuela.

Primer día de clase

Llegó el día tres de octubre de 1950. Salí de casa muy emocionado. Por un lado el nerviosismo que me suponía enfrentarme a los profesores. Sentía cierto temor y respeto hacia ellos, no exento de curiosidad estudiantil. Por otro lado deseaba conocer a los nuevos compañeros esperando tener la suerte que tuve en el Colegio de Begoña. Pensaba en Cosín, Esteban Juan, Domínguez, Perales, Moral, Romero y algunos más. Ellos también iniciaban el curso como yo.

Al llegar a la alameda y ver al resto de los alumnos mis temores se desvanecieron y sin dudarlo me integré en uno de los grupos, entre ellos se encontraba mi amigo Perales.

Todos correctamente equipados con el uniforme escolar, consistente en un “mono” azul, el cual llevaba grabado en el bolsillo izquierdo superior un escudo con las siglas A.H.V.

Para distinguirnos de los del segundo curso, nos dieron un cinturón marrón claro y un cuello postizo del mismo color.

Me acerqué al grupo y oí que estaban hablando sobre la cantidad de alumnos que nos habían admitido.

Al poco rato intervine en la conversación.

–En el recreo voy a anotarme los nombres de todos, antes de que retiren la lista de la puerta – dije.

–Mirad ya nos están llamando – dijo Ángel comenzando a caminar hacia la entrada.

Todos le seguimos un poco nerviosos. Íbamos impecablemente equipados con nuestros uniformes y como no, orgullosos de llevarlos.

Entramos al edificio, por cierto un poco alborotados, por lo que dio lugar a una llamada de atención dada por una persona uniformada, que momentos después supe que era el conserje señor Boillos. De aspecto serio y con gestos característicos de aquel que ordena y manda.

Subimos a la planta superior que era donde estaban las aulas. En la planta baja estaban distribuidos los distintos oficios.

Me senté en el lugar que me correspondía por orden de lista. El número once era el mío y a mi lado se sentó Ángel Herrero con el número diez. Ese primer día fue para todos muy emocionante. En nuestros semblantes se nos notaba la satisfacción de ser alumnos afortunados de la escuela más famosa de la zona. Era el único centro dónde se podía aprender un oficio. Además con la condición afortunada de que, al terminar el aprendizaje de una manera satisfactoria, los implicados pasaríamos de manera automática, a ser plantilla fija en la Fábrica, con la categoría profesional de oficial de 3ª en el oficio que te otorgaran, bien por haberlo solicitado o por decisión de la Escuela. Por supuesto influía mucho la calificación final que obtuviéramos en el último año.

Una vez en el aula, el conserje, nos dio a viva voz su primera orden.

– ¡Silencio!– dijo con voz potente – aunque estéis sentados cada uno en el lugar que les corresponde, según el examen, voy a nombraros por orden alfabético y me han de confirmar su presencia con un ¡presente! ¿De acuerdo?

No esperó la respuesta y empezó a nombrar.

- ¡Agustín Romero Macián!
- ¡Presente! – contestó el nombrado.
- ¡Ángel Herrero Herrero!
- ¡Presente! – gritó el interpelado
- Voy a seguir nombrando y no quiero que gritéis – dijo con cara de pocos amigos.

Se escuchó un murmullo y alguna voz por el fondo de la clase que protestaba.

- ¿Quién ha dicho algo por allí? – dijo mirando descaradamente al grupo del fondo.

La respuesta fue un silencio sepulcral.

- Voy a seguir y no quiero interrupciones.

Miró de nuevo la lista y continuó.

- Ángel Perales Yuste.
- ¡Presente y cumplido!

A esa respuesta el conserje le dedicó una mirada, mezcla de odio y prepotencia. Ángel aparentó que se turbaba y se acomodó en su pupitre con una sonrisa. Los que le conocían pensaron que si seguía contestando así lo pasaría mal. Sabían a ciencia cierta que él seguiría con sus bromas a pesar de todo.

- No lo voy a repetir más, u os portáis bien o salgo y le doy parte al director. Esta no es forma de comenzar el curso – replicó con cara de enfado característica en él.

De nuevo otro silencio y de improviso se abrió la puerta y entró una persona de aspecto mayor, debido a su pelo canoso y cara seria.

- ¿Qué ocurre? He oído voces desde mi despacho.
- No, no pasa nada, son cosas de la juventud.
- No me importa la juventud, lo que quiero son hombres y como tal se deben comportar ¿estamos?
- Estamos... estamos don Diego. No volverá a ocurrir.

El personaje salió y el conserje haciendo un recorrido con la vista por toda

la sala, dijo señalando la puerta.

– Esa persona que ha salido es don Diego Gordillo, director de la escuela y con capacidad y atribuciones otorgadas, para despedir sin contemplaciones a todo aquel que ose interponerse en su camino. Ahora vamos a continuar.

A partir de ese momento todo fue correctamente. Los alumnos se habían en cierto modo impresionado por lo sucedido.

Nombró a continuación a Antonio Domínguez Carrión. Antonio Hernández García. Antonio Martínez Doménech. Antonio Revert Vallcanera. Antonio Simón López. Aurelio Huerta Escriche. Casimiro Gea López. Clemente de la Cal Esteban. Domingo Coronado Martín. Enrique Belmonte Cayuela. Enrique Moliner Bernabeu. Enrique Prades Arcusa. Ernesto Esquer Orellana. Esteban Juan Guillem. Eusebio Berzosa Abril. Francisco Alós Bono. Francisco Cadalás Alcamí. Francisco Madrid Blázquez. Francisco Ortega Muñoz. Francisco Ríos Rosell. Francisco Villalba Dobón. Ginés Sánchez Alcaraz. Guzmán Aznar Escrich. Joaquín Cosín Sayas. José Arnau Gil. José Centelles Chirivella. José Jerez Valverde. José Larios Ferrer. José Linares Marco. José López Belmonte. José Luis Aja Pascua. José María García García. José María Martínez Marcos. José Pérez Cuadrado. José Pérez Martínez. Juan Moral Jiménez. Juan Ruiz Tejedor. Julio Francés Tomás. Manuel Catalá Ferri. Manuel Sáez Bel. Manuel Segura Ripollés. Manuel Tárraga Blaya. Manuel Tomás Miguel. Manuel Torres González. Manuel Villalba Mata. Mariano Berzosa López. Mariano Moreno Castillo. Martín González Martínez. Miguel Morillas García. Pascual Díaz Muñoz. Rafael Algarra Luis. Ramón Margarit Doménech. Salvador Lloris Ponce. Santiago Anquela Gomis. Tomás Sayas Vázquez. Vicente Muñoz Castaño. Vicente Pastor Marín. Vicente Rodrigo Benito.

Cuando citó a este último, pregunto si se había quedado alguien sin nombrar. Sentado en el primer pupitre un muchacho levantó su brazo.

– A mi no me has nombrado.

El conserje le miró a él y a la lista y dijo con cara de muy pocos amigos:

– Sr. Solera, usted debería estar sentado al final, por ser repetidor, pero yo no decido, así que cuando entre el primer maestro le pregunta si ese sitio es el suyo.

Dicho esto salió de la estancia.



Grupo de alumnos en pirámide.
Curso 1950-51 – El Padre Jaime con 62 alumnos
en la Alameda, junto a la fachada del Colegio de Aprendices

Nos miramos unos a otros con cierta sorpresa. No esperábamos que un simple conserje nos intimidara de esa forma. En el fondo entendíamos que en la época que estábamos – once años del final de la guerra – no era para hacer presión sobre los conserjes y mucho menos sobre los profesores o maestros de oficio. El temor a las represalias estaba siempre en nuestras mentes. Por lo menos ese era el comentario general.

Con todo lo dicho, estaba el factor edad de los que allí estábamos. Unos con buena disposición para aprender lo máximo para su futuro. Otros para, de alguna forma, pasar los cuatro años como de “oyente” y el tiempo al final diría la última palabra. Los más, intentando hacer las cosas lo mejor posible, a sabiendas de que su preparación no era suficiente, pero decían que, con un buen comportamiento y unas buenas prácticas en los oficios, compensarían esa falta de conocimientos teóricos.

La clase estaba situada en el extremo derecho, entrando por la puerta principal, lo que solíamos decir, en el lado Sagunto. Estaba iluminada de día por cuatro ventanas grandes y un balcón, el cual siempre estuvo cerrado. Por las ventanas que daban al oeste, veíamos a las personas que entraban o salían de la fábrica. Igualmente “veíamos” a otras personas, generalmente mujeres de distintas edades, que hacían ese camino para suministrarse del agua potable que traían las locomotoras del mineral de Ojos Negros. La Compañía Minera de Sierra Menera, aprovechaba los viajes de mineral, para en una de sus tolvas, acondicionada adecuadamente, traer agua potable de una excelente calidad. Por esa época el agua potable de las casas no ofrecía garantías de salubridad y como tampoco se vendía como hoy, el pueblo se suministraba en las entonces famosas “tolvas”. Si comento esto, es debido a que por una de esas ventanas vi por primera vez a mi mujer. Fue un día durante el tercer año. Nunca se me ha olvidado y a ella tampoco, ya que lo recordamos en muchas ocasiones. Volviendo a la clase, una vez que el señor Boillos abandonó el aula, todos tardamos varios minutos en reaccionar. Luego como si de un resorte mental se tratara, cada cual volvió a ser el mismo.

De forma instantánea, casi toda la clase comenzó a hacer comentarios, creando con ello un murmullo con un volumen bastante elevado. No habían pasado ni dos minutos, cuando entró en la clase el director don Diego Gordillo. Subió a la tarima de madera, dispuesta exclusivamente para los profesores, la cual estaba a una altura de unos cincuenta centímetros del suelo. Allí se había colocado una gran mesa y una silla. Se sentó en ella y comenzó con un “discurso” de bienvenida.

– Buenos días, supongo que ya sabéis quién soy yo, por lo tanto una vez hecha mi presentación, vamos a comenzar el curso. Espero de ustedes lo mejor en todos los sentidos, principalmente para que lleguen a ser unos buenos profesionales. Pronto se enteraran de lo duro que es el aprendizaje, tanto en las distintas asignaturas, como en los oficios. Por hoy nada más tengo de comunicarles, así es que ahora les dejaran salir al recreo y cuando regresen conocerán a los demás profesores. Buenos días. Se levantó con rapidez y salió de la estancia.

Nos miramos unos a otros un poco sorprendidos. No esperábamos un principio como este.

Ese mismo día nos informaron de quienes iban a ser los profesores. Para las asignaturas teóricas de los dos primeros años. Serían: don Diego Gordillo, para Aritmética. Don José María Tarrazona, para Historia de España, Geografía, Gramática y Cultura Cívica y en caso necesario sustituir a don Diego en Aritmética. Don Vicente Tobajas, para Geometría. El sacerdote don Jaime Pons para la Religión. Don Carlos Escrich para Física y Química y don Jerónimo Morillas para el Dibujo Técnico.

Para las asignaturas prácticas en los oficios, teníamos: el señor Castell en Ajuste y Trazado. El señor Santibáñez en Maquinaria. El señor Morales en Electricidad. El señor Rafael en Lampistería y el señor Tomás en Moldeo y Fundición. En los cursos primero y segundo, el señor Bernardino en Carpintería y Modelos. Para la Educación Física se designó al señor Gregorio. Durante este primer curso se daban las clases teóricas por las mañanas y por las tardes las prácticas en los diferentes oficios. Como Secretario de la escuela estaba don Carlos. Los conserjes eran el señor Boillos y el señor Nieto

Un día cualquiera

Recuerdo el día cuando Gordillo entró en el aula para dar su clase. Todos sin excepción nos quedamos mudos. Esperábamos con cierto temor a ver por dónde salía. Sacó su lista y preguntó si faltaba alguno. Al no recibir respuesta dio por hecho que la clase estaba completa. Encendió un cigarrillo y llamó al número uno a la pizarra. Era José María García.

Antes de preguntarle nada se fijo en la mesa primera, en la que había estado sentado José María y viendo que su pareja de pupitre era Solera y además sentado en el lugar del primero, le preguntó con cierta aspereza:

- ¿Qué hace usted sentado ahí? Debería estar el último por sus propios méritos. Pero voy a ser magnánimo esta vez y le dejo estar. Al final del curso a ver cómo se comporta en los exámenes, porque en ello le va su futuro como profesional.

Comprendí que se refería a pasar a Fábrica como oficial o como peón – especialista.

Miró a José María que permanecía junto a la pizarra, evidentemente nervioso a la espera de lo que Gordillo le preguntara.

Las primeras preguntas fueron de “tanteo” y al ver que no sabía contestarlas, fue nombrando al azar hasta seis o siete y nadie supo contestar correctamente.

- A ver si usted responde bien a mis preguntas – dijo señalando a Joaquín Cosín.

El muchacho se levantó muy perturbado. Le había cogido de improviso. Reaccionó ante la situación creada y se armó de valor.

- ¿Qué número tiene usted?- le preguntó.
- El seis – contestó muy nervioso.

Miró la lista y leyó en voz alta.

- Joaquín Cosín Sayas – levantó la vista del papel y le hizo una pregunta concreta.

Al contestarle bien le mandó sentarse.

- Ha terminado la clase – dijo al tiempo que se bajaba de la tarima y salía del aula.

Era esta la manera más corriente de actuar de este profesor. Cuando algún alumno le demostraba buenas maneras en la pizarra, insistía una y otra vez en sacarlo al encerado, hasta el punto de que los demás se sentían discriminados y si en aquella época hubiera sido posible contestar o reclamar, sin lugar a dudas lo habiéramos hecho.

En mí caso, este primer curso trascurrió muy bien, desde el punto de vista de adquisición de nuevos conocimientos. En cierto modo me encontraba a

gusto durante las clases. Aprendí bastante teórica en general de las distintas asignaturas sin tener que esforzarme mucho, cosa que me favoreció para dedicar más tiempo a mis temas personales, como eran los amigos, la familia, etc.

Realmente lo nuevo para mí, eran la práctica en los distintos oficios que practiqué. En todos ellos procuré portarme lo mejor posible y aprender lo máximo de ellos.

A modo de curiosidad voy a comentar algunas de las funciones de los conserjes, siempre relacionadas con nosotros.

Los conserjes, principalmente el Sr. Boillos, se encargaba de mantener el orden en las aulas, entre clase y clase. Solía colocarse junto a la puerta y desde allí llamaba la atención a todos aquellos que no se comportaban como él quería. No le importaba en absoluto enfrentarse de palabra con el que se revelaba y que por cierto, entre los sesenta y dos, siempre salía alguno que otro. Aquel que no estaba de acuerdo con esa especie de “dictadura”, y además empleada por un simple conserje, le contestaba con argumentos propios, cosa que a él le molestaba en grado sumo. Cuando la cosa se ponía seria, ordenaba a todo aquel que no le obedeciera a salir al “banco”. Era este un banco de madera situado en el rellano de la escalera. Cualquiera que accediera por la misma, lo primero que veía, era el dichoso banco y si por un casual era el Sr. Gordillo, entonces el castigo estaba asegurado, aunque algunas veces, en función del estado de ánimo de ese día, él mismo perdonaba, mandando de nuevo al aula a los que en ese lugar se encontraban.

Otra solución que adoptaba el conserje, era amenazar con denunciar lo sucedido. En el fondo nosotros procurábamos que no llegara a esa situación por nuestro propio bien.

A modo de ejemplo, cuando aún no había pasado la primera semana, recuerdo el día en que la clase estaba alborotada, seguro que por cualquier tontería que no viene al caso, y no se vislumbraba una solución rápida. La discusión estaba en pleno apogeo pero sin elevar mucho el todo. Lo cierto es que el bullicio era impresionante. El Sr. Boillos, después de emplear sus clásicos métodos y al ver que no daban los resultados que él deseaba, mandó a cuatro alumnos al “banco” a la vez que amenazaba a toda la clase con denunciar lo sucedido al Director. No obstante el jaleo continuó. De pronto el conserje cambió el sistema.

– ¡Usted, el del fondo!, dígame su nombre por favor – dijo en voz alta, dirigiéndose a uno de los que más alborotaban.

El aludido se levantó y le dio el nombre. Se trataba de Julio Francés.

El conserje cogió un folio de la mesa de los profesores y anotó el nombre.

Luego levanto la vista y se dirigió a otro sentado casi al final, el cual en esos momentos estaba hablando más alto que nadie.

– ¡Usted, cálese y deme su nombre! – gritó el Sr. Boillos, señalando desde arriba de la tarima de los profesores.

Se trataba de Antonio Revert.

El aludido se levantó y le sugirió que lo buscara en la lista.

Boillos le miró fijamente y no dijo nada. Rápidamente se dirigió de nuevo a Julio y le dijo casi gritando:

– ¡Julio, qué piensa!

A todos nos asombró esa forma de preguntar tan irregular. En el recreo hicimos comentarios y en lo que a mí se refiere, la conclusión era que ese señor, sin ser profesor, tenía mucho poder para en el caso de por circunstancias tuviera necesidad de su ayuda. Me hice el firme propósito de mantener las distancias y no permitir que cierto personaje desviara mi camino hacia el aprendizaje del oficio que me asignaran. Yo siempre opinaba entre mis amigos, que ese señor que no era profesor, era en cierto modo una piedra en nuestro camino y que procuráramos no tropezar en ella.

Campamentos

Una vez finalizaron los exámenes del primer curso, nos “propusieron” ir a los campamentos a pasar quince días.

Don Diego hizo saber a todo el curso, que se formarían dos grupos. Uno sería de quince alumnos y que serían los quince primeros de la clase, en función de la calificación de los últimos exámenes. El día que pusieron la lista, se observó enseguida que había un error muy claro. Se trataba de que a Joaquín Cosín no le habían incluido, a pesar de haber conseguido el sexto puesto en los exámenes. Con el fin de subsanar ese posible error, hizo la reclamación pertinente y la respuesta que le dieron, fue que no daba la talla de altura. A pesar de su insistencia, dejando claro que esa no era

una razón, en base a los argumentos empleados por el Sr. Gordillo, en referencia a los exámenes, no consiguió cambiar la postura de la dirección de la escuela. Le ordenaron integrarse en el otro grupo, que por cierto eran mayoría.

El grupo de quince tenía como destino un campamento cerca de Alborache y el resto en otro cerca de Gestalgar.

Por ser yo uno de los quince, los comentarios sobre el campamento serán referidos exclusivamente al primero de los mencionados.

El día señalado nos presentamos en la puerta de la escuela y nos mandaron subir a la caja de uno de los camiones propiedad de la Empresa. Ni que decir tiene que para nosotros, y hablo por mí, era una "aventura" que iba a vivir durante quince días. La caja estaba sin cubrir, por lo que teníamos que sujetarnos fuerte a las partes fijas del vehículo para no caer debido al bamboleo por las numerosas curvas de la carretera de entonces. El trayecto se hizo por la N.3 (hoy autovía, antes una carretera de doble sentido con numerosas curvas muchas de ellas peligrosas y con el portillo de Buñol que obligaba al camión subir con la "reductora" a una velocidad máxima de 30 ó 40 por hora. Llegamos medio mareados, pero contentos.



Grupo de jóvenes. Campamento de Alborache
5 de septiembre de 1951. Foto C. Fonfría Fotógrafo
C/. Santísimo, nº 5, 4ª Valencia

Sobre esos días de campamento podría llenar varios folios, pero solamente expondré dos de las anécdotas que nunca se me han olvidado.

La primera fue aquel día en que nos visitó una representación de los mandos de la Organización Sindical, de la cual dependía la responsabilidad de la integridad física y humana del campamento. Por entonces se tenía la costumbre de que las visitas de cierta relevancia, como parecía ser que era ésta, en cada comida de mediodía, solían invitar a la mesa presidencial a uno de los aprendices. Mira por dónde, el primer día me invitaron a mí, o mejor dicho me ordenaron, a que me sentara en esa mesa al lado del Jefe del Movimiento Nacional, que era el mando superior. Ni que decir tiene, que esa comida fue para mí, la más irritable que nunca en mi vida había vivido.

Por un lado, la situación violenta que me hicieron pasar esas personas.

Querían saber si lo estaba pasando bien en el campamento. Si la comida era buena. Si los actos eran distraídos o aburridos. Si estaba aprendiendo algo de las clases de los monitores. A todas esas preguntas les contestaba lo que a mi entender, menos podía perjudicarme, es decir que sin ser verdad, como suele suceder en esos sitios, les decía que el campamento era una maravilla en todo.

Por otro lado y eso me molestó mucho, fue cuando el Jefe me preguntó:

– ¿Es mejor esta comida, que la que comes en tu casa?

Me puse tan nervioso que no le respondí. Él insistió, ahora de otra manera.

– Muchacho, te he hecho una pregunta. ¿Supongo que sabrás lo que te va a pasar si no contestas?.

– No lo sé, señor – le contesté muy nerviosos.

– ¿Será verdad que no sepas en que tiempo vives? – me preguntó bastante enfadado.

Menos mal que esa especie de “conversación”, se estaba desarrollando sin que nadie reparara en ella, debido principalmente a la algarabía de la sala, en la cual al menos estaríamos allí unas doscientas personas comiendo.

– Si señor, sí lo sé, pero...

– ¿Pero qué? – preguntó levantando un poco más la voz.

Yo al ver que la cosa pasaba a otro nivel, le miré y contesté de manera firme y a la vez esperando ser castigado.

- Estoy comiendo bien, pero nunca mejor que en mi casa, aunque en realidad pudiera ser lo contrario – dije y al momento los ojos se me empañaron en unas incipientes lágrimas que disimuladamente me limpié. Odiaba que me hablaran con esa autoridad.
- Me gusta esta contestación, nunca hay que renegar de lo nuestro.

No me parecía oportuno seguirle la conversación, pero él insistió.

- Dime Enrique, no temes al castigo por insolente.

Le miré de frente y contesté:

- No, porque estoy seguro de lo que digo, si usted estuviera en mi lugar respondería como yo.
- Tienes razón, ahora termina de comer y ya puedes reunirte con tus amigos que seguro esperan lo que no te voy a hacer por valiente.
- Gracias, ya he terminado – dije y me levanté precipitadamente.

Me alejé todo lo rápido que pude. Una vez estuve con mis compañeros, les conté lo sucedido y no se lo creían.

- Por mucho menos, se han castigado a algunos de otras escuelas, has tenido mucha suerte – me dijo un muchacho que no conocía, por no ser de los nuestros.
- Si me hubieran castigado lo hubiera aceptado, pues yo nunca renegaré de los míos y menos de mi madre que es la que hace la comida – dije entre risas.

En ese campamento ocurrió otra anécdota digna de mención. Sucedió en una excursión al pueblo de Macastre, situado a unos cuatro kilómetros del campamento. Hicimos todo el camino en fila de a dos, con sus descansos correspondientes. Para que el trayecto se nos hiciera más distraído, nos hacían cantar los cánticos que nos enseñaron y que hacían referencia a la

victoria de los nacionales. Por supuesto que se tenía que cantar, aunque no estuvieras de acuerdo con ellos. Recuerdo a modo de ejemplo, el más clásico para ellos, como era “Montañas nevadas”. Yo caminaba al lado de Perales y me di cuenta que en vez de cantar esos temas cantaba “joticas” de su pueblo. El responsable le oyó y le llamó la atención. Como no se fiaba de que cumpliera, vino todo el camino hablando con él sobre cosas intrascendentes. En un descuido, Ángel me dijo al oído: “lo tiene claro si se cree que voy a cantar esas canciones fascistas”. A decir verdad yo no entendí lo que me decía, pero él ya tenía sus pensamientos más adelantados que cualquiera de nosotros

Una vez llegamos al pueblo, el cual estaba en fiestas. Ordenaron romper filas y me junté con los que más congeniaba, entre ellos Perales. Nos dirigimos hacia la plaza principal, donde se había montado la plaza de toros. Como era pronto para empezar la fiesta, nos metimos en una especie de taberna y pedimos unos bocadillos y un “porrón” de vino tinto, según el dueño, cosecha de la zona. Entre bocado y bocado, un trago de vino. Al final todos estábamos “contentos”. Escuchamos los gritos que daban en la plaza y una vez que pagamos la consumición, nos dirigimos al lugar. Entramos en el recinto y nos situamos tras los barrotes. El sitio era idóneo para ver las reses. De pronto me di cuenta de que Perales no estaba con nosotros. Miré a mí alrededor y no le vi. Segundos después, sentí el grito desgarrador que emitía una mujer sentada en la grada, justo encima de nosotros. Miré hacia el interior de la plaza y al ver a Perales que corría hacia nosotros. Le llamé gritando su nombre.

-¡Aquí, Ángel, aquí!

El toro estaba ya a unos dos metros. Unos muchachos salieron en su busca y le ayudaron citando al toro desviándolo de su trayectoria. Todos comprendimos que de no ser por esos muchachos, la cosa hubiera sido grave. Perales, más blanco que la nieve, salió del coso y se subió a un “carafal”. Nosotros estuvimos esperando bajo hasta que se tranquilizara, cosa que sucedió a los pocos minutos. Bajó por las escaleras riéndose y diciendo que si habíamos visto el “pase” que le había dado al toro.

-¿Qué pase y con qué capa? – le pregunté yo, más nervioso que él y acogéndole por el hombro.

Me miró, sonrió y me contestó acercando su boca a mi oído para que solo yo oyera la respuesta.

– Enrique, te aseguro que gracias a Dios y a esos muchachos estoy vivo.

Por favor hasta el campamento vamos a tomarlo a broma y a olvidar esta circunstancia que me podía haber causado un disgusto.

– No te preocupes, a lo que tú digas yo te seguiré la corriente.

En el trayecto de regreso, el grupo comentaba lo ocurrido. Sin embargo, Ángel siempre intervenía con su característico sentido del humor, tomando a broma el suceso.

– Qué poco sabéis de toros, yo los conozco por que voy todos los años a ver mi “torico” en Teruel y le pido que me ampare y que no me “coja” ninguno...ja...ja!.- decía riéndose a carcajadas, las cuales contagiaba a todos los que le escuchaban.

Más o menos todo el camino estuvo haciendo esa clase de bromas, lo cierto es que yo caminaba unos metros tras él, pensando que había sido un inconsciente. Hice memoria y de pronto vi la luz. Recordé que durante la merienda, él estuvo todo el rato con sus bromas y sus chirigotas, que por cierto se le daban muy bien y no comió ni bebió vino en absoluto. Todo esto, casi al final del camino lo comenté y todos se dieron cuenta de que en el fondo había demostrado ser un “tío” valiente. Yo nunca me hubiera atrevido a entrar a la plaza, ni aunque hubiera ido “bebido”. Varias veces repitió que quería dar unos pases al toro, en honor a su “torico” de Teruel.

Actividades deportivas

Durante los dos primeros años, los estudios se alternaban con el deporte. Por un lado los ejercicios gimnásticos y de competición, carreras, saltos etc. En cierto modo obligatorios. Estas actividades se realizaban en el campo de fútbol El Fornás. Por lado estaban los que particularmente cada cual según su conveniencia o gusto, como eran el frontón, el baloncesto, etc.



Equipo de fútbol "Jesús Obrero"

12 de Octubre de 1.952. Archivo Enrique Moliner.

Cierto día pensamos en formar un equipo de fútbol. Para ello nos juntamos un grupo de aprendices de distintos cursos y creamos el Jesús Obrero. Participamos en los campeonatos de aficionados a nivel local, dónde a pesar de nuestros esfuerzos muy poco conseguimos, pero teníamos la satisfacción de poder enfrentarnos a equipos bastante fuertes, como podían ser Los Once Leones, El Splay, El Pacheco, etc.

El año siguiente, tal como se puede apreciar en la fotografía ya nos tenían más respeto, hasta el punto de que sin ganar el campeonato, nos llenó de orgullo el que dos años más tarde, uno de nuestros jugadores fichara por el Valencia C.F., concretamente fue Antonio Domínguez.

Como he comentado al principio, otra actividad deportiva era el frontón. En ese juego yo encontré lo que necesitaba para estar "en forma" físicamente. Raro era el día en que no jugara alguna partida.



Equipo de fútbol "Jesús Obrero" 1.954.
Archivo Enrique Moliner.

Mejora de nota

En los días previos a los exámenes estudié al máximo, logrando con ello sacar de nota media notable. A los pocos días anunciaron, que el alumno que libremente quiera hacer otro examen, con el fin de mejorar la nota media final, se apuntara en el despacho del secretario. No lo dudé ni un momento y me apunté.

El día señalado me presenté al examen. Una vez allí me encontré con Ángel Perales, Santiago Anquela, Francisco Madrid y Joaquín Cosín. Los cinco que estábamos allí de forma voluntaria nos miramos unos a otros y nos dimos la mano animándonos. Me separé un poco del grupo y consulté los apuntes que llevaba. Uno tras otro pasaban a la clase y al poco rato salían con cara de satisfacción. Cuando me llamaron el pulso se me aceleró. Me armé de valor y pasé al interior del aula. De pronto me encontré de frente

con : D. Pedro Garay, D. Diego Gordillo, D. José María Tarrazona, el Padre Jaime Pons y el secretario D. Carlos que tomaba nota de lo que le iban indicando los componentes de la mesa.

Todavía, después de tantos años, conservo en mi memoria cómo se desarrolló el examen. Con el corazón en un puño, como suele decirse, me presenté dando mi nombre y apellidos.

El examen era oral. El primero que me preguntó fue el Padre Jaime, que con su voz cadenciosa me dijo si había asistido a las últimas misas y si había prestado atención a los sermones que habían dado los sacerdotes desde el púlpito. Le respondí afirmativamente.

–Dime Enrique ¿a qué se refería este último domingo? Me preguntó con una incipiente sonrisa.

Qué casualidad que ese domingo, pensando en que estábamos de exámenes asistí a la misa para que viera el Padre Jaime. Por lo tanto la pregunta me la hizo a sabiendas de que yo era conocedor del sermón.

–Sobre la Sagrada Familia, si lo desea le amplío la respuesta – le respondí con seguridad.

–Muy bien, ya no te hago más preguntas – me dijo mirando al mismo tiempo a sus acompañantes de la mesa.

D. Diego Gordillo fue el siguiente y su pregunta se refería a la “regla de tres” simple y su demostración algebraicamente. A decir verdad hoy no sabría hacerlo, pero entonces me desenvolví en la pizarra con una soltura propia de una persona preparada en esos temas. D. Pedro Garay, al finalizar mi intervención en la pizarra, no esperó a que Gordillo dijera si estaba bien o no, ya que me felicitó por la seguridad demostrada y me dijo que el examen para mí se había terminado con pleno éxito.

–Puede usted salir de la clase, merece un sobresaliente y lo va a tener, se lo prometo.

Al salir le conté todo lo sucedido a los que esperaban para entrar y supongo que eso les valió para templarles un poco los nervios.

Todos obtuvimos la calificación de sobresaliente.

ALLOS HORNOS DE VIZCAYA
FABRICA DE SAGUNTO



ESCUELA DE APRENDICES
CURSO 1950 - 1951

NOTA de la calificación obtenida en el mes de la fecha

por el alumno *Enrique Moliner Bernabeu*

EA-6

CLASES

TEORICAS

PUNTUACION

Dibujo.	—
Geometria.	6
Aritmética.	—
Religión.	10
Historia.	5
Geografia.	6
Cultura Civica.	5
Gramática.	5
Ciencias.	5
Educación Fisica.	/

PRACTICAS

PUNTUACION

Ajuste y Trazado.	5
Maquinaria.	5
Electricidad.	
Lampisteria.	
Carpintería.	
Modelos.	
Moldeo y Fundición.	
Forja.	
Caldereria.	
Soldadura.	

Conducta Faltas de Asistencia

Observaciones



Sagunto

de

30 NOV. 1950

de 195

El Director,

CALIFICACION

Aprobado.	5
Notable.	10
Sobresaliente.	15

IMP. GAVILA

Nota de calificación obtenida por D. Enrique Moliner en Noviembre de 1.950

Documento del 30 de Noviembre de 1.950. Curso 1950-1951.

Escuela de Aprendices Altos Hornos de Vizcaya - Fábrica de Sagunto.

Archivo Enrique Moliner

ALTOS HORNOS DE VIZCAYA, S. A.
FÁBRICA DE SAGUNTO

D. 7

DIRECCIÓN

EP/ME

REFERENCIA

Sagunto, **31 Julio de 1.951**

Sr. D. Enrique Moliner Bernabeu.- E. Aprendices

Presente

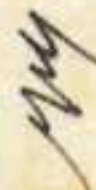
Muy Sr. mío:

Tengo el gusto de comunicar a Vd. que en los exámenes de fin de curso correspondientes al primer año de aprendizaje, ha obtenido la calificación de Sobresaliente.

En consecuencia, pasará Vd. al curso de pre-aprendizaje y cobrará el jornal correspondiente al 2º. año de aprendizaje, o sea, el de 8,45 ptas. desde 1º de octubre próximo. Hasta dicho mes y desde 1º. de julio cte. percibirá el jornal del primer año de 5,20 ptas.

De Vd. afmo. **S.S.G.G.S.M.**

ALTOS HORNOS DE VIZCAYA, S. A.
FÁBRICA DE SAGUNTO
El Sub-Director



Francisco Herrero

Calificación del primer curso. Notificación del Director
31 de Julio de 1951
Archivo Enrique Moliner

Segundo curso

Concesión del oficio

Durante este primer curso estuve practicando en los seis oficios, dos etapas de un mes en cada uno de ellos.

En el último mes del curso, lo que más necesitaba era aprobar los exámenes teóricos. Ignoraba si la concesión de los oficios guardaba relación con la nota media obtenida en los exámenes, pero por si acaso me preparé lo mejor que pude en la teoría.

Cuando le preguntaba a los veteranos me contestaban que tenían muy en cuenta el comportamiento personal durante el primer año y también las notas finales del curso, ya que esa calificación final determinaba el número de orden en la clase. Otros me decían que se concedían por las influencias internas o externas de terceras personas, en función del oficio que el alumno deseara.

Opté por no hacer caso a nadie y a mi manera estuve sacando mis propias conclusiones, considerando lo que para mí representaban cada uno de ellos. Recuerdo que Ajuste era uno de los que menos se acomodaba a mis pretensiones. La razón principal era por el esfuerzo físico que en las prácticas del primer año tuve que soportar. Durante todo el tiempo no hacía otra cosa que desbastar un trozo de hierro sin control alguno. En cierto modo no podía soportar ese esfuerzo por mi propia condición física.

A consecuencia de haber obtenido sobresaliente pasé a ocupar el puesto quinto de la clase. Mi pareja de mesa fue Joaquín Cosín.

Volviendo a los oficios, si he de ser sincero, el que más me gustaba de la primera ronda, era Electricidad. Luego en la segunda ronda fue Carpintería.

Pero a veces las cosas no suceden como uno quisiera, ya que debido a circunstancias, en cierto modo personales o mejor dicho familiares, me asignaron el oficio de Ajuste. Me explico.

Al inicio el segundo curso, se nos notaba que estábamos preocupados por saber qué oficio nos iban a conceder. Yo en realidad no lo tenía muy claro.

Solamente tuve una pequeña pista cuando el Sr. Castell me saludó a la salida para al recreo. Levantó su mano derecha a modo de saludo. Eso me extrañó, pues no solía saludar nunca de esa manera. Yo le respondí con un

gesto similar. A partir de ese momento sospeché que ese saludo iba a tener una relación directa con el oficio que él enseñaba.

Al día siguiente, D. Diego Gordillo me llamó a su despacho y me dijo que me concedía Ajuste y si estaba contento. Le dije que sí a pesar de no ser de mi agrado, pero pensé en mi padre y sospeché que de alguna manera él había intervenido en esa concesión. No obstante al salir del despacho del director, me hice firme propósito de que si al final me lo daban por influencia, pediría que me cambiaran a otro, sea cual fuere.

Al finalizar las clases, salí disparado hacia mi casa para dar la noticia a mis padres demostrando alegría sin tenerla. Ni que decir tiene que mi padre se alegró mucho, pero de verdad.

- Verás cómo te gustará – me dijo dándome una palmadita en la espalda.
- No sé, no sé – le contesté moviendo la cabeza de un lado para otro.
- No te preocupes, que yo te ayudaré en todo lo que pueda.
- Ya lo sé, papá, pero no es eso, es que me parece que lo voy a pasar mal, pues no conozco bien el oficio y tengo miedo de fracasar.

Por muchas veces que durante varios días trataba de averiguar si mi padre había influido, no conseguí saber la verdad.

Al final me convencí y me presenté al Sr. Castell. Mentalmente me prometí de hacer lo posible para quedar bien.

Semanas más tarde, cuando más a gusto me encontraba limando, porque le había pillado el tranquilo a la lima, el Sr. Castell me dijo que había hablado con mi padre antes de dar los oficios y que él nunca le dijo que a mí me dieran Ajuste, sino que me dieran el que me mereciera. Con esa aclaración y a la vista de los progresos que estaba obteniendo, me conformé y hoy me congratulo de haber tomado esa decisión.

Primeros tiempos de ajustador

Durante casi todo el curso estuve realizando los ejercicios de prácticas, consistentes en desbastar sin más un trozo de hierro relativamente grueso, tal como hacía al principio. Unas semanas más tarde el Sr. Castell nos dio

un plano a cada uno, con el dibujo de una pieza de ajuste. En ese momento sentí que empezaba a ser ajustador. Fue la primera pieza que hice en mi vida profesional.

Su ejecución fue muy laboriosa, yo creía que nunca terminaría. Por fin, no muy satisfecho de cómo me había quedado, la di por terminada y se la entregué al maestro. Él la revisó dándole unas vueltas en sus rudas manos y mirándome a los ojos me dijo que estaba muy bien. Dejó la pieza en un cajón – yo pensé que sería para la chatarra – y luego me entregó otro plano, en el cual se había dibujado otra pieza.

El tiempo de ejecución de esta segunda fue superior, pero la calidad del acabado mucho mejor que la primera. A partir de aquí mi entusiasmo creció por días. La razón principal estribaba en que mis brazos se iban habituando, poco a poco, al esfuerzo que suponía limar el hierro y el arco de sierra.

A partir de entonces construí cuatro piezas más. Al entregarle la última, me dijo que ahora tenía que hacer una de prueba para los concursos. En esos momentos no me imaginaba ser uno de esos concursantes. De vez en cuando miraba a los que estaban practicando en el banco detrás del mío.

Los observaba y les veía tal capacidad de ejecución en las piezas que terminaban, que me hacía pensar que yo no podría hacerlo nunca. Los operarios eran Manuel Ortega y José Lidón.

Nos dijo el maestro que tres de nosotros eran los que la dirección, con el informe dado por él, deberíamos hacer la pieza asignada como prueba o examen para ser concursante. Añadió que la decisión se tomaría en función de las medidas y del acabado final, los nombrados éramos: Francisco Ortega, Joaquín Cosín y yo.

En referencia a los estudios, se me dieron bastante bien. La empresa con el fin de que nos preparáramos al máximo, permitió que en vez de ir a las prácticas del oficio en Fábrica siguiéramos en la escuela.

Durante este segundo año, la Empresa nos pagaba sesenta y nueve pesetas a la semana, que a mí me parecía una pequeña fortuna. Eran mis primeras pesetas que ganaba con mi trabajo.

Finalicé este segundo curso con muy buenas notas y obtuve de nuevo el quinto puesto de la clase.

ALTOS HORNOS DE VIZCAYA, S. A.

FABRICA DE SAGUNTO

D. 7

DIRECCIÓN

AS/JA

REFERENCIA

Sagunto, 9 Septiembre de 1.952.

Sr. D. Enrique Moliner Bernabeu.- Talleres-Ajuste

Presente

Muy Sr. mío:

Tengo el gusto de comunicar a Vd. que en los exámenes de fin de curso, celebrados en nuestra Escuela de Aprendizajes, ha obtenido a calificación de APROBADO.

En consecuencia, pasará Vd. al 3º año de aprendizaje de la profesión de Ajustador con el jornal correspondiente de 10,70 ptas. a partir de 1º de Octubre próximo.

De Vd. afmo. y s. s. q., e. s. m.

ALTOS HORNOS DE VIZCAYA, S. A.

FABRICA DE SAGUNTO

El Director,

Jerónimo Roure

Tercer Curso

Para los cursos tercero y cuarto se nos designaron nuevos profesores. D. Francisco Poblete para Física y Química y D. Esteban Mérida para Dibujo Técnico.

En Carpintería y Modelos, pasó a ser el señor Diego de Haro.

Además pasamos a trabajar en Fábrica las ocho horas, cada cual en su oficio y luego de 18 a 20 horas se volvía a la escuela para dar las clases de Álgebra y Trigonometría con don Diego Gordillo, el Dibujo Técnico con el Señor Mérida y la Religión con el Padre Jaime.

El tercer curso lo inicié teniendo como compañero de mesa a Francisco Alós Bono. Compañero ideal para mis fines. Con su forma de ser yo conseguía estar centrado en los estudios, ya que nos ayudábamos mutuamente en todos los sentidos. De él adquirí el saber estar en todas aquellas situaciones que, día tras día, se nos daba en el transcurso de las clases.

Nos cambiaron dos profesores de teoría y dos de prácticas. Fueron los de Física y Química y Dibujo Técnico. Los profesores don Francisco Poblete y don Esteban Mérida. Ambos me produjeron, desde el principio al final del curso una grata impresión. Gracias a ellos pude adquirir los conocimientos suficientes de sus asignaturas, que me han servido de mucho en toda mi vida, tanto profesional como, por decirlo de alguna forma, en la calle.

Don Diego Gordillo, pasó a dar clases de Álgebra y Trigonometría. Eran unas partes de las matemáticas que yo desconocía por completo. A fuerza de estudiar en los libros y apuntes que me dieron, conseguí poder interpretar, aunque no a la perfección, los fundamentos y las aplicaciones que en adelante sin duda emplearía. Cosa que sucedió en los cálculos necesarios para resolver algunos problemas relacionados con la Geometría.

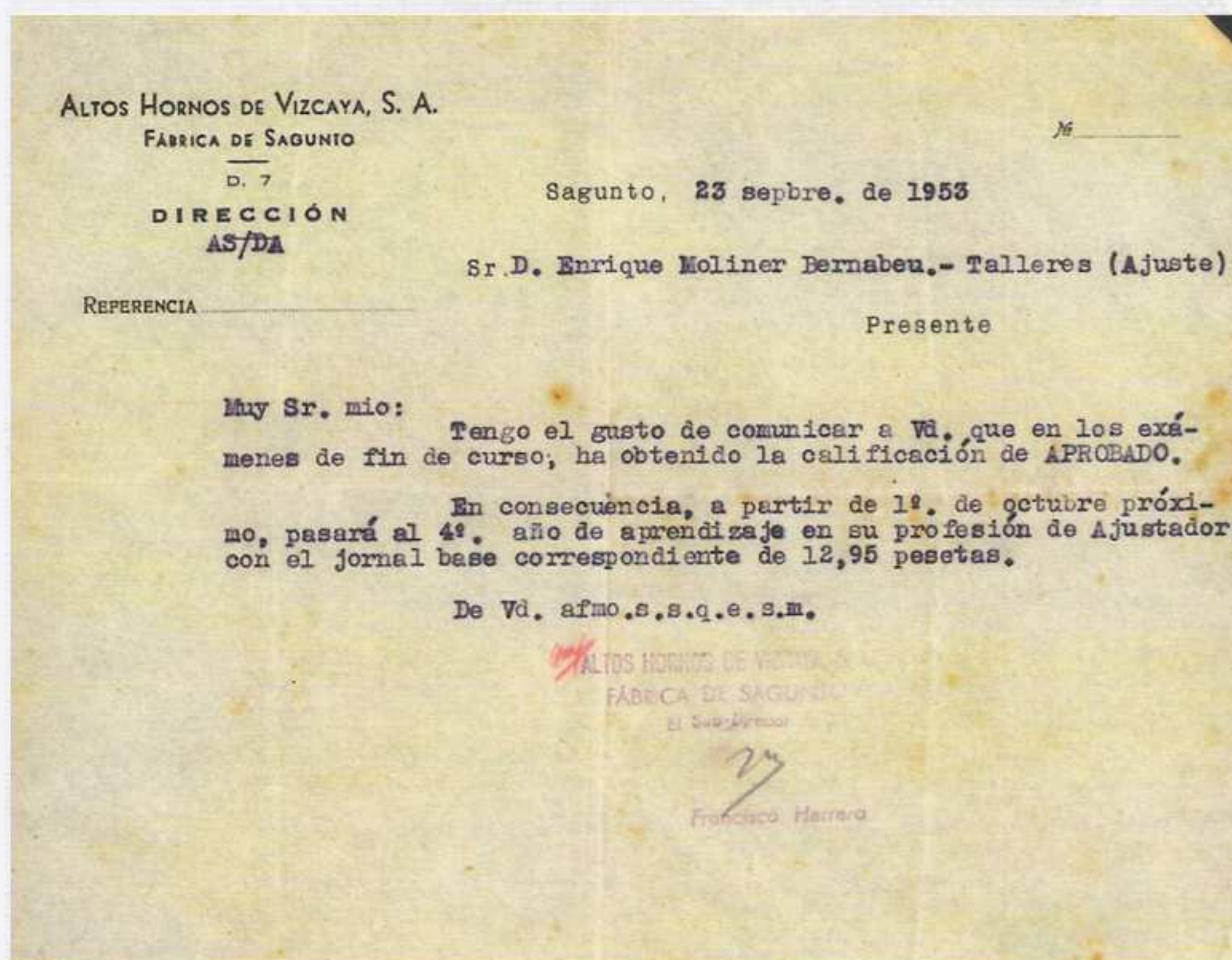
Siendo hoy sincero y tal vez alguien opine lo contrario, cosa que no dudo en absoluto, esas dos asignaturas se hicieron imprescindibles conocerlas a fondo durante esos dos años, con el fin exclusivo de conseguir un buen resultado en los exámenes. Luego con el paso de los años se van olvidando, principalmente por no tener mucha necesidad en emplearlas, lógicamente en función del oficio de cada cual.

Los primeros meses me subieron la paga semanal a ochenta y siete pesetas, cosa que agradecí al poder ayudar a mi familia con una cantidad que

no era mucho, pero que les permitía asignarme para mis gastos algún dinero para pasar el fin de semana. Pero esto es otra historia.

Al haber sido seleccionado para los concursos, tema que trataré más adelante en el siguiente capítulo, solamente tuve que ir a trabajar a la Fábrica durante unas semanas, con el horario siguiente: de 8 a 12 de la mañana y de 13:20 a 17:20 por la tarde. El puesto de trabajo era como aprendiz del equipo. Me destinaron a los Talleres Generales, lo que hoy se conoce por "La Nau". El jefe de equipo era Eduardo Martínez Clemente, que por cierto dos años antes había llegado a ser campeón de España de Ajuste.

Una vez se terminaba la jornada de trabajo, íbamos a las clases teóricas de 18 a 20 horas. De lunes a viernes.



Calificación del tercer curso. Notificación del director
23 de Septiembre de 1.953
Archivo Enrique Moliner

Cuarto Curso

Lo que más destacaría de este curso es que fui muy poco tiempo a la fábrica, ya que tenía que prepararme para los concursos. Por otro lado y en referencia a los estudios teóricos, se dio el caso de que don Diego Gordillo se fijara en mí y casi todos los días me preguntaba o me sacaba a la pizarra. En principio me molestó bastante, porque me obligaba a estudiar más de la cuenta con el fin de aprender bien la lección, pero pronto comprendí que me podía considerar afortunado de ser uno de sus preferidos.

Lo que él quería, y así me lo hizo saber un día durante los concursos, que no sólo era hacer las piezas, sino que además se tenían que hacer los ejercicios matemáticos que solían pedirnos el día anterior a la prueba.

Sobre las clases de Dibujo Técnico tuve una desagradable experiencia ocurrida casi al final del curso. Ocurrió que cierto día, habló conmigo y me informó sobre la idea que tenía para con cuatro de nosotros. Según él éramos los más destacados en el dibujo y que por esa razón nos consideraba capacitados para trabajar en la Sala de Dibujo de la Fábrica.

Mira por dónde, pasaban los días y no decía nada, hasta que nos enteramos que la Dirección de la Empresa había preferido que fueran mujeres en vez de hombres, los que cubrieran esas plazas. Por un lado me sentí defraudado, a pesar de que en mi fuero interno, me consideraba con poca experiencia para ese empleo y temía que al poco tiempo me rechazaran.

Por otro lado estaba el camino iniciado en los concursos, que aunque no sabía a ciencia cierta los resultados y las consecuencias que se derivarían de ellos, decidí olvidarme del tema y dedicarme de lleno a las prácticas.

El desarrollo del curso, en lo referente a los estudios fue similar al año anterior. Por entonces, si algo tengo que destacar y que hoy me viene a la memoria con cierto orgullo, es la colaboración mía en la construcción del Belén, que se pensaba montar a final de este año 1954 en el salón parroquial.

Sería muy complicado ahora especificar todos los pasos que se dieron, pero si que voy a comentar la anécdota que sucedió cierto día, cuando se estaba experimentando para conseguir que se hiciera de día y de noche.

Cierto día se me acercó el maestro electricista, señor De Asís que estaba sustituyendo al titular.

- Enrique, ¿me puedes ayudar un momento?
- Con mucho gusto – le respondí dejando la lima que estaba usando en ese momento y acercándome a él – usted dirá.
- Se trata de construir unas chapas de cobre de la figura que yo te indique.
- Eso está hecho, ¿dónde está la chapa?
- Ahora la traigo – me dijo marchándose hacia su sitio en la zona de electricidad.

Al poco rato volvió con un trozo de chapa de cobre, cuya forma era cuadrada de unos 50x50 cm. y de dos milímetros de espesor. Me dibujó en una hoja de papel lo que quería y cuando terminé el trabajo le llamé. Al momento vino muy ilusionado y cogiendo las chapas, les ató un hilo de cobre aislado por la parte de una de las bases, pasando este hilo por una perforación que previamente le había hecho. Sujetada la chapa y tirando hacia arriba del hilo, esta quedaba con uno de sus vértices hacia abajo. Luego preparó un cubo metálico casi lleno de agua e introdujo la chapa en su interior. Me di cuenta que el hilo cogido a la chapa, estaba por el otro extremo conectado a una lámpara y había otro hilo semejante, conectado al cubo.

A decir verdad, creo que fue tal como lo estoy contando, aunque podría ser de otra manera. Lo que recuerdo es que sacando y metiendo lentamente la chapa en el agua, la lámpara subía y bajaba de intensidad luminosa. A partir de ese experimento fue cuando diseñó lo que en el Belén era el día y la noche, que por cierto a partir de esa prueba se tuvo que hacer una serie de mecanismos con accionamiento eléctrico, para que el movimiento de entrar y salir la chapa en el agua, fuera a una velocidad adecuada, con el fin de que se iluminara o se oscureciera el recinto del belén, lo más parecido a la realidad, poco a poco y sin saltos de luminosidad.

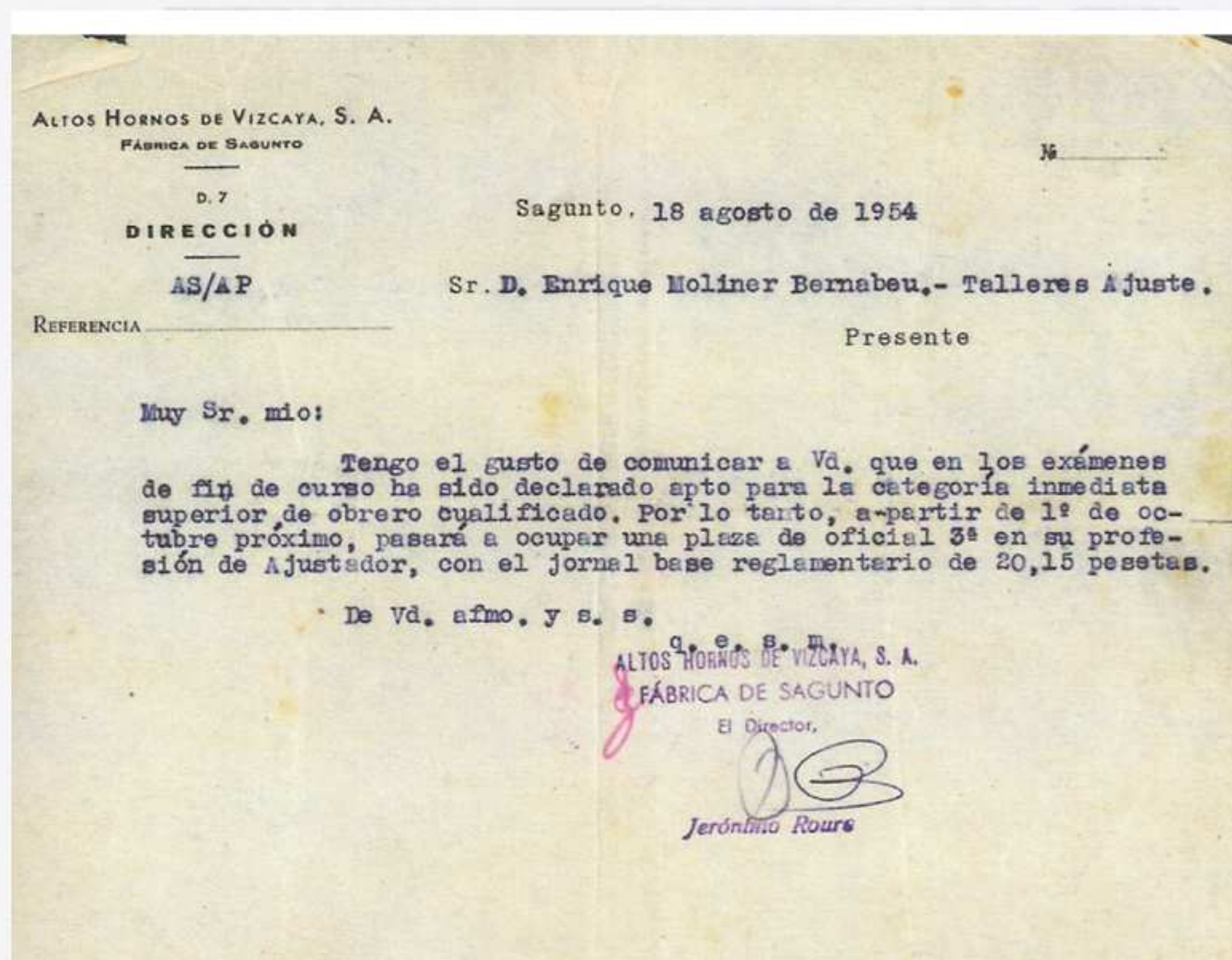
Me acuerdo mucho de ese maestro de Electricidad, que por cierto cuando volví a practicar para el siguiente concurso, él ya no estaba. En su lugar vino José García Felipe.

Siguiendo con el tema del belén, debo decir que ahora después de 58 años, la Asociación de Amigos de la Escuela de Aprendices, de la que soy socio fundador y miembro de la Junta Directiva, me encarga que dedique el tiempo necesario para conseguir la recopilación y restauración de ese

belén. El fin exclusivo es volver a montarlo tal como se hizo en esa época.

No es una labor fácil ni cómoda, ya que por un lado está la desaparición de casi todas las piezas y figuras. Por otro lado está el seguro deterioro que todo el conjunto presentará en el caso, para mi improbable, de que algún día aparecieran.

Con todos los impedimentos, nosotros hemos tomado en serio este trabajo y espero que cuando pasen los años y se lean estos escritos míos, se considere que por lo menos intención y deseo de que vuelva el belén construido por los aprendices de los años 1950 en adelante, no nos ha faltado.



Notas finales de cuarto curso y nombramiento como Oficial de Tercera.
18 de Agosto de 1.954.
Archivo Enrique Moliner

Parte III

Concursos

Estos concursos se denominaban para los aprendices de "voluntad de resurgimiento" en las categorías A y B y de "destreza en el oficio" para los profesionales. Se diferenciaban principalmente en dos cuestiones, la edad de los participantes y el status o categoría profesional de cada participante.

Los aprendices podían concursar en el primero hasta cumplir los dieciocho años. Los profesionales, tal como indica la palabra, no se tenía en cuenta la edad, pero sí si en realidad eran profesionales en ejercicio.

Por regla general, tanto un tipo de concurso como en otro, era la Empresa la que según su propio criterio, nombraba a sus aprendices, en el primer caso y a sus profesionales en el segundo. Pero como en todas las reglas, siempre hay excepciones, tal como sucedió en mi caso en la última vez que concursé, ya que fui yo de forma voluntaria, el que solicité a la Dirección de la Empresa que me dejara concursar ante la situación de que ella no nombrara a nadie, seguramente por no estar pendiente de ello, cosa que no me sucedía a mí, porque esperaba ansioso el momento de volver a participar, para ver si en esta ocasión, la última, conseguía el tan ansiado título de Campeón de España.

Sobre los trabajos o piezas a realizar, no existían prácticamente diferencias, por mi propia experiencia, yo diría que ninguna.

Para conseguir un éxito en los concursos era obligado ir perfectamente adiestrados en teórica y en práctica. Aunque a veces sucede alguna que otra sorpresa inexplicable, tal como sucedió en un examen de reválida para oficialía industrial ajustador. Uno de los participantes llegaba muy condicionado, ya que no había pasado por la escuela y por lo tanto apenas tenía práctica en hacer piezas. Cuando se entregaron los trabajos, saltó la sorpresa, fue una de las mejores piezas. Por ello recibió mi felicitación. Para mí fue la excepción de la regla.

Es de suponer que todos los concursantes, sean de un oficio u otro o de una época u otra, tendrán su historia personal de lo sucedido, durante los años en que estuvieron inmersos en esa actividad. Yo voy a recordar en

concreto la mía propia, en aquellos aspectos que nunca se me han olvidado.

Desde el año 1953 cuando construí la primera pieza, hasta el 1966 con la última, pasaron catorce años de una fuerte tensión emocional y de entusiasmo en el trabajo. Mi ilusión era conseguir la meta soñada por todos los concursantes, como era el llegar a ser el mejor de España o lo que por entonces se decía, el Campeón.

Por diferentes circunstancias, que en su momento comentaré, no pude conseguirlo. Solamente llegué a ser Tercero de España de aprendiz y subcampeón nacional profesional. No obstante a pesar de no haber alcanzado la meta deseada, en el fondo y debido a las circunstancias que se dieron en las pruebas nacionales, tal como comentaré en su momento, me sentí satisfecho por mis trabajos. Otra cosa fue la consideración de los correspondientes jurados calificadores.

Pretendo dar a conocer públicamente mi propia realidad en esta faceta de los concursos y lo que significó para mi vida profesional. Muchas de las piezas tienen su propia historia, tanto por su forma física como la trascendencia humana o sentimental. Por ello comentaré algunas de ellas en sus diferentes aspectos.

Como si de un tesoro se tratara, conservo en mi poder y en perfecto estado, la mayoría de las piezas que hice durante las prácticas anteriores a las pruebas. Algunas de ellas son repetición de las pruebas oficiales. También tengo el orgullo de tener varias expuestas en la vitrina de la escuela. Seguidamente paso a comentar de forma resumida los concursos de aprendiz y de profesional, cuya duración fue desde 1953 a 1966.

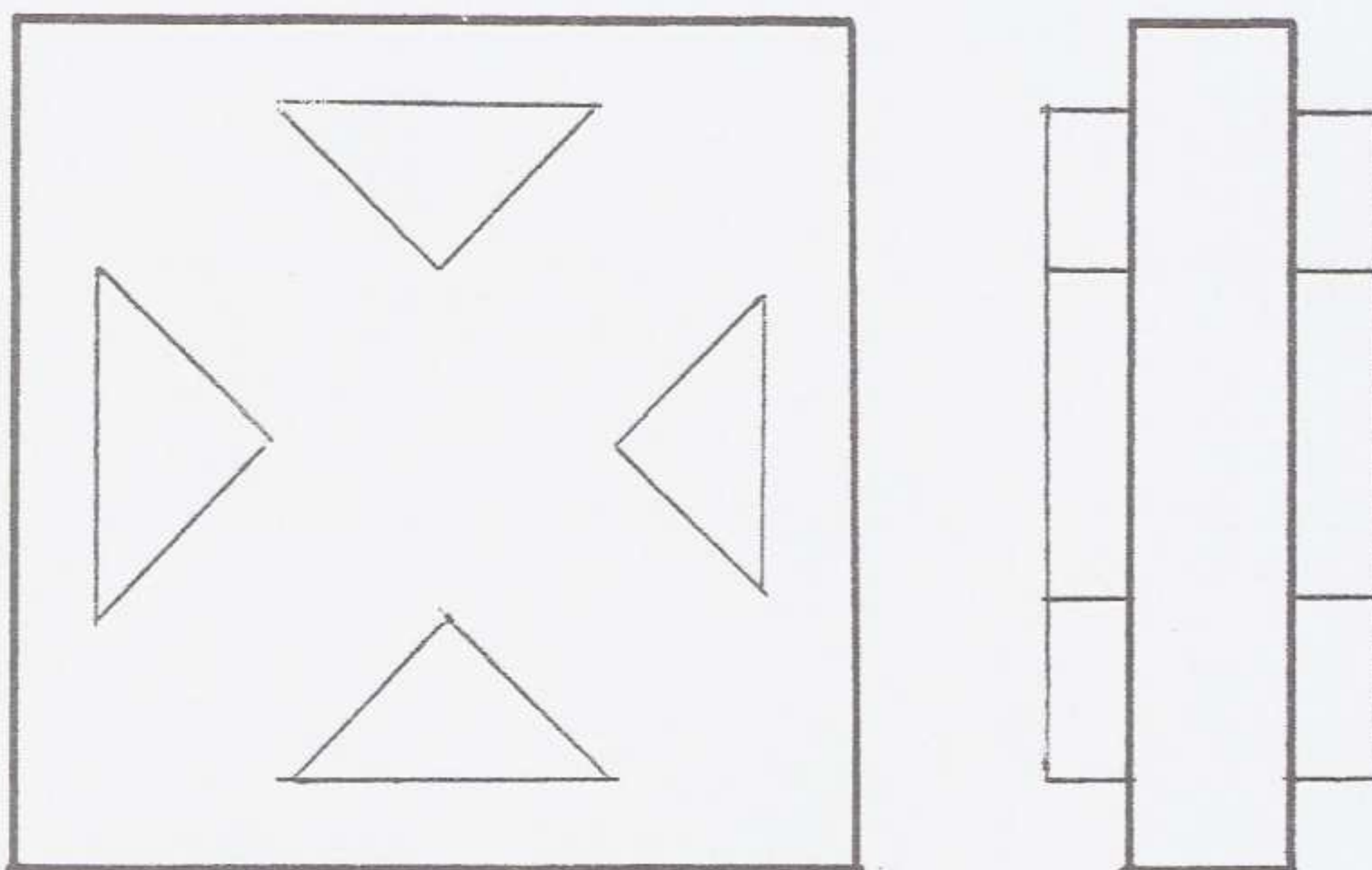
Primer concurso de aprendiz. Año 1953 – provincial - Valencia.

“Voluntad de resurgimiento”.

Aprendiz de tercer curso – categoría “a”.

Calificación final: tercer premio

La Empresa quería que mi preparación fuera la mejor posible. Para ello, durante casi todo el tercer curso, me autorizó a ir por las tardes a practicar en la misma escuela, junto con los veteranos. En esa época estaban en ajuste Manuel Ortega y José Lidón, los cuales se preparaban para el concurso nacional en Madrid.



Dibujo de planta y alzado de la pieza presentada por Enrique Moliner al concurso provincial de aprendiz. Tercer premio 1.953

La primera fase era la provincial. En ella competíamos, junto con aprendices de distintas empresas de la provincia, Joaquín Cosín en la categoría B y José Lidón y yo en la A. Se efectuó la prueba en la Escuela de Peritos de Valencia. Me concedieron el tercer premio, cosa que a decir verdad no me agradó mucho, esperaba algo más, pero por ser la primera vez no estaba mal del todo. Cuando me comunicaron el resultado, le dije a D. Diego que debería haber concursado en la categoría B, que por edad me correspondía. Él me contestó que su decisión de inscribirme en la categoría A, era por su confianza en mi capacidad.

- Yo sabía que no harías mucho más, pero estoy contento ya que has estado mejor que los más de veinte competidores tuyos – me dijo a los pocos días de regresar, cuando bajó al taller para hablar con el maestro de Ajuste Sr. Castell.
- ¿Usted cree que hemos hecho mal mandando a Moliner al concurso en la categoría A? – le preguntó al tiempo que me ponía su mano en mi hombro, cosa que me sobresaltó, pues la noté muy fría.

El maestro, parco en palabras, afirmó con la cabeza.

- ¿Estamos de acuerdo en prepararlo para el año que viene?
- Por mí de acuerdo, yo le veo muy capacitado – le contestó el maestro por fin. Gordillo, mientras conversaba, no dejaba de observarme. Al final se acercó a mí y, más o menos, me dijo:
- No se preocupe por el resultado que ha sacado, confío en usted para el próximo año, de nuevo en la categoría A, que entonces si le corresponderá por edad y como un veterano.

Esas palabras dichas por él, me ilusionaron y me alentaron para mejorar en la siguiente ocasión.

Segundo concurso de aprendiz. Año 1955 – provincial - Valencia

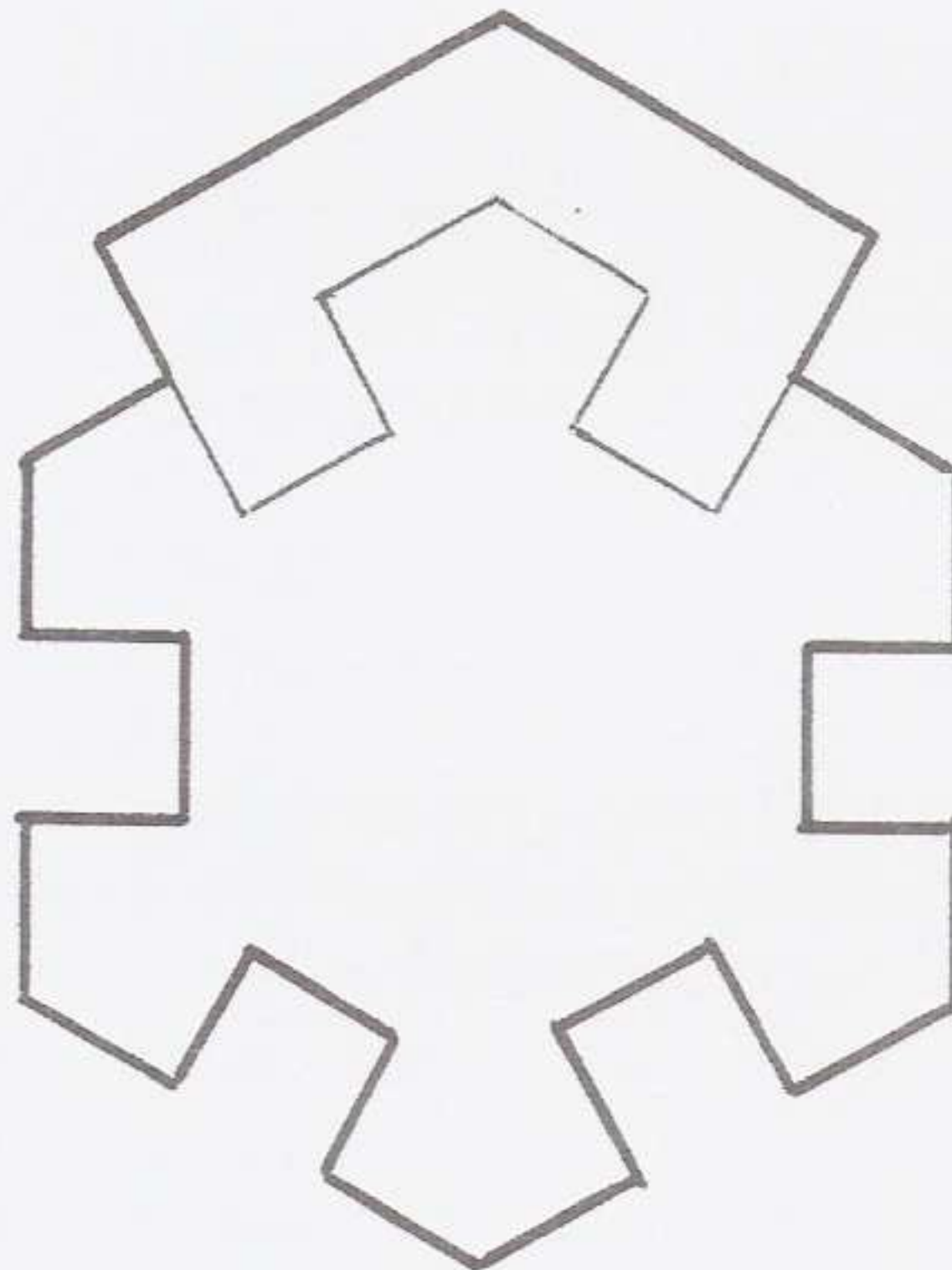
“Voluntad de resurgimiento”

Aprendiz de cuarto curso – Categoría “a”

Calificación final: campeón

Como se observa esta pieza es bastante sencilla de ejecutar, ya que todas sus caras son bastante fáciles de medir.

Esta fue mi segunda participación en los concursos. A partir de esta prueba se determinó mi próximo futuro referido a esta faceta. Se me concedió el título de campeón de una forma un tanto lamentable.



Dibujo de planta y alzado de la pieza presentada por Enrique Moliner al segundo concurso provincial de aprendiz. Primer premio Valencia, 1.955

En esas fechas el que determinaba quién debería representar a la escuela en las distintas pruebas y categorías, era siempre el director don Diego Gordillo. Se dio la circunstancia de que ante una similitud de piezas entre nosotros, él resolvía diciendo quién pasaba a la siguiente fase. En mi caso tuve un pequeño error inapreciable y Francisco Ortega la hizo perfecta. Pues bien, el señor Gordillo consideró, ignoro las razones que le indujeron a decidirse, que fuera yo el que continuara con los concursos.



Segundo concurso de aprendiz. Francisco Ortega y el autor.
Junto a ellos y detrás tres aprendices
del curso siguiente: Manuel Sanz,
Ginés González y Carrasco 12 de Mayo de 1.955
Foto A. Calvo - Archivo Enrique Moliner

Ni que decir tiene que entre Ortega y yo la amistad se enfrió mucho al principio, pero ambos tuvimos que reconocer que ante la autoridad de don Diego no se podía luchar. Yo podía haber renunciando al título, pero las consecuencias seguro que hubieran sido negativas para mi futuro profesional. Ortega pensaría lo mismo y vería venir las mismas consecuencias negativas. Ambos lo consideramos y decidimos dejar pasar el tema y que cada cual se desarrollara lo mejor posible en el futuro.

Este lamentable hecho nunca se nos ha olvidado y si ahora lo comento es porque no me pareció correcto y en cierto modo fui un poco egoísta

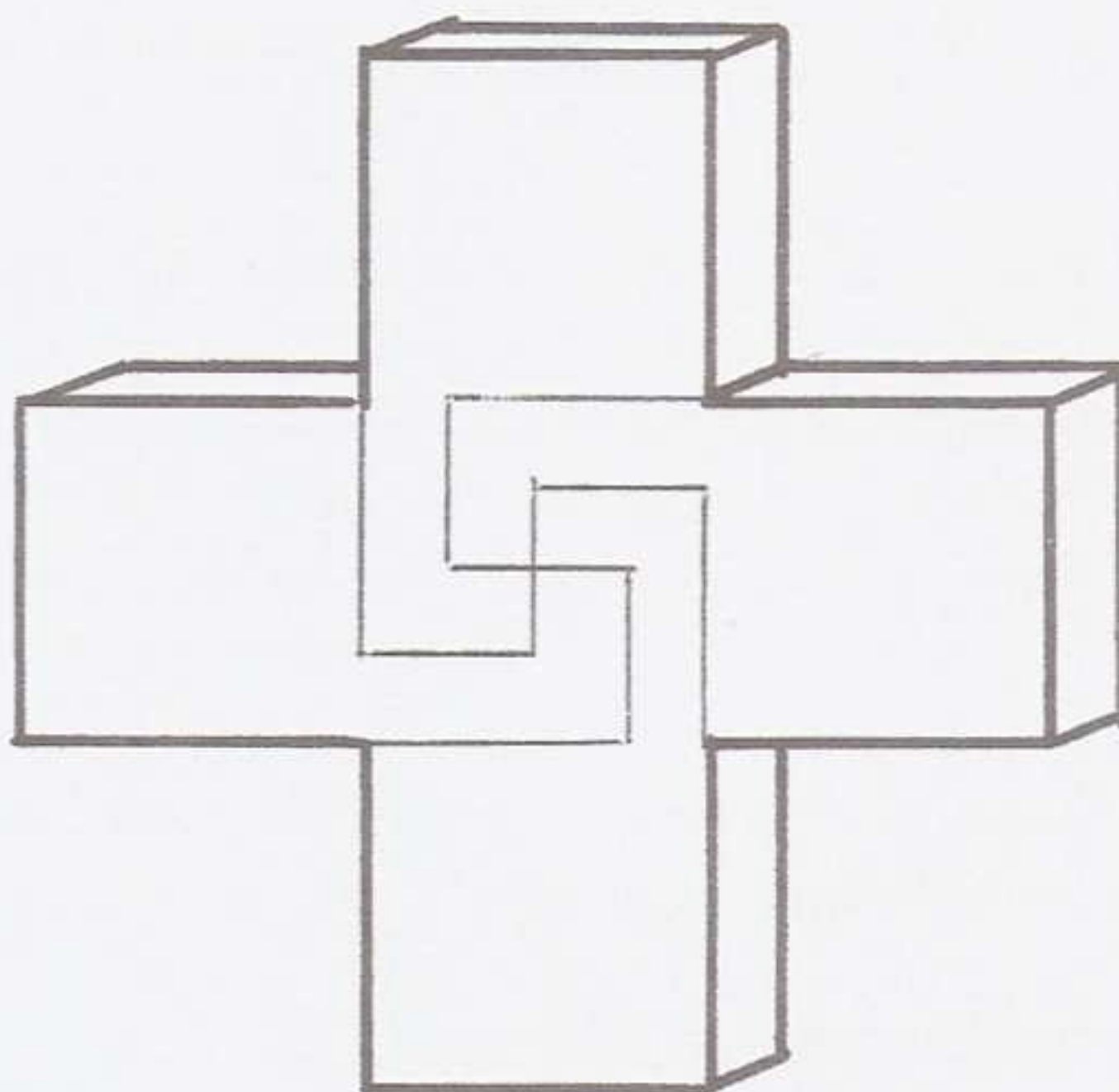
aceptando el título, pero poco podía hacer ante la severa autoridad que aplicaba don Diego Gordillo. A mí me benefició y siempre he lamentado que a Ortega le perjudicara por no poder continuar también participando en los concursos.

Tercer concurso de aprendiz. Año 1955 - sector- Zaragoza

"Voluntad de resurgimiento"- "a"

Categoría profesional - oficial de 3ª

Calificación final: campeón



Dibujo de planta y alzado de la pieza presentado por E. Moliner
al primer concurso nacional de aprendiz.

Primer Premio. Zaragoza, 1.955

Esta pieza en forma de cruz, aunque aparentemente parece complicada, lo cierto es que me fue muy fácil de construir, por tener todas sus caras paralelas y además no necesitaba plantillas. Al mismo tiempo se prestaba para hacerle una bonita presentación. Me otorgaron el título de campeón.

La anécdota de esta prueba fue muy curiosa. Don Diego Gordillo me acompañó y en todo momento no se separó de mi lado, pero siempre a dos metros de distancia, según las normas que se establecieron por entonces, debido a los abusos que se daban por acercarse mucho a los participantes y por supuesto además de molestar en algunas ocasiones, los acompañantes por parte de todas las empresas, ayudaban de alguna manera a

sus concursantes. El último día cuando ya tenía terminada mi pieza, tuve que ir necesariamente al servicio, no aguantaba más. Don Diego que me vio abandonar el banco de trabajo, me siguió pero yo llegué antes que él al aseo. Lo cierto es que no me di cuenta de que me seguía. No había pasado ni dos minutos cuando comenzó a llamarme desde fuera. Atónito por la sorpresa le contesté enfadado que no se preocupara y que terminaba en seguida. De regreso al taller me recriminó.

– ¿No te parece que antes de venir deberías haber terminado y entregado la pieza? – me preguntó con un tono nada amistoso.

–No se preocupe que está todo dominado – le respondí sin apenas alterarme.

A pesar del enorme respeto que le tenía, en aquellos momentos la situación la dominaba yo con diferencia, pues la pieza la tenía terminada pero tapada con un paño para que no la pudieran ver. Me imaginaba que él antes de venir al aseo había estado mirando desde la distancia reglamentaria mi lugar de trabajo. Al preguntarme de nuevo, fue cuando me confirmó esta sospecha mía.

–Ignoro si has terminado, porque yo no la he visto, pero tienes que saber que casi todos la han entregado y el tiempo es muy importante.

–Lo sé, lo sé, tranquilo hombre que todo va a ir bien.

–Te advierto que te juegas mucho en esta prueba, espero que no me defraudes.

Nos encontrábamos ya en el banco de trabajo. Él se quedó en la distancia. Destapé la pieza y se la enseñé, como aquel que enseña orgulloso un trofeo vencedor.

–¡Vamos, vamos, entrega ya! – me dijo casi gritando, provocando que los que se encontraban alrededor se sonrieran al ver ese comportamiento, en cierto modo inadecuado.

Una vez entregada la pieza y recogida la herramienta, salimos del taller y nos acomodamos en el taxi. En ese momento se disculpó, cosa inusual en él. En cierto modo me sentí violento por esa infantil actitud de este señor que precisamente, si se distinguía en algo, era por su dureza en el trato personal con cualquier interlocutor que se le pusiera enfrente.



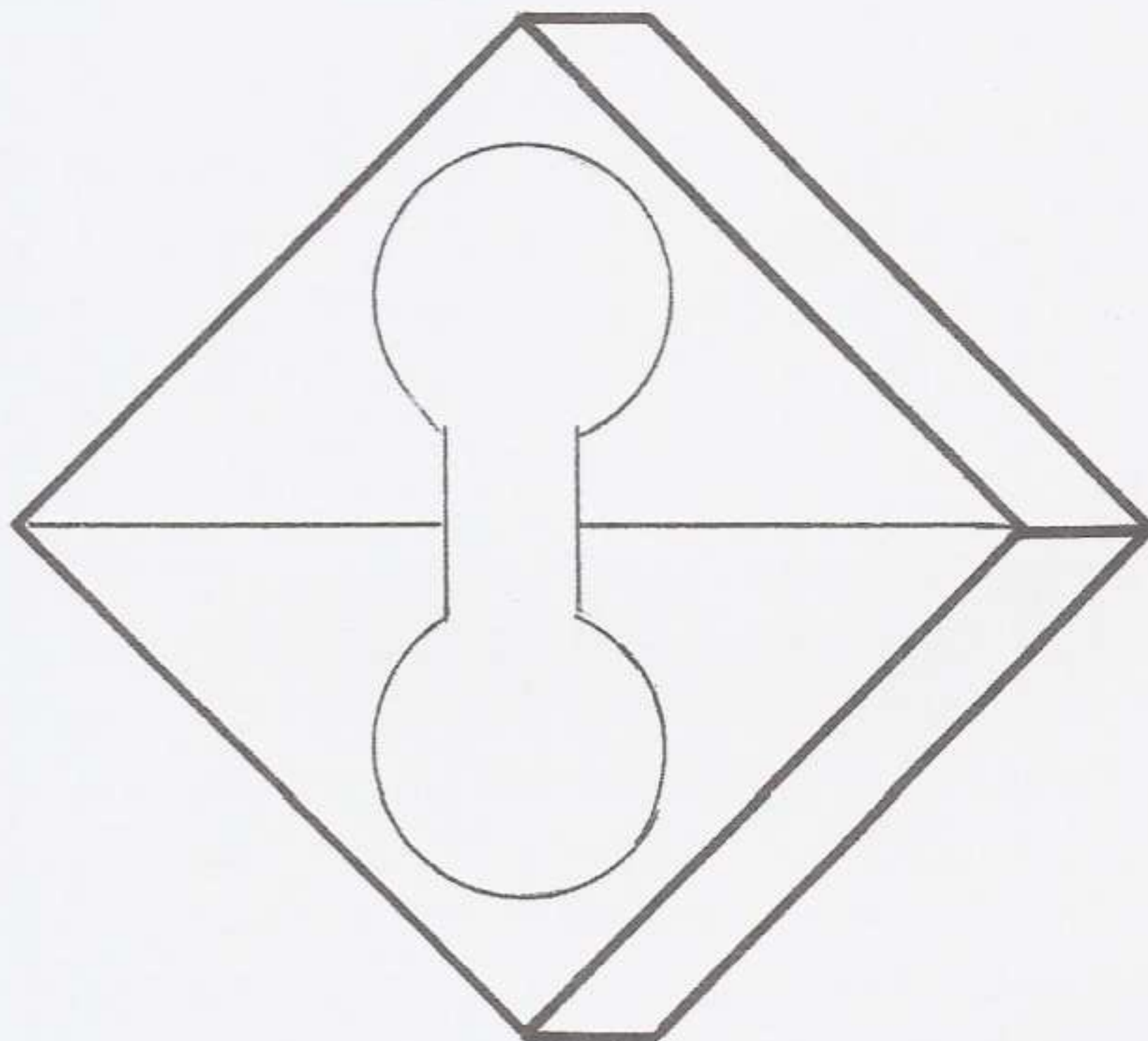
Cuatro amigos frente a la Escuela de la Paloma en Madrid
30 de Noviembre de 1.954

Tercer concurso de aprendiz. Año 1955- nacional- Madrid

"Voluntad de resurgimiento" - "a"

Categoría profesional- oficial de 3ª

Calificación final: tercero nacional



Dibujo de alzado y trazado de la pieza presentada por E. Moliner
al tercer concurso nacional de aprendiz. Tercer premio 1.955

Esta pieza era similar a una que hice en las prácticas. Por esa razón me sirvieron los mármoles y las plantillas.

A pesar de esa aparente ventaja, fracasé estrepitosamente. Me confié de tal manera que empleé, lo que en adelante ya no hice nunca, la precipitación y la confianza que me daba el haber hecho una muy parecida no hacía mucho tiempo.

La cuestión fue que decidí emplear el sistema rápido, o sea dejar las caras exteriores terminadas. Cuando quise darme cuenta tuve una pequeña "coladura" en una de las curvas y eso era imposible de rectificar. Al final por muy bien que ajusté el resto, por muy bien que hice la presentación, no pude conseguir nada más que el tercer puesto. Estoy casi seguro de que, si no me hubiera precipitado en el sistema para adelantar tiempo, cuando por entonces ese factor aún no era muy imprescindible, hubiera quedado sin lugar a dudas campeón de España.

Concurso de profesional. Año 1958 – provincial - Valencia

"Destreza en el oficio"

Categoría profesional - oficial de 2ª

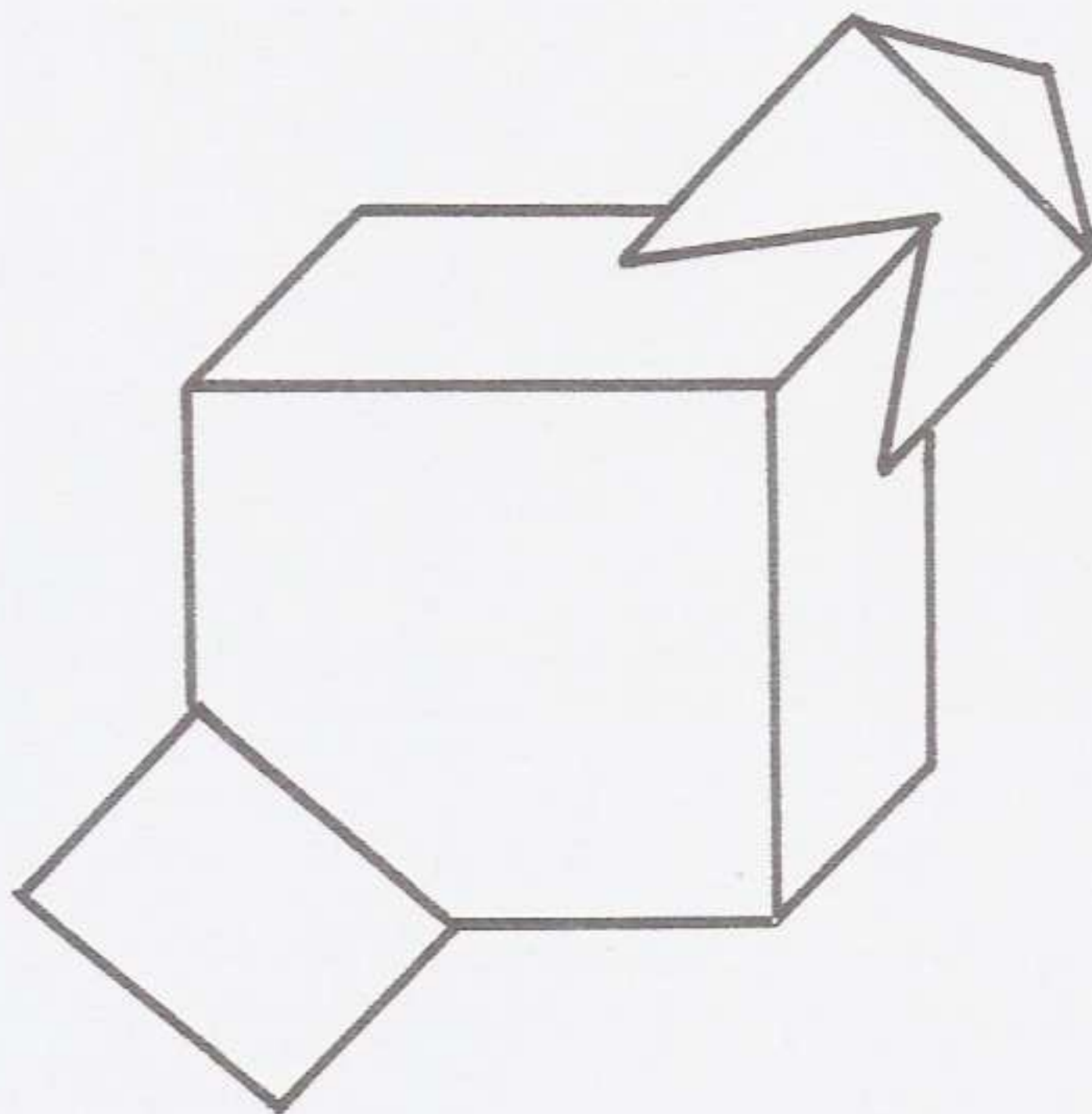
Calificación final: campeón



Primer concurso profesional provincial. Valencia 1958.

Vicente Pinilla, Manuel Ortega y el autor, junto a concursantes de otras empresas. Foto estudio Finezas. Reportajes gráficos. Valencia

Pieza de enormes dificultades, desde el diseño en sí, hasta el tiempo concedido, ya que solamente fueron veinticuatro horas las permitidas. Como se puede ver en el croquis, consistía en un cubo atravesado en diagonal por macho de forma triangular.



Dibujo de alzado y trazado de la pieza presentada por E. Moliner
al primer concurso profesional provincial.
Primer premio. Valencia, 1.958

Fue una de las piezas más costosas realizada hasta la fecha. En apariencia se ve sencilla, pero en la realidad, para su elaboración tuvimos que emplear todos nuestros conocimientos aprendidos. Para hacer la hembra del triángulo, se tuvo que perforar con broca de 8 milímetros. A partir de ese agujero, se tenía que desbastar, por supuesto con limas que cupieran, hasta conseguir formar el triángulo hembra deseado. Ni que decir tiene que la dificultad era muy alta por varias razones, siendo las principales la longitud del agujero y el tiempo concedido. A decir verdad yo tuve la suerte de no pasarme y pude llegar al final con la pieza en perfectas condiciones, cosa que me sirvió para que se me otorgara el título de "Campeón Provincial".



Concurso "Destreza en el Oficio".
Primer concurso provincial. Valencia 1958.

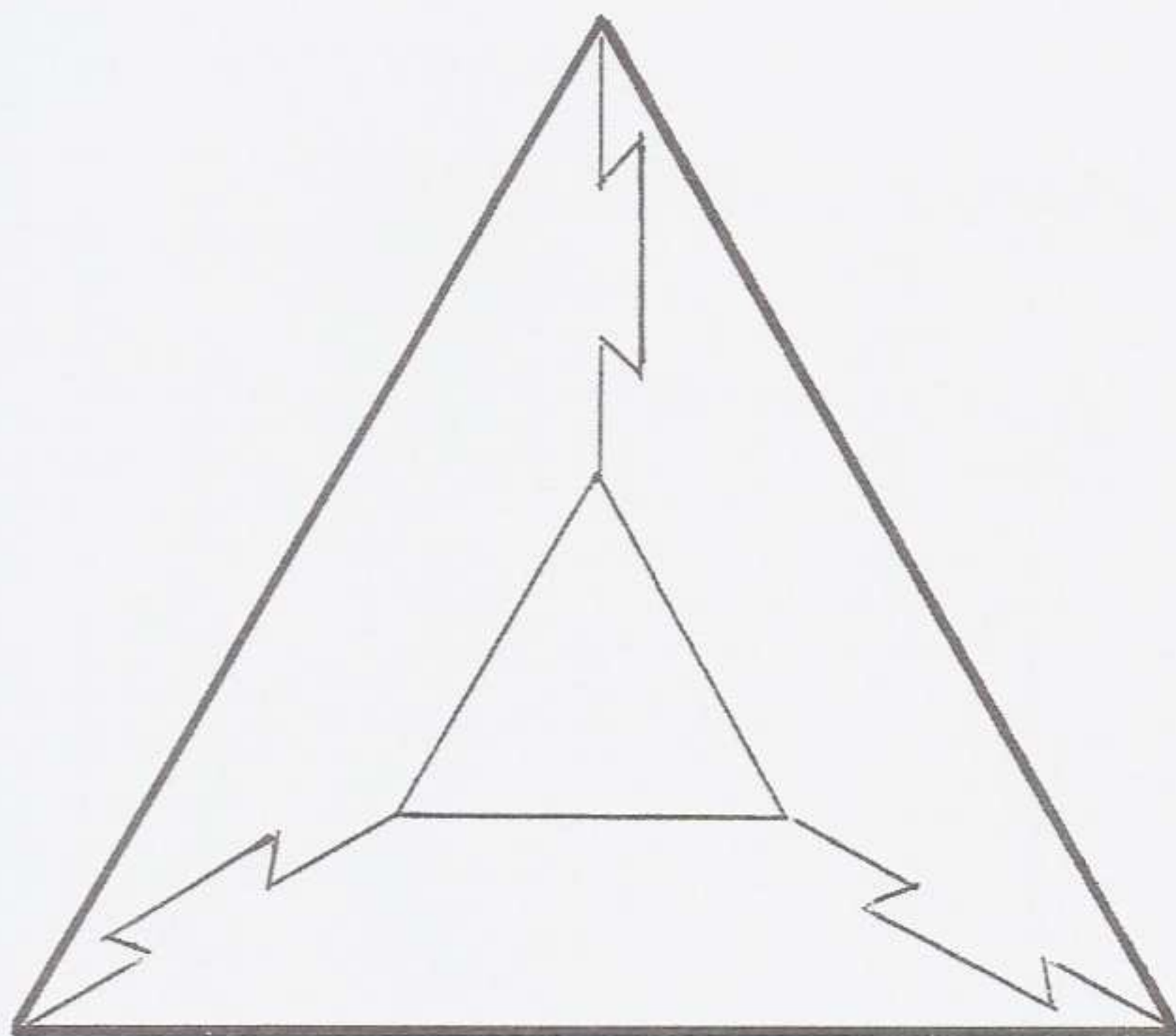
Segundo concurso de profesional. Año 1958 - nacional - Madrid -
"Destreza en el oficio"

Categoría profesional - Oficial de 2ª

Calificación: quinto premio

La pieza se compone en concreto de un triángulo equilátero que tiene sus lados – caras, unidos por diminutas “colas de milano” exactamente iguales, con un macho triangular central.

Al ser las tres “colas de milano” de reducidas dimensiones y con sus caras tan pequeñas, las superficies que ejercen presión, con apenas forzarlas un poco se deforman. La cota que hay entre los vértices exteriores de las colas de milano y las caras grandes exteriores es de 2 mm., por esa razón si se ajusta un poco fuerte, la cola hembra pierde su planitud. Para evitar esa eventualidad el ajuste tiene que ser muy suave, con el inconveniente de que por ello, no se mantenga en su sitio el triángulo central.



Dibujo de planta y alzado de la pieza presentada por E. Moliner
al segundo concurso profesional nacional.
Quinto premio. Madrid, 1958

Me concedieron el quinto premio. Solicité que me mostrara las cinco primeras piezas y me lo negaron de forma tajante. Me aconsejaron que guardara silencio y me dijeron que yo era muy joven y que tendría más oportunidades en el futuro.

La casualidad quiso que me enterara por medio del muchacho subcampeón, que a excepción de la que dieron como campeona, todas las demás, incluida la suya, los mismos miembros del jurado, sin darse cuenta o queriendo, las forzaron y al colocarlas en forma de regla en el mármol, se desestimaban las que no daban una perfecta recta. Se comprenderá por lo comentado anteriormente que le dieron el premio al aprendiz que ellos quisieron.

Esta fue mi primera experiencia negativa y la que me hizo comprender de que todo no es tan sencillo ni legal como en ciertos sitios aparentan. Se demostró tácitamente que la manipulación y comprobación de las piezas se hicieron en función de a quién se le tenía que dar el título de "Campeón".



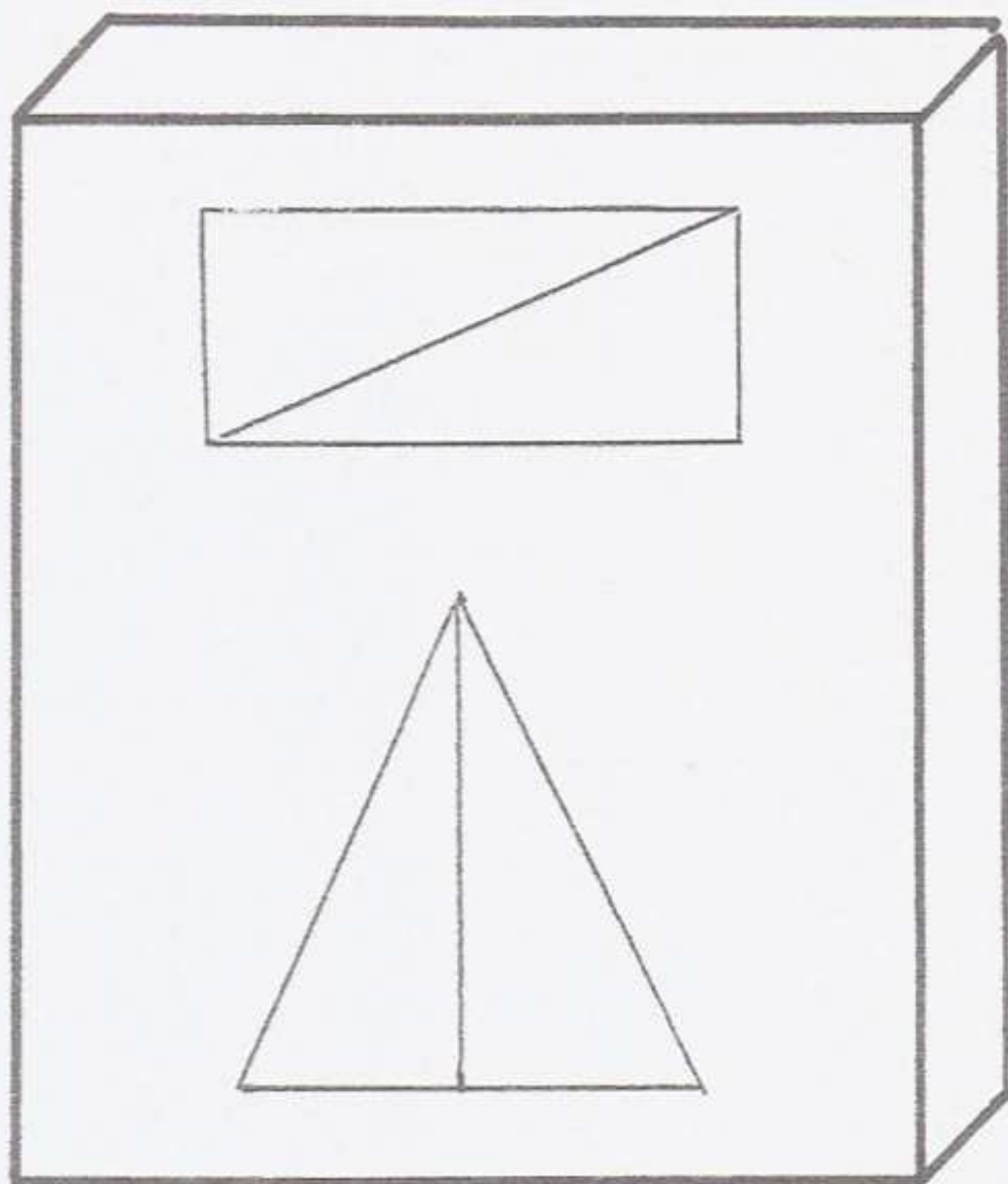
Segundo concurso profesional nacional. Madrid 1958.
Concursantes en diferentes oficios de otras provincias españolas.
Foto Mamegam. Paseo Sta. María de la Cabeza, 2. Madrid.

Tercer concurso profesional. Año 1962 Provincial – Valencia

“Destreza en el Oficio”

Categoría profesional – Oficial de 1ª

Calificación: subcampeón



Dibujo de planta y alzado de la pieza presentada por E. Moliner
al tercer concurso provincial profesional.

Segundo premio. Valencia 1.962

Participamos en este concurso Manuel Sanz y yo. Al ser la pieza muy simple, no tuvimos dificultad en realizarla de manera perfecta. Al final el jurado determinó que Sanz obtuviera el primer premio y yo el segundo.

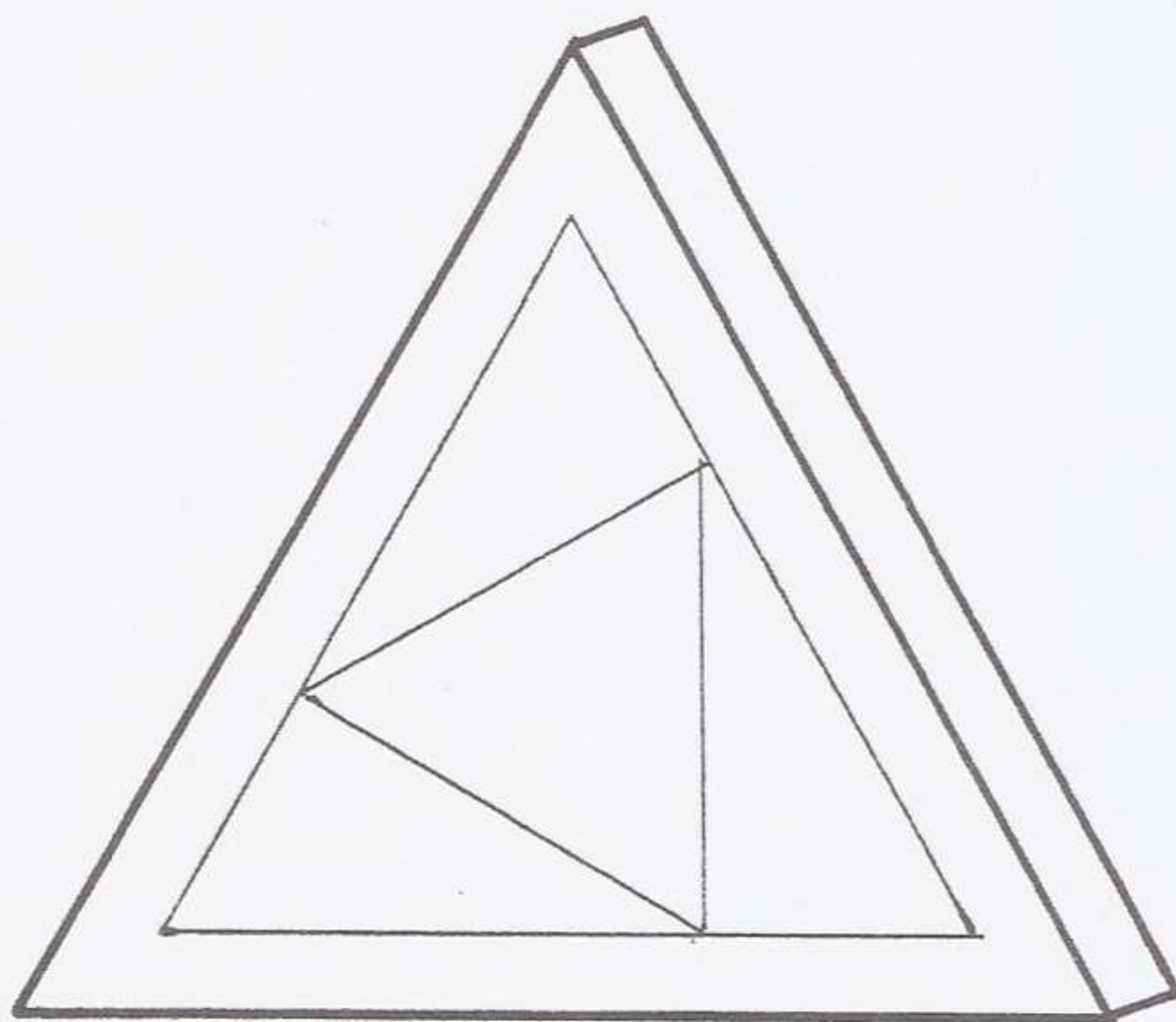
Cuarto Concurso Profesional. Año 1966 Provincial – Valencia

"Destreza en el Oficio"

Categoría profesional – Oficial de 1ª

Calificación: campeón

Esta pieza consistía en un bonito juego de cinco triángulos equiláteros. Se puede decir que era de una dificultad mediana, solamente hay que tener mucho cuidado en no estropear las aristas vivas de los triángulos y emplear el sistema rápido. Era muy apta para una presentación vistosa, a base de pulir cada pieza en un sentido distinto.



Dibujo de alzado y trazado de la pieza presentada por E. Moliner
al tercer concurso provincial profesional.

Primer premio. Valencia 1.966

Se dio la circunstancia de que solamente yo participé representando a la Empresa. Así como en los primeros concursos de "Destreza en el Oficio", la dirección era la que nombraba a los concursantes. En este concreto salió de mí la petición, prácticamente a nivel particular. Desde el momento que obtuve el permiso, hasta bien finalizado el concurso en Madrid, nunca nadie se dignó a, por lo menos cambiar impresiones sobre el tema. En la pieza del nacional comento algo más.

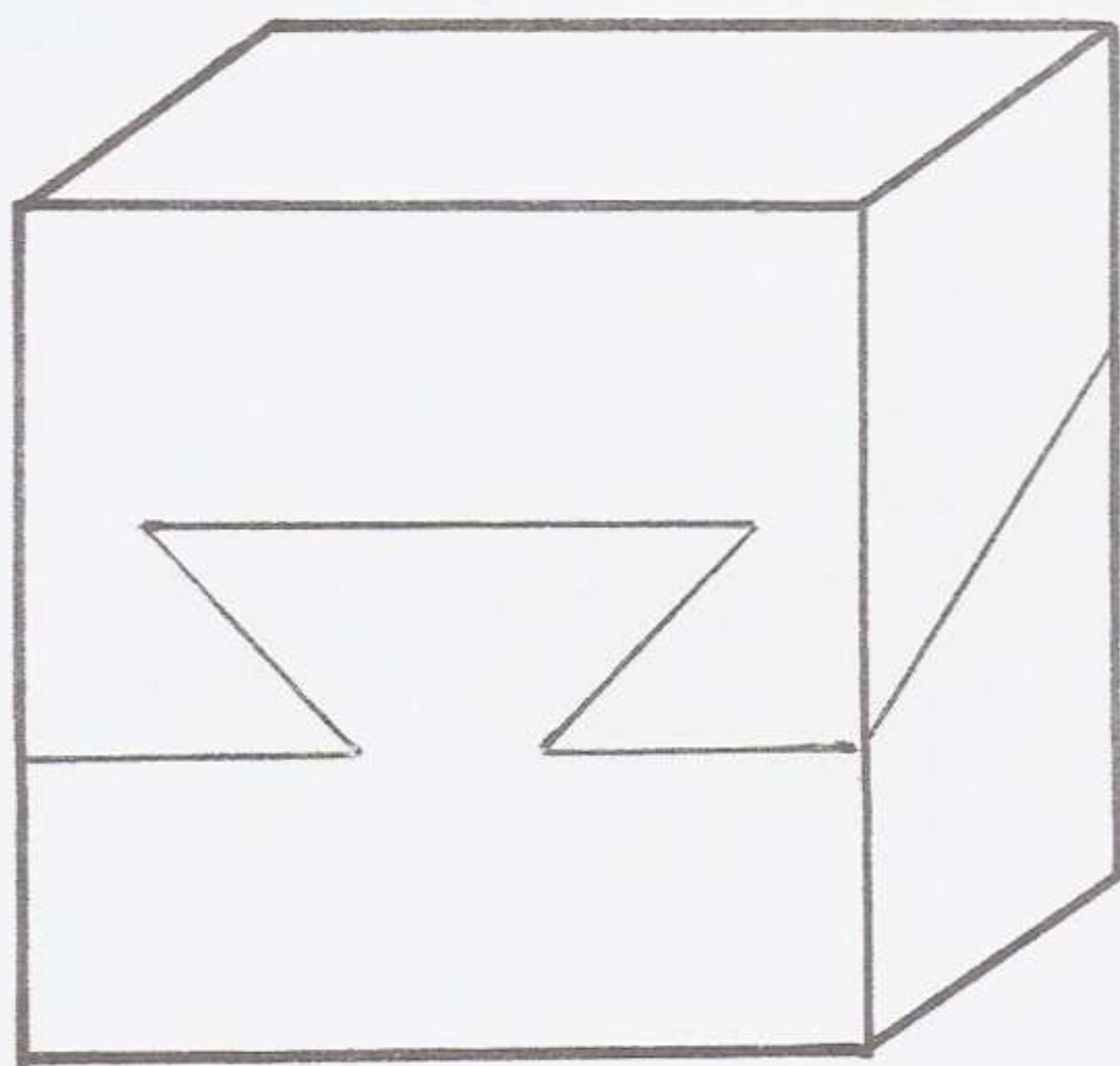
Quinto y último concurso de profesional. Año 1966 Nacional - Madrid

"Destreza en el Oficio"

Categoría profesional – Oficial 1ª

Calificación: subcampeón

Pieza de gran dificultad de ejecución, tanto en tiempo como en el ajuste final. Consistía en una "cola de milano" ajustada en un ángulo aparente de 45° , pero que el real era de 40° y $54'$, a todas luces muy difícil de conseguir. Al no disponer de la escuadra con esa magnitud, tuve que construirla sobre la marcha con el transportador "universal". Hay que tener en cuenta que por muy exacto que se aplique el grado en esa herramienta, siempre hay error, por supuesto inapreciable. Por lo tanto a base de comprobar y medir las veces que sean necesarias, antes de limar, se consigue dejarla bastante bien.



Dibujo de alzado y trazado de la pieza presentada por E. Moliner
al quinto concurso profesional nacional.

Segundo premio. Madrid, 1.966

A pesar de haber finalizado antes que nadie, con más de una hora de diferencia sobre el segundo, y a pesar de que se apreciaba una mejor calidad en todos los sentidos sobre los demás, según referencias de Vicente Pinilla, el cual estaba también representando a sus aprendices concursantes, no me concedieron el título de "Campeón".

En la entrega de premios me di cuenta del fraude que cometió el jurado calificador. En la mesa presidencial se expusieron todas las piezas, llevando cada cual una nota indicando el premio que se le concedía. Al acercarme para recoger el segundo premio vi con sorpresa que mi pieza tenía el cartel con el título de campeón. Quise reclamar pero no me lo permitieron.

Una vez finalizado el acto, un miembro del jurado intentó consolarme diciendo que el título de campeón se lo habían dado al representante de Madrid por cuestión de cercanía para cuando tuviera que ir a recoger otro premio de manos del entonces Jefe del Estado Francisco Franco, pero que en las vitrinas del centro escolar colocarían la mía por ser la mejor presentada.

Le dije que no me convencía con esos falsos argumentos y que les aprovechara a todos esa incoherente decisión.

Más tarde de regreso a casa me sentía satisfecho por ser subcampeón nacional con honra y con la cara bien alta.

De regreso al puesto de trabajo, nadie de la dirección se dignó preguntarme, cosa que me molestó muchísimo.

Hoy cuando han pasado más de 42 años y recuerdo esa época de mi vida, me convengo de que algo tuvo que ver esas experiencias de los concursos para mi posterior andadura profesional en la Fábrica. Pero como suelo decir, eso es otra historia.



SAGUNTO

De DIRECTOR

S/ carta

S/ referencia

Fecha 7-7-64.-

N/ referencia JL/MM.

A Sr. D. Enrique Moliner Bernabeu.- Taller de Ajuste.-

PREMIOS.-

ASUNTO

Muy Sr. mío:

Por el éxito obtenido por Vd. en la XII Competición Profesional de Destreza en el Oficio, en la especialidad de Ajuste, celebrado recientemente en Valencia, me es grato testimoniarle mi sincera felicitación y otorgarle un premio de 1.000 ptas., idéntico al que por la Organización Sindical le ha sido concedido en dicha competición.

Le saluda atentamente,

AILOS HORNOS DE VIZCAYA, S. A.
FABRICA DE SAGUNTO

EL DIRECTOR.

Enrique Ugarte
Enrique Ugarte

Factor Humano

En este capítulo rememoro a los profesores y maestros de Taller. También a uno de los alumnos del curso 1950, que a mi entender, por sus méritos personales demostrados a lo largo de su vida y por ser el que representa públicamente a nuestro curso con la concesión de una plaza en el Puerto de Sagunto, cosa que a todos nos enorgullece. Se trata de don Ángel Perales Yuste.

Profesores de Teórica

D. Diego Gordillo

Era este un personaje de presencia peculiar. Solamente al tenerlo frente a frente, ya sentías un cierto helor en las venas. Era muy complicado mantenerle la mirada. Debido a mi participación en los concursos de Ajuste, tema que más adelante comentaré, conviví con él en circunstancias distintas, como eran las escolares y las propias de los viajes, a los cuales nos acompañaba para ayudarnos y defendernos “desde fuera”.

Sus clases de aritmética las sufríamos todos, en función de si te preguntaba o no. En mi caso, puedo decir que si me sacaba a la pizarra me daba nota, nunca más de 5, pero el mes que no me sacaba no me puntuaba. A decir verdad todos estábamos convencidos, aunque él nunca aclaró nada, que el 5 era como mínimo notable, siendo el 2,3 ó 4 las más corrientes.

Estas notas tan bajas, perjudicaban al calcular la nota media en la calificación final.

Su obsesión principal era que todas las reglas de la aritmética, las teníamos que saber demostrar algebraicamente. Su sistema de enseñanza, en cierto modo era comprensible, pues se basaba en la pura lógica, pero eso sí, una lógica muy complicada. Si no estudiabas lo que él quería que entendieras estabas perdido, pues solía perder con frecuencia el respeto hacia aquellos que se quedaban mudos cuando eran preguntados por algún tema.

Era un genio en matemáticas. Muy dado al enfrentamiento con todo aquel que pretendiera ir en contra de sus aprendices. Así de especial era su comportamiento. En las pruebas de sus alumnos, defendía a sus aprendices como el que más, no le importaba contra quién fuera.

Si la circunstancia lo requería, desafiaba a un enfrentamiento entre aprendices de su curso y de otro, exclusivamente de matemáticas.

Sin lugar a dudas, D. Diego destacaba del resto de profesores, por su fama de duro. Nos daba las clases con un sistema poco comprensible para la mayoría. Era tal el miedo que habían inculcado a los alumnos aprendices de cursos precedentes, que la gran mayoría de los nuevos esperaban con cierto pavor su primera clase. Yo por mi parte estaba tranquilo. En el fondo pensaba que no sería tan fiero como comentaban los veteranos y que el tiempo daría su última palabra.

Su costumbre era sacar a la pizarra casi siempre a los mismos. Normalmente los primeros de la clase y los que se estaban preparando para los concursos de los diferentes oficios. En mi caso, fue a partir del segundo año cuando se fijaba en mí, por el motivo reseñado anteriormente. Tengo que decir que gracias a esa insistencia para que saliera al encerado, tuve que aplicarme en los estudios para quedar bien ante él y para que pensara que por mi parte, estaba haciendo lo posible en aprender cálculos, concretamente de Álgebra y Trigonometría en los dos cursos últimos, con el fin de poder hacer correctamente los ejercicios que solían poner antes de comenzar la prueba del concurso.

A todo lo comentado de este profesor, añadiré que su forma de actuar, estaba relacionada de forma directa con los tiempos que corrían. Piénsese que eran los años 50, poco más de once años desde que finalizó la guerra civil. Por entonces no existían ni Asociaciones de Padres de Alumnos, ni Claustro de Profesores, ni nada que se le pareciera. Lo que él decía era lo que se hacía “sin rechistar”.

A modo de ser sincero, reconozco que con esa dureza demostrada constantemente y esa forma de enseñar, a mí concretamente me sirvió de mucho para mi vida profesional. Además siempre reconocí y reconozco hoy también, que si no hubiera sido por su ayuda en favorecerme en alguna ocasión, yo no hubiera continuado concursando.

Fue una excelente persona y un caballero. Una circunstancia que siempre me llamó la atención era, que a pesar de su rectitud e imagen, tratando siempre de imponerse en sus clases, la mayoría le tomábamos a broma. Para ser sincero, yo nunca le di motivos para que se enfadara conmigo. Procuraba guardarle el respeto que se merecía, fuera por su edad o por haber sido maestro mío en mi infancia y por haber sido alumno suyo en las clases particulares que daba en su casa, para preparar el examen de ingreso en la Escuela de Aprendices.

Tenía una condición innata y eso le engrandecía, nunca llevaba a efecto los castigos que nos imponía.

Su carácter, muy distinto al de D. Diego Gordillo. Se diferenciaba en que en sus clases siempre eran bulliciosas y con D. Diego el silencio era lo que predominaba. Con él era raro el día en que no nos descontroláramos. Unas veces, yo diría que las más, por culpa nuestra. Otras porque él sin darse cuenta, demostraba una falta de personalidad, cosa que a muchos de nosotros, antiguos alumnos suyos en tiempos pasados, de alguna forma nos extrañaba. Lo cierto es, que el respeto en ambas direcciones, se perdía constantemente. A pesar de las bromas que algunas veces le gastábamos, todas sin malicia, él las soportaba con entereza y dignidad. Nunca empleó represalias y ayudó en la época de los exámenes a todo aquel que lo necesitara.

Aún hoy después de tantos años, cuando nos juntamos varios alumnos del curso, y por alguna razón sacamos comentarios de aquellos días, siempre recordamos a D. José, especialmente con la broma que le gastamos entre todos, y digo entre todos, porque todos fuimos cómplices al mantener silencio absoluto, cuando se nos preguntaba uno a uno si sabíamos quién o quienes habían sido los promotores de la molesta broma de turno. La más destacada no tengo más remedio que comentarla.

Cierto día varios alumnos, no voy a dar nombres, una media hora antes de comenzar su clase, acordaron pegar la silla en la que él se sentaba, la cual estaba situada sobre la tarima, ambas de madera. El motivo era aprovecharse de la costumbre consistente en que, cuando no conseguía con

palabras “suavizarnos”, golpeaba la silla contra la tarima, produciendo con ello un fuerte ruido. Por un momento al instante todos guardábamos silencio. Como ese sistema lo empleaba con frecuencia, alguien tuvo la idea de pegar la silla, para ver lo que pasaba cuando no la pudiera mover. Lo que pasó es que cuando intentó sacudirla y no poder, se enfadó muchísimo. Todos esperábamos un castigo, sin embargo esperó a que dos alumnos que estaban practicando en carpintería la desapegaran. Lo intentaron durante un buen rato y al no poder cortaron las patas con un serrucho. Recuerdo que alguien dijo:

- Esta broma se la han gastado los veteranos.
- Si han sido ellos, seguramente lo habrán hecho para que el ruido no moleste al señor director que tiene su despacho justo detrás de esta pared –, respondió con flema británica, tocando la pared.

Ante las risas que provocó con esas palabras, cogió la silla de nuevo y la golpeó más fuerte que nunca exigiendo silencio. Entonces me di cuenta de que hablaba en serio. No obstante al final, me dio la impresión de que soportó la broma con cierta sorna y dignidad. Para mí fue todo un caballero, pues si se la hubiéramos hecho a otro profesor a saber cuál hubiera sido su reacción. Eso lo pensamos después varios de nosotros, incluido el que tuvo la idea.

La asignatura de cultura cívica nos la daba con un sentido de honradez admirable. Consideraba que lo que se nos decía en el libro era pura teórica y a la vez lógica, pero que no hay mejor libro, ni mejor enseñanza que la práctica diaria en la calle, en nuestras casas, en los lugares públicos, etc. Sus frases que más pronunciaba eran, “no tenéis que confundir nunca la libertad con el libertinaje”. Aún hoy pienso en ella y cada día me convengo más, de que tenía mucha razón. Otra frase célebre era “a los ancianos y a las mujeres se les debe respetar siempre y procurar no hacerles daño”.

La consecuencia de esas enseñanzas, muy positivas para mí, me han acompañado durante toda mi vida. He recordado sus palabras y he procurado, en la medida de lo posible, ponerlas en práctica. Por supuesto, cuando en el círculo familiar o amistades el tema ha salido a colación, he man-

tenido mi postura en relación directa con las enseñanzas que D. José me inculcó en esas clases.

Cuando falleció, todo el pueblo asistió al sepelio y meses más tarde, las autoridades locales, reconociendo su labor pedagógica desarrollada durante toda su vida, dio su nombre a un colegio sito en la población de el Puerto de Sagunto.

Padre Jesuita D. Jaime Pons y Vallés

Este sacerdote era el encargado de intentar, durante los cuatro cursos y por los medios que Dios le daba, enseñarnos lo referente a la religión católica.

Persona de humanidad inconmensurable. Su bondad llegaba hasta el extremo de soportar cualquier opinión, que de alguna manera, cuestionara el catolicismo. Nunca se alteraba, aunque rara vez sonreía. Basaba su carácter en su buen hacer y en su forma pausada de hablar. En lo que a mí respecta, recuerdo que cuando hablaba mirándome a los ojos, notaba como en mi interior se introducía su bondad y con lo que él me estaba transmitiendo.

Al finalizar la explicación de alguno de los temas del RELIGIÓN, preguntaba a varios, para ver si lo habían comprendido. Recibía respuestas de todo tipo. Unos que no compartían esas explicaciones. Otros que casi, casi, pero no y los más guardaban silencio sin saber que responder.

A todos nos decía:

–Comprendo que muchos de vosotros no estéis de acuerdo con esta religión, la razón es que no somos iguales, pero eso no quiere decir que seáis malos, sino todo lo contrario.

Yo al principio no entendía muy bien su forma de dar esa asignatura, pero desde el punto de vista de la época y pensando que la represión que se ejercía en todos los aspectos de la vida de entonces y aparentemente con el tema religioso mucho más, pronto comprendí que no tenía más remedio que aceptar y cumplir lo que se me indicase, siempre y cuando no me perjudicara en la cuestión personal y familiar. Si digo esto es, por que en el

trascurso de los cuatro años, tuvimos que hacer cosas que luego servirían para quedar bien ante él y ante sus superiores. Me jugaba sin lugar a dudas mi puesto de trabajo en la Fábrica, si no pasaba bien el curso, pues aunque hoy en la actualidad no se considera prioritaria esta asignatura en los estudiantes, en los años 1950 – 54, era imprescindible aprobar. A modo de ejemplo, sirva éste. Todos los domingos teníamos que asistir al sacrificio religioso de la misa de forma obligatoria. Por supuesto que una mayoría no estaba por la labor, cada cual con sus propias excusas. La dirección de la escuela, nunca supe si fue por recomendación del Padre Jaime o porque así lo decidieron los que mandaban, el caso es que para conseguir que todos cumpliéramos, nos daban unas tarjetas con nuestro nombre impreso y la fecha. Al entrar en la iglesia, que por cierto debería ser la iglesia de Begoña, se la enseñábamos a uno de los conserjes situados en la puerta, el cual certificaba en ella nuestra asistencia. No voy comentar que trucos nos inventábamos, pero muchos nos librábamos de esa obligación. Volviendo al Padre Jaime, diré que siempre estaba con la obsesión de que aprendiéramos las lecciones de memoria.

Dentro de unos años vosotros mismos decidiréis el camino que más os convenga, mi gusto sería que fuera el de servir a Dios de la manera que creáis más oportuna”– solía decir más o menos con estas palabras. Tenía la sabiduría de, sin amenazas ni coacciones, conseguir que una mayoría de la clase asistiéramos a misa, confesáramos y comulgáramos, por lo menos una vez al mes. En la época de los exámenes hacía lo posible para que todos aprobáramos.

Muchos años más tarde, solía acercarme a su despacho, situado en la planta baja del Colegio de Nuestra Señora de Begoña y allí cambiábamos impresiones. De alguna manera sus consejos alimentaban mi espíritu.

En su memoria se le dedicó un barrio, dónde él había aportado prácticamente toda su herencia económica que le habían otorgado sus padres. Costeó la construcción de varias casas para los más necesitados del pueblo

D. Vicente Tobajas

A este profesor le correspondía dar las clases de geometría. Excelente

persona. Sus clases eran para mí muy atractivas, desde el punto de vista de las enseñanzas gracias a su pedagogía. Quizás era demasiado tolerante con nuestro comportamiento, que aunque no se le perdía el respeto, sí que más de una vez nos llamaba la atención y en vez de castigarnos, hablaba para sí mismo en voz alta, diciendo:

- Con el ronroneo que ustedes provocan y a pesar de lo mucho que insisto para que se callen, la clase parece una taberna. Pues nada, si les parece bien, otro día traeremos unos cacahuets y una baraja, y pasaremos la mañana más entretenidos.

Más o menos solía contestar con ese estilo. Cuando ocurría esa situación a todos nos provocaban risas y que él entonces, con cierta seriedad, nos la helaba en los labios, dando serias advertencias fácilmente comprensibles, referidas a los exámenes.

Por las características comentadas se podía pensar que raras veces se prestaba a las bromas. En el fondo por su forma de tratarnos dándonos consejos personales de forma paternal, los cuales poco a poco iba forjando la personalidad de aquel que los recibía. Por lo menos conmigo así fue.

Nos enseñaba la Geometría de una forma sencilla y comprensible. Buscaba siempre la lógica en sus argumentos. Hacía lo posible para todos aprobáramos la asignatura. Las preguntas siempre eran fáciles de contestar, por lo menos así lo entendía yo.

D. Carlos Escrich

Era este profesor el encargado de impartir las clases de física y química durante los dos cursos primeros. En cuanto a seriedad, era el más parecido a D. Diego Gordillo. Persona de apariencia muy seria que le permitía hacerse de respetar, sin apenas pronunciar palabra alguna.

Complementaba esa actitud de seriedad, yendo siempre vestido de forma elegante, lo que le hacía resaltar su porte altivo, demostrando una gran seguridad en sus actos y planteamientos.

Acostumbraba a dar las clases paseando entre las mesas y frente a todos nosotros, a la vez que explicaba la lección de memoria, cosa que a todos nos llamaba la atención.

Tenía una costumbre que ejercía como un autómatas en el momento de comenzar la clase. Era una costumbre que, a ser sincero, yo esperaba todos los días. Se trata de la siguiente:

En aquellos tiempos los fumadores, entre los que me incluía yo, fumábamos los cigarrillos más económicos, como eran los Ideales, los Celtas, el tabaco picado, al que llamaban de cajetilla, etc. D. Carlos acostumbraba a fumar los Ideales, que por cierto no eran de los de mejor calidad, pero de la forma cómo se los fumaba daba la impresión de que eran los mejores del mercado, como podían ser los Ducados, los Coronas etc. Tenía por costumbre que al comenzar la clase montaba su propio ritual de fumarse un cigarrillo. El primer movimiento, era introducir su mano derecha en el bolsillo correspondiente de su chaqueta americana, pero de una forma pausada, como si al saberse observado, tratara de dar un cierto misterio a lo que sacaría del mismo, por supuesto eso me sucedía a mí los primeros días, luego ya sabía con certeza que sacaría. El paquete de Ideales. Luego lo miraba como si estuviera leyendo sus características y muy lentamente levantaba un poco la solapa descubriendo los cigarrillos. Con unos golpecito en la parte superior del paquete conseguía que se elevaran dos o tres.

Con los dedos pulgar e índice extraía uno de ellos y se lo colocaba sujeto entre los labios, manteniéndolo enhiesto durante un buen rato. Mientras tanto se guardaba con la misma parsimonia el paquete y a continuación introducía la misma mano en la parte interior e inferior de la chaqueta y sacaba una caja de cerillas. Sin dejar de hablar, encendía una de ellas, por cierto siempre al primer intento, y acercaba la llama al cigarrillo, colocando las manos a modo de embudo, como si hiciera viento. Lo prendía y rápidamente le daba una fuerte aspiración, tan larga como el tiempo que empleaba en guardar la caja de cerillas en su bolsillo y arreglarse la chaqueta. A continuación cogía el cigarrillo entre los dedos índice y corazón de su mano izquierda, completamente estirados y se retiraba el cigarrillo de los labios, al tiempo que expulsaba una pequeña cantidad de humo, cosa curiosa, ya que en la aspiración había consumido más de un centímetro de cigarrillo.

Como he dicho antes, sabía a ciencia cierta, que todos seguíamos sus movimientos y por eso no se cortaba en realizarlo dos o tres veces, durante el tiempo que duraba la clase.

D. Jerónimo Morillas

Este profesor de dibujo técnico nos dio las clases durante los dos primeros años.

Era de apariencia seria y respetable. Con frecuencia contestaba con bastante genio a las preguntas que le solían hacer, en cierto modo “tontas”.

Como de los cursos anteriores nos informaban de las bromas que le gastaban, yo entendía que eso no podía ser cierto. Pero conforme pasaba el tiempo me daba cuenta de que tenían razón, ya que era rara la vez que sus clases no terminaran con algún tipo de broma, a pesar de que sus amenazas de castigo siempre se cumplían.

De todas esas bromas que se le gastaba, la que más me impactó y que siempre la recordaré, fue aquel día en que un alumno se encontró en el Parque de Chatarra de la Fábrica, una vieja pistola. Ni corto ni perezoso, a un descuido del Sr. Morillas la introdujo debajo de su carpeta. Cuando la descubrió dio un paso atrás y se quedó mirando asombrado la pistola. La cogió con su mano derecha, al tiempo que decía elevando la voz al máximo.

– ¡Quién me ha dejado esto en mi mesa!

No recibió respuesta, pero alguien se tiró al suelo gritando.

– ¡Socorro!– al tiempo que se tapaba la cabeza con las manos.

Otros levantaron sus brazos y el promotor de la broma – omito el nombre–, le contestó muy serio, pero a la vez con la sonrisa asomándole por la comisura de sus labios.

– Por favor no dispare, le prometemos que a partir de hoy vamos a ser buenos y no le haremos hablar.

El Sr. Morillas no daba crédito a lo que oía, pero al ver nuestra actitud, dejó caer la pistola diciendo:

- No preocuparos que no quiero haceros daño. Por favor levantaos y continuar dibujando.

Entonces yo me di cuenta que esa persona en el fondo era noble y generosa, pues se nos podía haber castigado duramente y no sucedió nada, cosa que yo días después le agradecí, aprovechando que le solicitaba permiso para faltar a clases por motivos familiares y él me lo concedió, entonces le dije:

- Muchas gracias por este permiso y por no haber tomado represalias con la broma de la pistola.
- Desde el primer momento sabía que era una broma, no soy tonto, pero tenía que disimular, ya que si lo hubiera considerado en serio, a muchos de ustedes tal vez les hubieran despedido de la escuela y eso yo no me lo perdonaría nunca.

A él le agradezco el haberme enseñado a manejar con soltura los instrumentos de dibujo. Fueron los principios en esta faceta que en los dos siguientes años me sirvieron de forma espectacular.

D. Francisco Poblete

Este profesor se encargó de darnos las clases de Física y Química durante los dos últimos años. De carácter completamente contrario al S. Escrich.

Durante las clases se limitaba exclusivamente a explicar la lección correspondiente. Luego hacía una serie de preguntas y ordenaba realizar ejercicios relacionados con el tema vigente. Finalmente los repasaba y ponía notas, las cuales no servían nada más que para saber cada uno de nosotros en qué nivel de estudios estábamos.

Sus clases pasaban sin pena ni gloria. De hecho todos aprobábamos esa

asignatura, principalmente porque con bastante tiempo insistía en conceptos concretos que, de alguna forma, daba a entender que esas cuestiones serían lo que pondría en los exámenes finales.

D. Esteban Mérida

Para el tercer y cuarto curso de dibujo técnico, estaba el Sr. Mérida, que por aquel entonces era el secretario del Director de la Fábrica y Jefe de la Sala de Dibujo de la misma.

Su principal virtud era el modo que empleaba para que todos pusiéramos el máximo interés en aprender a dibujar. Nunca hizo el más mínimo gesto para dar opción a que se le tratara como al Sr. Morillas. Siempre demostraba una actitud seria y a la vez generosa a la hora de calificar.

Si se me obligara a decir algo irreverente de él, me encontraría con una disyuntiva difícil de resolver. Para mí fue un excelente profesor de dibujo y del que aprendí a dibujar de forma casi perfecta.

Maestros de Taller

Sr. Castell

Fue el maestro de ajuste y trazado con el que conviví durante tres años a causa de tener que hacer las prácticas de los concursos en la misma escuela. Por las mañanas, en vez de ir a la Fábrica, la mayoría de los días lo pasaba practicando haciendo piezas de ajuste.

Recuerdo el primer mes que estuve en su oficio. Me dio la impresión de que era una persona seria y responsable. La forma de dirigirse, a todo aquel que no hacía lo que él había mandado, era como si fuera su padre. Al tiempo que le regañaba, le aconsejaba sobre las virtudes de hacer las cosas bien hoy, para poder defenderse mañana como un hombre en el trabajo. Procedía de Aragón, por esa razón le llamábamos cariñosamente “el maño”, pero nunca a él en su cara, por lo menos yo.

De gestos en cierto modo bastos y rudos a la hora de plantear alguna cuestión, pero suaves y comprensivo cuando el interlocutor le guardaba el respeto debido, o cuando el tema que se trataba, se salía un poco de sus conocimientos. Sabía muy bien guardar las distancias cuando era necesario.

Recuerdo con cariño la expresión que solía tener cuando alguno de los aprendices ajustadores le mostraba la pieza para que la valorara. La sujetaba con sus gruesos dedos y colocándola cara a la ventana solía decir:

“Me cago en D..., si por aquí puedo ver la Virgen del Pilar”. Nadie lo consideraba como una palabra mal sonante, era su costumbre.

A mí me ayudó mucho durante las prácticas. Continuamente me preguntaba si tenía algún problema, generalmente de falta de herramientas, ya que me había concedido plena autonomía para la realización de las diferentes piezas de ajuste.

Colaboró en lo que le solicitaron para la construcción y el montaje de la maqueta del tren *blooming*, la cual se exponía todos los años en los certámenes de las empresas siderúrgicas, con gran éxito.

Otra colaboración fue la referente al belén, que todos los años se montaba en el salón parroquial.

Al estar yo allí, pude también trabajar para ambos proyectos, cosa que hoy me siento orgulloso de haber participado en la medida de mis posibilidades.

Sr. Santibáñez

Maestro de maquinaria. De porte altivo y serio. Siempre perfectamente vestido como si viniera de una fiesta. Por esa razón se hacía respetar. Por su elevada estatura miraba a sus interlocutores por encima de ellos lo que hacía que se le respetara más. Rara vez hablaba con sus alumnos. Se limitaba a pasear de un extremo a otro de la nave. Daba la impresión de que con esa actitud, no enseñaba el oficio de tornero y fresador, que eran los

que a él le correspondían. Con el tiempo se demostró que sí que enseñaba, claro que a su modo. En primer lugar siempre estaba pendiente de los movimientos de sus alumnos. Si se le hacía alguna pregunta, respondía que se la hiciéramos a los veteranos, los cuales tenían uno o dos cursos más que nosotros y que siempre se prestaban a ayudarnos para quedar bien con él. De alguna forma ellos eran los maestros.

Como los oficios los dieron al principio del segundo año, solamente estuve con él el primer año.

A pesar de lo comentado, tenía especial cuidado en aleccionar a los nuevos, qué es lo que debían hacer para no accidentarse. Bien con gestos o acercándose a la máquina, nos orientaba de cómo hacer las cosas.

En cierta ocasión, estaba yo practicando en un torno, cuando una viruta se me enganchó en el dedo índice de la mano derecha, provocándome una herida profunda y aparatosa por la sangre, de ese “mordisco”. Él fue el primero en darse cuenta de lo que me había sucedido. Rápidamente sacó su pañuelo y me taponó la herida, al tiempo que daba una orden tajante al aprendiz que estaba más cerca para que me acompañara al puesto de socorro.

Por su forma de ser y su comportamiento, me enseñó una de las cosas más importantes para mi futuro, el respetar y emplear las buenas formas para con los demás.

Sr. Gregorio

La educación física estaba a cargo del Sr. Gregorio. Su misión consistía en llevarnos, debidamente formados, al campo de fútbol del Fornás. Allí nos obligaba a realizar una serie de ejercicios gimnásticos, según él para estar en forma y poder afrontar los esfuerzos que años después tendríamos que emplear en la Fábrica.

En teoría estaba bien que nos diera esos argumentos, pero en la práctica sabíamos de antemano que no servirían para nada, pues nos limitábamos a pasar el rato lo mejor posible y a esperar la hora del regreso de nuevo a

la escuela. Él trataba de cumplir con lo que se le ordenaba y nosotros, en general, lo tomábamos como un recreo escolar.

En resumen y en lo que a mí se refiere no tuvo la más mínima trascendencia en mi educación física.

Sr. Morales

Maestro de electricidad. Estuvo durante los cuatro años, pero yo estuve con él el primero por pasar a quedarme definitivamente en ajuste. Durante los meses que estuve practicando en ese oficio, aprendí mucho en lo referente a saber hacer empalmes, conexiones eléctricas e instalaciones simples, que en definitiva son las bases para entender los fundamentos de la energía eléctrica y su comportamiento.

Sr. Bernardino

Maestro de carpintería y modelos. Lo mismo que con los demás oficios solamente practiqué allí durante el primer año. Aprendí a trabajar con la madera y a conocer cómo se debería tratar, para evitar roturas imprevistas.

Me refiero al sentido de la “malla”, que según se manejaba la garlopa en una dirección u otra, se dominaba mejor la madera y no se astillaba. Si algo recuerdo de ese maestro es su bondad y su forma de enseñar sin alterarse. Conversaba sobre la madera tantas veces como hiciera falta. Lo que no permitía era el engaño o que le dijeran mentiras, en referencia a los trabajos que mandaba hacer, como sucedía cuando alguien buscaba entre los trabajos hechos por otros aprendices de cursos anteriores y decían que lo habían hecho ellos. No considero conveniente dar nombres, entre otras cosas por prudencia y respeto.

Sr. Rafael

Era el maestro de lampistería u hojalatería, como le llamábamos nosotros. Este oficio no me gustaba en absoluto, para mí lo consideraba muy

peligroso, pues si te descuidabas un poco, ya tenías algún que otro corte en las manos. No obstante, procuré hacer lo posible para obtener buena nota, aunque en realidad no me gustaba, el caso era quedar bien.

El Sr. Rafael era una persona muy atenta con todos los aprendices. Nadie dio la más mínima queja por su forma de comportarse. Se le apreciaba y se le consideraba como un amigo, porque así nos trataba a todos.

A mí me enseñó a manejar las herramientas para dominar la hojalata sin peligro. En nuestras clases recuerdo que se construían, para utilizarlas en los distintos departamentos de la Fábrica, las clásicas jarritas de hojalata para beber agua, de la cual conservo una.

Sr. Tomás

Como maestro de fundición y modelos era muy bueno. Conocía a la perfección todos los misterios de las posibilidades de la tierra. Como tratarla para que los moldes salieran perfectos. Para él todo se podía realizar, tuviera la forma que tuviera.

En este oficio estuve igualmente el primer año y a decir verdad no me entusiasmaba mucho. Lo consideraba muy pesado, ya que había que trabajar agachado o en cuclillas. También cuando me enteré de lo pesado que era en la Fábrica, cuando se realizaban las fundiciones manuales. Procuré, como en los otros oficios obtener nota de aprobado y pasar del mismo.

Sr. Diego de Haro

Maestro de carpintería. Persona afable y bonachona. Su forma de enseñar era de fácil comprensión, según me contaban sus aprendices, los que ya tenían asignado ese oficio, pues yo no estuve nunca trabajando en sus clases por estar ya en ajuste.

Era esta persona de un carácter alegre y en cierto modo divertido. No dejaba por eso de ser un buen maestro y cuando se tenía que hacer de respe-

tar lo lograba siempre sin aspavientos ni gritos, simplemente demostrando a su interlocutor dónde estaba el error. Si era de él, lo reconocía y asunto concluido.

Compañeros - alumnos

Siempre por naturaleza propia, nos supone un gran esfuerzo comentar algo sobre las personas que en su día nos abandonaron para siempre. Pero en esta ocasión, considero que merece ser recordada una persona que durante su vida personal, laboral y privada, siempre en referencia con el tema que nos ocupa, nos ha dejado con un sabor humano difícil de superar. No podemos prescindir de él y pienso que lo debo tener siempre en mi memoria. Se trata de D. Ángel Perales Yuste

No me considero autorizado para comentar la vida, sea laboral o privada, de nadie, pero en el caso de Ángel la cosa es distinta. Me explico. Cuando me escribió el prólogo del libro "Sagunto 1983. El años más largo", yo ya estaba escribiendo el libro titulado "Mi vida laboral: 1950 – 1990".

Por entonces le hice una serie de preguntas y al final de la conversación me dijo que confiaba por completo en mí y que estaba seguro de que lo que yo escribiera sobre él sería correcto y razonable. Al final de la entrevista y estando en la calle, me pidió que por favor le enseñara el libro cuando lo terminara. Lamenté el día de la presentación y lo lamento hoy, que no pudiera llegar ese momento, ya que por desgracia falleció antes de que terminara el libro en el cual me había redactado el prólogo.

Nació en Teruel en el año 1936. A pesar de que por un lado se consideraba un "porteño" nato, no podía olvidar a su tierra natal. Todos los años, mientras la salud y las circunstancias se lo permitían, viajaba a Teruel para visitar y acariciar a su torico.

Nos conocimos en el Colegio de Nuestra Señora de Begoña, en el acto de inauguración de la misma. Era el año 1947. Entablamos una buena amistad que duró hasta sus últimos días. Siempre me daba consejos acertados. En los revuelos de los alumnos, su voz era la que marcaba la pauta y la que más se tenía en cuenta, tanto por los maestros como por nosotros los

alumnos. Era tal su poder de sugestión que todos pensábamos, sin temor a equivocarnos, que en el futuro llegaría a ser un personaje reconocido y querido por todos. Entonces sólo tenía doce ó trece años.

Casi todos los días al salir de clase, regresábamos juntos a nuestras casas. El camino más transitado era el de la Pared de Noguera (hoy Avda. Camp de Morvedre). Cuando alguna de sus puertas estaba abierta, pasábamos al otro lado y nos sentábamos en la acequia a conversar sobre la escuela, sobre los maestros y su forma de enseñar.

Tenía una opinión muy personal sobre los exámenes. Según él, no se hacían correctamente. Me decía que si se hacían por escrito, cabía la posibilidad de copiarnos con las famosas chuletas. En cambio si se hacían orales, casi nunca daban la realidad de nuestros conocimientos, principalmente por el papel que jugaban los nervios, al estar frente a frente con los maestros. A la pregunta mía, de cómo los haría él, me respondía muy convencido:

–Se deberían valorar por parte de los maestros el interés por aprender del alumno. Cada cierto tiempo, durante todo el curso se le iría calificando mediante pruebas mixtas, por escrito y orales. Al final del curso con un simple examen, más las anotaciones que el maestro durante el curso ha tenido en cuenta, recompensar con notas más reales.

Ya predestinaba lo que hoy en día se está haciendo, las evaluaciones trimestrales.

Recuerdo que siempre estaba con la cantinela de que las clases debían ser menos numerosas. Entonces estábamos con Don Serafín y éramos cuarenta alumnos.

Otro tema que tocaba era el de la participación de los padres en la educación de sus hijos. Las A.P.A.S. no existían. Me decía que sería bueno que nuestros padres se relacionaran con los maestros. De alguna manera, se adelantaba con sus pensamientos, en lo que años después sucedería en realidad.

Tres años conviví con él en ese colegio. Durante todo ese tiempo, tanto sus

compañeros-alumnos, como los profesores le respetaban y le admiraban.

Era por decirlo de alguna forma, el centro neurálgico en todas las actividades escolares. Con él todo era distinto y alegre. Su sentido del humor contrastaba con su manera de tratar los temas serios. Era por lo tanto muy difícil de imitar y de vez en cuando nos sorprendía con genialidades dignas de admiración.

Cuando entramos en la Escuela de Aprendices, me llamó la atención el lugar tan atrasado que obtuvo en el examen de ingreso, aproximadamente por la mitad. Debido a la amistad que le profesaba, le pregunté si es que se había equivocado en las pruebas. Su respuesta fue tajante

- Enrique si no he tomado un gran interés en sacar buenas notas para alcanzar un puesto de los primeros en la clase, te diré que yo estoy aquí para aprender un oficio y por consiguiente un empleo en la Fábrica. Tengo mucho tiempo por delante para estudiar. Para aprobar los cuatro años no necesito saber más.
- Si me parece muy bien lo que me dices, pero...
- No hay pero que valga, yo tengo en el horizonte cosas más importantes en qué pensar.

En ese momento no supe a qué se refería. Luego años más tarde todos hemos visto y comprendido esa reflexión.

Le concedieron el oficio de carpintero y a los pocos años a todos los de ese oficio les cambiaron al de ajustador. Le destinaron a Reparaciones Mecánicas. Trabajó en algunas ocasiones en el equipo de mi padre.

Cuando mi padre se jubiló, él asistió a la comida de despedida y fue el centro de la fiesta. Mi padre, días después, me dijo que sin él todo habría sido diferente.

En el año 1964 tuvo un accidente en el departamento del los Hornos Altos. Casi le cuesta la vida, pues tuvo que soportar múltiples operaciones quirúrgicas. Le quedaron tal cantidad de secuelas que le impidió volver al tra-

bajo.

A partir de entonces se dedicó a defender y ayudar al colectivo de minusválidos. En esa asociación enseñaba, a todo aquel que solicitara su ayuda, a defender sus intereses no dando nunca nada por perdido, pero respetando la libertad de cada cual.

Estudió Magisterio y no lo terminó por no aprobar las asignaturas de Religión y Gimnasia. Cierta día me dijo que le era imposible saltar el potro. Yo me lo creí, ya que me lo dijo muy en serio. Sobre la Religión, me dijo que era creyente, pero que tenía infinidad de dudas al respecto.

Las clases que impartía al colectivo de minusválidos eran siempre con carácter altruista.

Fue pionero de las asociaciones. En los años 1975-76, colaboró en la creación de la primera, que fue la Asociación de Padres de Familia, formando parte de la Junta Directiva. En una de las asambleas asistí para ver cómo se explicaba – siempre me gustó su forma de expresar los temas – y a decir verdad, quedé asombrado al escucharle hablar. Su facilidad de expresión y su visión de los problemas de entonces, me impresionó, pues ya hacía varios años que no hablábamos.

Meses más tarde, tomando como referencia esta asociación, se fueron legalizando las de vecinos, tales como “La Forja”, “Esperanza-Marina”, “La Victoria”, etc. y las A.P.A.S. en los colegios.

Era tal la inquietud que tenía en ayudar al pueblo en general que, en cierta ocasión, siendo Alcalde el señor Adán, le encargaron moderar la Asamblea Pública Municipal que se hizo en el Centro Aragonés local.

El Alcalde informó al público sobre los problemas que tenía la población. Ángel dirigió la asamblea a la perfección. En un momento determinado, se formó un revuelo entre lo que decía el Alcalde y lo que decían algunos de los ciudadanos asistentes. Perales intervino colocándose al lado de los ciudadanos y se enfrentó al Alcalde de una forma tan magistral que recibió la ovación más grande de la tarde.

Unas semanas después, me vio por la calle y se paró para saludarme y a

la vez contarme algo que le rondaba la cabeza. Me dijo que le habían propuesto para ser Concejal del Ayuntamiento y que no había aceptado, por no querer ocupar cargos de ese tipo y menos a “dedo”. Quería estar liberado de responsabilidades y normas municipales, por que desde abajo pensaba defender mejor a su pueblo.

Tenía la facultad de ver los problemas desde los ángulos correctos y lógicos. Razón por la cual se hacía respetar por todas las ideologías políticas y por el pueblo en general.

Durante la lucha por la defensa de la cabecera de A.H.M., estuvo siempre en el lugar adecuado, siempre que su enfermedad se lo permitiera. Cuando tomaba la palabra dejaba sentada su opinión de una forma muy clara para que todos le entendieran. Su despacho era un bar a dónde asistía casi todos los días a jugar su partida de dominó.

En su cara siempre se dibujaba una sonrisa, muy amigo de las bromas, pero muy amigo también de decir siempre la verdad y de reprender a todo aquel que osara enfrentársele diciendo mentiras o bobadas que pudieran perjudicar a la persona que él defendía y que algunas razones no podían hacerlo, como era el caso de sus amigos minusválidos.

Estuvo trabajando de contable en la cristalería Belmonte. Allí atendía a todo aquel que necesitara alguna información. Precisamente yo, ante la dificultad que tenía para resolver un problema familiar, principalmente por desconocimiento de la burocracia de entonces, acudí a él. Primero recordamos tiempos pasados, nuestras “aventuras” inocentes de muchos años atrás, me atendió y tomó nota de mi problema. A la semana siguiente, volví de nuevo y después de explicarme los pasos a seguir, según él había averiguado en Valencia, me despedí con un fuerte abrazo. A los pocos días, pensando un poco, caí en la cuenta de que yo le había provocado un gasto. Volví a la cristalería y después de insistirle mucho, lo máximo que aceptó fue un refresco en el bar Teruel.

Como buen compañero-alumno de la Escuela de Aprendices, estuvo asistiendo a la cena anual del curso. Con su presencia apenas se cenaba, por que las situaciones humorísticas que de él se desprendían, nos lo impedí-

an. Hacíamos de todo menos comer. Cierta año, por motivos particulares y por enfermedad, dejó de asistir. Cuando falleció, las cenas eran distintas, pues habíamos perdido para siempre el referente y la brújula que siempre nos guiaba y nos inducía a ser mejores cada día y a pensar más en nuestro prójimo. O sea, nos enseñaba con sus palabras y con sus ejemplos a ser solidarios con aquellos que lo necesitaran.

En mi opinión, Ángel Perales Yuste marcó una etapa en la vida colectiva y laboral del Puerto de Sagunto, difícil de igualar. Las palabras que me vienen a la memoria para definirlo, serían las de honrado, leal, apreciado, respetado y un largo etc.

Nos privó para siempre de su presencia y de su preciada humanidad el día 7 de mayo de 1994 a los 59 años de edad.

Al poco tiempo de su fallecimiento, las fuerzas políticas y sociales del pueblo, consideraron que debido a su trayectoria como ciudadano ejemplar en todos los sentidos, adoptaron el acuerdo unánime de asignar la definición de una de las plazas del Puerto de Sagunto con su nombre. Se denomina ese lugar como Plaza de Ángel Perales.

Es un orgullo para mí y supongo que para todos los aprendices del curso 1950, el que un alumno del mismo fuera reconocido como ciudadano ejemplar. Para mí siempre lo tendré en mi pensamiento.

Hasta siempre Ángel.

*Ángel Perales Yuste se llamaba
de nuestro curso y un gran compañero,
en la escuela le dieron carpintero,
luego ajustador, él no lo esperaba.*

*Con un accidente se lesionaba
quedando en estado lastimero,
no trabajó y estudio con esmero,
el que le conocía le apreciaba.*

*De los minusválidos fue su amigo
a los que defendía con gran tino,
tocaba siempre todos los extremos.*

*Del gran desastre integral fue testigo
y ayudó con su pensar viperino,
Ángel nunca, nunca te olvidaremos.*



SAGUNTO

De JEFE AGRUPACION EMPLEO

Fecha 12- 9-70

N/referencia JM/AE.

S/carta

S/referencia

A Sr. D. Enrique Moliner Bernabeu - REP. MECANICAS

ASUNTO Cómputo antigüedad tiempo en Escuela Aprendices.

Muy Sr. mío:

Pongo en su conocimiento que, en aplicación de las Normas complementarias del Reglamento de Régimen Interior y del nuevo Convenio Colectivo Sindical para esta Fábrica, se lo ha computado como antigüedad en la Empresa el tiempo de permanencia en la Escuela de Aprendices, causa por la que su antigüedad pasa a ser la siguiente:

Antigüedad actual en la Empresa.	Alta en la Escuela.	Tiempo en Escuela de Aprendices		Nueva antigüedad en la Empresa
		AÑOS	MESES DIAS	
1- 1-52	1-10-50	-	9 -	1- 4-51

NOTA: Por Excedencia, tiene deducidos seis meses.

Atentamente lo saluda,
ALTOS HORNOS DE VIZCAYA, S. A.

FABRICA DE SAGUNTO
El Jefe Agrupación Empleos

[Signature]
José Mauri

Metas profesionales logradas por los aprendices del curso 1950

Es muy complicado hacer una relación exacta de alumnos, con sus propias historias y en la que se refleje con claridad las diferentes metas conseguidas. Fuimos sesenta y uno en ese curso. Se podría, con tiempo y paciencia, y como no, con la participación activa de cada cual, dar conocimiento de los logros profesionales y los trabajos.

Considero una utopía y de una gran dificultad, el realizar yo esa labor. Ahora bien, tal vez algún día, los interesados que deseen dar a conocer su historia de los cuatro años en la Escuela de Aprendices, tomen la decisión de redactarla, más o menos en la forma y manera de cómo yo en esta recopilación propia he hecho.

Con muy pocas excepciones, propias de las reglas, la mayoría consiguió la meta que se propuso al salir de la escuela.

Resumiendo, no voy a citar los nombres de personas, ni las cantidades de títulos conseguidos, ni en qué oficio. La relación siguiente son los status logrados en el día de la jubilación de los alumnos de este curso.

Se pueden condensar en lo siguientes:

Ingenieros Técnicos.	Maestros de Taller.
Contramaestres.	Jefes de Equipo.
Empleados de oficina.	Técnicos de organización.
Técnicos de ingeniería.	Técnicos de laboratorio.
Oficiales de primera.	Oficiales de segunda.
Monitores	

Epílogo

Finalizo este libro recopilatorio, con el convencimiento de que cuando alguien lo tenga en sus manos, se pueda informar un poco de cómo era la realidad estudiantil de la época, allá por los años cincuenta del siglo pasado.

Comprendo que muchos opinaran que no he escrito pasajes importantes y que de alguna forma son inolvidables. Mi pretensión no es otra que ser ameno y no cargar tintas en temas personales y que tal vez de volverlos a recordar surgirían discrepancias nada agradables y este no es el fin del libro. Quiero que sea ameno y recordatorio a la vez y no pretendo nada más.

Para finalizar, en referencia a los concursos, voy a dar mi opinión al respecto.

Hoy después de tantos años, cuando me acuerdo de esos tiempos, hago mi análisis particular, con estas preguntas:

- ¿Sirvió para algo esa dedicación casi exclusiva, la cual ha ido muchas veces acompañada de enfados y malestares físicos?
- Mi respuesta es: si, me conformo y estoy de acuerdo a pesar de todo.
- ¿Me parece bien que me pregunten y me hagan recordar esa faceta?
- A esta pregunta respondo también que si. Hubo de todo, momentos muy buenos y otros no tanto, pero en conjunto fue un episodio inolvidable en mi vida profesional.
- Si pudieras retroceder en el tiempo, ¿Volverías a ser un concursante?
- Sin dudarlo, es más a mi edad hoy de 72 años, me creo capaz de construir alguna de las piezas similares a las de entonces.

Finalmente decir que he escrito otro libro titulado "Mis piezas de ajuste",

sin editar. En el mismo comentario detalladamente todo lo referente a esta faceta, como son: la herramienta necesaria, las piezas y su forma de construirlas, las anécdotas reales humanas y sociales, etc.

Complementando la narración de estos recuerdos vivos, contestaré algunas de las preguntas del cuestionario que se ha confeccionado para los antiguos alumnos que deseen intervenir, con el fin de dar a conocer sus vivencias. Lógicamente responderé a las que no tengan relación con los pasajes ya comentados anteriormente, con el fin de no repetirme.

En relación a la formación recibida diré que fueron varios profesores los que me enseñaron asignaturas con bastante rigor. Con el que más aprendí fue con Don José Tarrazona, que con su peculiar manera de enseñar me hizo ver el mundo real, con sus virtudes y sus defectos. Una de las frases que con más frecuencia empleaba era “nunca tenéis que confundir la libertad con el libertinaje”. Esa frase siempre a lo largo de mi vida me ha dado que pensar y hoy en día la suelo emplear, principalmente al enterarme de ciertas “cosas” que ocurren en nuestra sociedad actual.

En relación con los “deberes”, solíamos juntarnos tres o cuatro alumnos y a veces más, en casa de alguno de nosotros. Allí repasábamos y comentábamos las últimas clases y nos tomábamos apuntes de unos a otros. Ahora bien, normalmente eso ocurría en vísperas de exámenes.

Como actividad cultural la que más recuerdo era la asistencia a los conciertos de música clásica que se celebraban en el cine Victoria, hoy aula de cultura. Era una obligación para quedar bien ante los profesores, o tal vez para que lo tuvieran en cuenta.

No sé si es por obsesión o por amor a los libros, lo cierto es que guardo casi todos. Cuando los tengo en mis manos, vienen a mi memoria algunas de las situaciones relacionadas con la asignatura de ese libro.

Los valores humanos que adquirí durante los cuatro años, fueron muy positivos. Aprendí a respetar a las personas mayores, indefensas, mujeres en general, etc. Practiqué el compañerismo en todas sus facetas. Traté de

superarme al máximo en el oficio, empleando para ello las posibilidades que me daban, por ejemplo, los concursos. La vocación por el trabajo he tratado de demostrarla a lo largo de toda mi vida laboral.

Sobre el respeto por la naturaleza, no recuerdo que en la escuela se practicara, aunque en algunas asignaturas se nombraba. En mi fuero interno, siempre he considerado muy necesario mantener una postura positiva de cara a todo lo que nos rodea, que en definitiva es la propia naturaleza.

A excepción de algunas de las preguntas sobre este tema, casi todas las vivencias tengo respondidas en esta especie de libro sobre recuerdos vivos, por lo tanto, me centraré en aquellas de cierta relevancia que, tal vez por olvido, o porque en su día no la consideré de importancia, no las he narrado.

La distancia de mi casa al centro escolar, era aproximadamente de cinco a seis minutos caminando a paso normal. Hoy, cuando hago más o menos ese mismo trayecto, me acuerdo de lo bien que lo pasaba, principalmente cuando me acompañaba alguno de mis compañeros. No había escaparate comercial por ver y comentar. Recuerdo los piropos que las muchachas recibían al cruzarse con nosotros. Francisco Ríos para eso era insuperable, ya que su piropo no ofendía, y casi siempre a la aludida la hacía sonreír.

Aunque éramos personas de quince o dieciséis años, también teníamos recreo. Se aprovechaba el mismo para almorzar y comentar los acontecimientos recientes. Mi sitio generalmente era en los bancos de piedra situados frente a la puerta de las oficinas de Menera. El juego que más ejercitábamos era el fútbol.

No recuerdo lo que llevaba en los almuerzos, pero pensando en la época, a los once años de terminar la guerra española y con los racionamientos por manutención básica, no serían muy lujosos. Aseguraría que nunca me quedé insatisfecho y que por lo tanto deberían ser de calidad y abundantes.

Sobre los castigos o penalizaciones, yo por suerte no recuerdo ninguno. Lo que sí recuerdo es que por esa época el castigo a base de dolor corporal se ejercía por los maestros en otros centros. En la escuela esa forma de castigar era impensable, cosa que yo siempre agradecí. Lo máximo que

empleaban era suspender alguna asignatura o prohibir salir al recreo.

La Asociación de Amigos de la Escuela de Aprendices, con independencia de mi ilusión en mantener vivo el recuerdo de ese centro y lo que significó para una buena parte de la juventud del pueblo, considero que aún estamos a tiempo de reivindicar y conseguir la tan ansiada meta, la recuperación del edificio con todas sus consecuencias. Aparentemente se ha llegado un poco tarde para ello, pero la asociación debe esforzarse al máximo y no perder nunca la esperanza. Cosas más grandes y más incomprensibles se están viendo en nuestro entorno.

Me enorgullezco de ser socio fundador de la misma y me comprometo a colaborar al máximo para lograr esa meta.

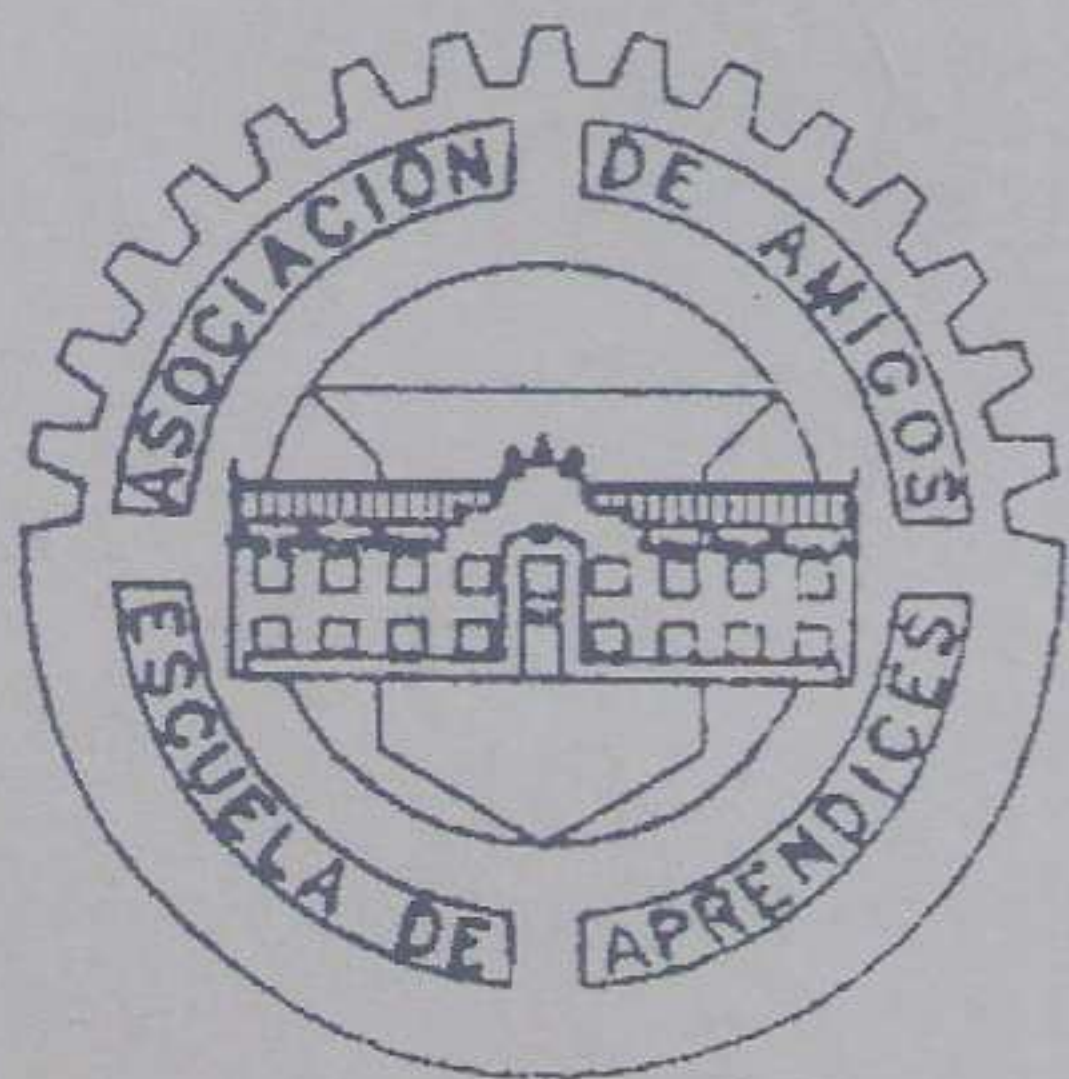
Enrique Moliner Bernabeu

Primavera de 2009

Este libro ha sido impreso en los talleres gráficos de GRAFICOOP, COOP. V. en el mes de Noviembre del año 2010.

En este año, se cumple el 75 aniversario de la fundación de nuestra cooperativa, el año 1935; siendo la segunda cooperativa mas antigua de la Comunidad Valenciana que aún sigue prestando sus servicios en el mundo de las Artes Gráficas.

Queremos felicitar al autor, Enrique Moliner, por la recopilación de documentos y datos históricos para la elaboración de este libro que al igual que nuestra cooperativa tiene tantos años de historia.



fíbula
de las
artes s.l.



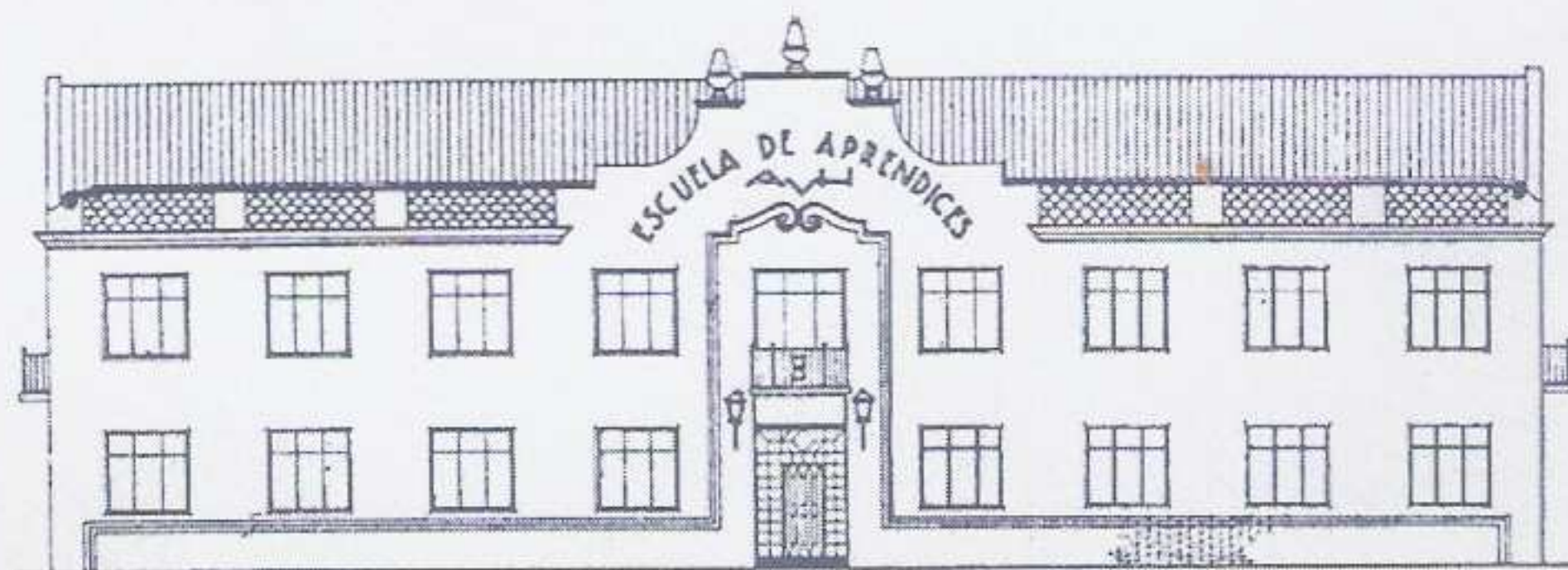
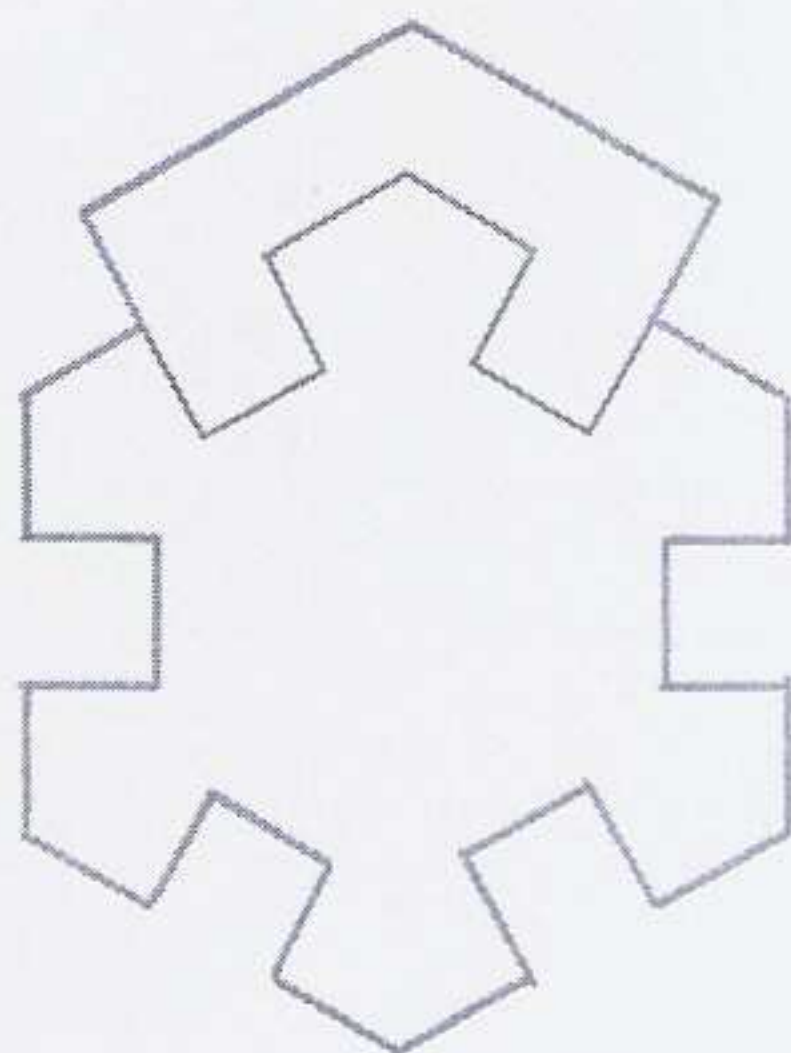
Ajuntament de Sagunt

 **caixa
popular**

TESTIMONIOS DE APRENDIZ

Nº 1 - Enrique Moliner Bernabeu

Prólogo de Ximo Revert Roldán



Enrique Meliner

INTRODUCCION

De todos los centros escolares en los que he asistido, pienso que dos de ellos fueron los que marcaron mi futuro, en lo referente a adquirir conocimientos de cultura general y profesional.

Esal como he comentado anteriormente, los dos centros fueron, el Colegio de Nuestra Señora de Begonia, para cultura general y el ya desaparecido la Escuela de Aprendices de A. H. V. El primero, remodelado recientemente, me preparó lo suficiente para conseguir ingresar en el segundo, el cual me daba la oportunidad de aprender un oficio.

Sobre el segundo, todos sabemos que en el verano de 2007 fue derribado de manera "extraña" e incomprensible. Su historia física y humana nadie la pone en duda. Fue un edificio emblemático para el pueblo

El pasado mes de julio tuvo lugar en la Institución Sindical de F. P. I. «Virgen de la Paloma», de Madrid, la fase nacional del XV Concurso Nacional de «Destreza en el Oficio» que convoca y patrocina bienalmente la Organización Sindical Española para productores adultos.

En el certamen tomó parte representando a la Empresa, después de proclamarse campeón provincial de Valencia en la especialidad de ajuste, el productor de Talleres Nuevas Instalaciones, oficial de 1.º y jefe de equipo, Enrique Moliner Bernabeu que se clasificó, tras reñidísima competición con los campeones del resto de las provincias de España, como subcampeón Nacional de ajuste.

Enrique cuenta en la actualidad con 30 años. Ingresó en la Escuela de Aprendices a los 14 años en 1950. Ya como aprendiz participó tres veces en los concursos de Formación Profesional Industrial y Artesana «Voluntad de Resurgimiento» que organiza la Delegación Nacional de Juventudes, en los que se clasificó dos veces como campeón de sector y tercero en la fase Nacional del mismo año.

Nuestra cordial enhorabuena a Enrique. Que cunda el ejemplo y que disfrute las buenas pesetazas que en concepto de premio le han sido concedidas por la Organización Sindical y las otras tantas con que ha sido gratificado por la Empresa por su magnífica actuación.

E. M. A



**ENRIQUE
MOLINER
BERNABEU**

**Subcampeón Nacional de
ajuste
del XV Concurso de
«Destreza en el oficio»**

Año 1966

XIV Concurso de Destreza en el Oficio del Sindicato del Metal

La fase provincial se ha celebrado en la Institución San Vicente Ferrer

Se ha celebrado, en los talleres mecánicos de la Institución Sindical San Vicente Ferrer, la fase provincial del XIV Concurso de Destreza en el Oficio para productores encuadrados en el Sindicato Provincial del Metal.

El concurso de este año fue dedicado a la especialidad de ajuste, y en él han tomado parte un buen número de trabajadores representando a diversas empresas de la capital y provincia.

La prueba propuesta por el tribunal consistía en la ejecución de un ajuste de triángulos, pieza de gran precisión, para cuya realización se había concedido a los participantes un plazo de 16 horas de trabajo.

Una vez terminado el trabajo objeto del concurso y calificados por el tribunal cada uno de los ejercicios, fue proclamado campeón provincial el productor Enrique Moliner Bernabeu, de la empresa Altos Hornos de Vizcaya, de Puerto de Sagunto, clasificándose en segundo y tercer lugares

Enrique Chiralt Palanca y David Giménez Aragoneses, ambos de la empresa Cointra, de Puzol.

A los tres primeros clasificados les fue entregado un premio en metálico de 2.000, 1.000 y 500 pesetas, respectivamente, así como premios de consolación de 250 pesetas cada uno al resto de los participantes.

El tribunal calificador, presidido por el delegado provincial de la Organización Sindical, don Joaquín Hernández López, estaba integrado por el ingeniero jefe de la Delegación de Industria, don José Cucurella; presidente del Sindicato del Metal, don Miguel Ramón Izquierdo; presidentes de las Secciones Social y Económica, don José Collado y don Angel Amutio, y los peritos don Jaime Belda, don Salvador Pons y don José Enriquez Pérez, formando parte también, como invitados, el vicesecretario provincial de Obras Sindicales, don Alfonso Méndez Sáez, y el director de la Institución San Vicente Ferrer, don Pascual Estañ de Teresa.

VICENTE MORTES, OPINA:

"La nueva Siderúrgica costará de treinta a cuarenta mil millones de pesetas"

"La Organización Sindical y las autoridades valencianas han enfocado con gran objetividad las razones que abogan por su implantación"

"Su instalación en Sagunto sería un hecho positivo para Valencia dada su gran tradición Siderometalúrgica"

El Comisario adjunto del Plan de Desarrollo Económico y Social, don Vicente Mortes Alfonso, ha hecho unas declaraciones al periódico «Industria siderometalúrgica», de Madrid, respecto a la instalación de la nueva planta siderúrgica integral en la zona Levante-Sur de España.

Por el interés de sus manifestaciones y la autoridad del señor Mortes Alfonso, las reproducimos a continuación.

«Día tras día, los periódicos nos traen noticias de esta o aquella población, este o aquel organismo, corporación..., que reclaman para su región, para su provincia, la instalación de la nueva siderúr-

manda y peticiones de las autoridades industriales valencianas en el citado sentido?

—Pienso que las autoridades y la Organización Sindical valencianas han prestado un auténtico servicio a España al enfocar con gran objetividad las razones que



BOLETIN DEL SINDICATO PROVINCIAL DEL METAL

EDITA: EDICIONES Y PUBLICACIONES POPULARES - Director: Rafael Martínez Molina

Depósito Legal: V. 213 - 1966

Valencia, Junio-Julio-Agosto 1966

Año 1.º - N.º 5, 6 y 7

Enrique Molina Bernabeu
Sub-campeón nacional
de Ajuste

Es también el Campeón
Provincial de 1966.



JOSE RAMON ESNAOLA

**PRESIDENTE DEL SINDICATO
NACIONAL DEL METAL**

Nada extraño, puesto que la riqueza que entraña, tanto para la localidad donde la misma se levantara como para toda su gran área de influencia, sería —es obvio remarcarlo— de importancia suma. Tanto económica como socialmente, la nueva siderúrgica ofrece una indudable fuente de energías, que tendría una traducción inmediata en la "salud" de cuantos de ella bebiesen.

Dos zonas: Algeciras y Sagunto, se encuentran en estos momentos en parecidas circunstancias. Ambas, digámoslo deportivamente, han emprendido singular maratón en pos de ser una la triunfadora; es decir, la que —en un futuro no lejano— pueda ser la sede de ese nuevo y gran complejo industrial. Algeciras, porque —de tal forma— contribuiría sustancialmente al acelerado plan de desarrollo del Campo de Gibraltar, próximo a ponerse en marcha. Sagunto, porque ya cuenta con una pequeña siderúrgica que serviría a manera de planta-piloto para el nuevo complejo.

Para que nos hable sobre este tema hemos recabado la autorización de opinión de don Vicente Mortes, comisario adjunto del Plan de Desarrollo Económico y Social, a quien hemos preguntado.

—Existiendo en Sagunto un complejo siderúrgico sobre el que sería posible montar, con sensible ahorro, la proyectada siderúrgica "Levante-Sur", ¿cree usted que debe atenderse a la creciente de-

a su juicio abogan en favor del emplazamiento en Sagunto de la nueva siderúrgica. Los estudios y datos acopiados han de servir, sin duda, a las autoridades competentes a la hora de tomar tan importantes decisiones.

—Tengo entendido, señor Mortes, que en una reciente "Rueda de Prensa" celebrada con usted en Televisión Española, le preguntaron algo semejante sobre la conveniencia de la instalación en el Campo de Gibraltar de una gran factoría siderúrgica. ¿Podría repetírmelo, más o menos, su punto de vista?

—Efectivamente, así fue. El 17 de mayo se celebró una rueda de prensa en Televisión Española sobre el tema general de la "Ordenación económica-social del Campo de Gibraltar". Creo que el director de "Area", de La Línea, fue el que formuló tal pregunta. Más o menos mi contestación fue que efectivamente se está hablando en diversos puntos de España de la instalación de una siderúrgica. Yo informé que dentro del programa siderúrgico nacional se está pensando en la instalación de una nueva planta en la zona Sur-Levante. Añadí que tanto la instalación como la decisión de su emplazamiento eran problemas muy importantes, por lo que la inversión requerida es del orden de los treinta a cuarenta millones de pesetas. Se están llevando a cabo una serie de estudios desde el punto de vista de

(Pasa a la pág. 4)

EL SEÑOR ESNAOLA SUSTITUYE A LUIS NOZAL

DATOS BIOGRAFICOS

- Nació en Bilbao el 14 de agosto de 1928.
- Estudió con los PP. Jesuitas y es Ingeniero Industrial desde 1953.
- Ha ejercido su profesión en Mannheim (Alemania), en la firma Daimler-Benz (1952); Bilbao (1953-54), en Babcock & Wilcox, C. A., y Santander (1955-59), como Director de Corcho, S. A.
- Ha venido prestando servicios al Movimiento en la Organización Sindical desde 1960 hasta la fecha, en las siguientes actividades:

- Director de los Servicios Técnico - Comerciales de «Aparatos Domésticos e Industriales no eléctricos» y de «Construcciones Metálicas y Caldererías», del Sindicato Nacional del Metal (1960-64).
- Asesor Técnico del Sector de «Industrias Metálicas de la Construcción» (1963-64), del mencionado Sindicato.
- Asesor Técnico del Sindicato Nacional del Metal y Director del Servicio Técnico - Comercial de



El productor Enrique Molinés Bernabeu, de la Empresa Altos Hornos de Vizcaya, factoría de Sagunto, que había alcanzado el título de Campeón Provincial de Ajuste 1966, se clasificó en segundo lugar en la competición nacional celebrada en Madrid.

MI APELLIDO ES MOLINER

Constructores de Bienes de Equipo (SERCUBE), de dicha entidad (1964 hasta la fecha).

- Representante del Sindicato Nacional del Metal en Convenciones europeas y Reuniones internacionales de diferentes organismos, de los cuales el Sindicato es miembro.
- Participante, por la Organización Sindical, en las reuniones de las Comisiones Mixtas, Hispano-Alemana, Hispano-Suiza, Hispano-Brasileña e Hispano-Portuguesa, efectuando viajes a Alemania, Portugal, Brasil, Argentina, Venezuela, Co-

(pasa a la pág. 4)

CONTRATO DE APRENDIZAJE



Número del contrato

87

Número de la oferta

En Puerto de Sagunto a 1 de Octubre de 1952, reunidos de una parte

EMPRESARIO

D. Jerónimo Roure y Solache como (1) Director
de la Empresa A.H.V. S.A. Fca. Sagunto dedicada a (2) Siderurgia
con domicilio social en Puerto Sagunto
calle Avda. José Antonio número 7 piso teléfono 86
y carnet sindical núm. _____

y de otra

APRENDIZ

D. Enrique Moliner Bernabeu natural de Barcelona
provincia de Barcelona nacido el 10 de Diciembre de 1935
con domicilio en Puerto de Sagunto calle de Poeta Llobart
núm. 101 piso _____
Cartilla de Identidad Profesional núm. (3) 1 expedida en _____
el _____ de _____ de 19 _____ encuadrado en el Frente de Juventudes con el núm. _____
que lleva de aprendizaje en la misma profesión objeto de este contrato _____
con la última Empresa (4) _____
y (5) _____ (6) representado
por (7) Enrique Moliner Merli de 44 años de edad, profesión Ajustador
Oficial 1ª domiciliado en Puerto de Sagunto calle Poeta Llobart
núm. 101 en su calidad (8) de padre

otorgan el presente Contrato de aprendizaje, que se basa en el respeto, consideración y obediencia del aprendiz hacia el maestro o patrono, quien, a su vez, deberá conducirse para con él como un buen padre de familia, con arreglo a las siguientes:

- (1) «Empresario», «representante», «Gerente» o «apoderado». (2) Determinar clase de actividad a que se dedica la Empresa. (3) Sólo para extranjeros. (4) Consignar el nombre y tiempo en la última Empresa. (5) Consignar el tiempo en otras Empresas. (6) Poner según proceda la palabra: «representante», «asistido» o «autorizado». (7) Nombre y apellidos de la persona que complete o supla la personalidad del aprendiz. (8) Consignar según el caso la palabra «padre», «madre», «tutor», «marido», «defensor judicial» o «juez».

CLAUSULAS

PRIMERA.—El Empresario o Maestro se obliga a enseñar prácticamente al aprendiz que suscribe el oficio o industria de Ajustador, utilizando a la vez su trabajo, que quedará subordinado a la enseñanza profesional de aquél mediante la retribución inicial diaria, de 38,70 pesetas, que se aumentará cada año teniendo en cuenta lo que dispongan las Reglamentaciones correspondientes, que será satisfecha (9) al (10) sus familiares.

SEGUNDA.—La manutención y alojamiento del aprendiz correrá a cargo de (11)

TERCERA.—La duración de este Contrato será de dos años, incluido el período de prueba que se fija en un mes días (12) y que comienza el 1 de Octubre de 19 52.

CUARTA.—La jornada ordinaria de trabajo, dentro del límite exigido por el sexo y la edad, será, con arreglo a las disposiciones legales vigentes, de ocho horas.

QUINTA.—El Empresario o Maestro se obliga a vigilar al aprendiz y prevenir sus extravíos con el celo de un buen padre de familia, dando cuenta a sus padres o encargados, cuando así lo crea conveniente, de cuantas faltas observare y, obligatoriamente, en caso de accidente o enfermedad.

Por su parte, el aprendiz guardará obediencia y respeto al Empresario en todo momento, y principalmente en lo relativo a la instrucción que recibe.

SEXTA.—Cumpliendo la Orden del Ministerio de Trabajo de 20 de abril de 1942 ("B. O." número 15, del día 25 de Abril), ambas partes quedarán enteradas y se comprometen:

EMPRESARIO

a) A conceder la autorización necesaria para que el aprendiz pueda acudir durante una hora semanal a las actividades que el Frente de Juventudes le señale y en la hora que previamente disponga dicha Organización. El tiempo concedido pertenecerá a la jornada de trabajo y será, por tanto, retribuido.

b) A descontar de la retribución asignada al aprendiz, caso de que éste no asistiera a los actos o enseñanzas ordenados por el Frente de Juventudes, el importe de dos horas; el importe de una hora lo remitirá al Frente de Juventudes para premiar la puntualidad de los demás aprendices, y el de la otra, quedará a beneficio de la Empresa.

c) A conceder un permiso anual y retribuido de veinte días laborables al aprendiz contratado que señale nominalmente el Frente de Juventudes con un mes de antelación, si las bases de trabajo correspondientes no concedieran otro mayor, cuando dicho aprendiz haya de participar en Campamentos, viajes, etcétera, organizados por dicho Frente de Juventudes, según lo dispuesto en la Orden de 29-12-45 ("B. O. del Estado" de 6-1-46).

d) En los casos no comprendidos en la Orden citada en el apartado anterior, las vacaciones anuales se regularán por las normas de trabajo en vigor para la industria de que se trate.

EL APRENDIZ

a) A acudir puntualmente al trabajo y a todos los actos y servicios que le sean señalados por el Frente de Juventudes, los días y horas que previamente se le indiquen.

b) A que le sean descontadas por la Empresa dos horas de su haber ordinario en el caso de faltar a los actos o conferencias indicados.

c) A disfrutar anualmente de un permiso de veinte días laborables retribuidos, cuando haya de asistir a los Campamentos, viajes, etc., que organice el Frente de Juventudes.

SEPTIMA.—Las partes contratantes se obligan a observar y guardar estrictamente las disposiciones legales sobre el trabajo y al cumplimiento de lo que las leyes disponen en materia de previsión, seguros sociales, subsidios y jornada, que se regulará por lo ordenado en las disposiciones legales, sin que pueda prolongarse, hasta cumplir los dieciséis años, después de las ocho de la tarde, ni iniciarse antes de las seis de la mañana, ni trabajar tampoco horas extraordinarias.

(9) Mensual, semanal o de otra forma. (10) Designar la persona que ha de percibirla. (11) Consignar si del Empresario o de los familiares o tutores del aprendiz; si es a cargo del Empresario, detallar las condiciones. (12) No podrá exceder este período de ocho semanas.

OCTAVA.—En el caso de ser rescindido el Contrato, la Empresa deberá comunicarlo a la Oficina de colocación exponiendo los motivos.

NOVENA.—Los cambios de categoría profesional o de profesión, así como cualquier circunstancia que influya en la formación profesional del aprendiz, deberá ser puesta en conocimiento de la Oficina de Colocación transcurridos cinco días, como máximo, desde que el hecho tenga lugar.

DECIMA.—Todas las divergencias que se susciten entre los contratantes, con motivo de la interpretación, cumplimiento y consecuencias de este Contrato, se obligan a someterlas, en primer término y en conciliación, al Sindicato Vertical correspondiente, sin perjuicio del derecho de acudir a la Magistratura del Trabajo cuando lo exija la prescripción de las acciones a ejercitar ante la misma.

UNDECIMA.—Durante la vigencia de este Contrato, no podrá el aprendiz celebrar otro con distinto Empresario o Maestro.

DUODECIMA.—Al finalizar el Contrato, el Empresario o Maestro entregará al aprendiz un certificado, en el que consignará el grado de conocimientos y práctica alcanzados por el mismo en el oficio o profesión objeto de este Contrato.

se presenta el tríptico de menores debidamente legalizado, por (13) ~~ser menor de 18 años~~ y el carnet de la Oficina de Colocación.

En este año, como en los sucesivos, el aprendiz percibirá el jornal que determina el Reglamento Nacional para el Trabajo en la Industria Siderometalúrgica.

Y para que conste, y a un solo efecto, firman el presente por cuadruplicado (debiendo quedar un ejemplar en poder de la Oficina de Colocación, otro se remitirá al Frente de Juventudes, y los dos restantes se entregarán a cada una de las partes), en el lugar y fecha ya indicados.

EL EMPRESARIO,
ALTOS HORNOS DE VIZCAYA, S. A.
FÁBRICA DE SAGUNTO
El Director,

EL REPRESENTANTE DEL
APRENDIZ (14)

J. Moliner

EL APRENDIZ,

J. Moliner

EL JEFE DE LA SECCION SOCIAL

VISADO DE LA OFICINA DE COLOCACION

SINDICATO PROVINCIAL DEL METAL

J. Collado

Firmado: J. Collado

Visado con el n.º 6691 folio 145
alencia 13 de 11 de 1952

(13) Si es mayor, se pondrá NO, y después, «por ser mayor de dieciocho años»; en caso contrario, poner: «por ser menor de dieciocho años».

(14) Si el representante del aprendiz no supiera firmar, pueden hacerlo dos testigos hábiles. Si interviniera persona designada por los padres, tutor o defensor del aprendiz, deberá acompañarse al Contrato, el documento en que conste su designación o el testimonio del discernimiento. Si se tratase de mujer casada, se acompañará el documento justificativo de la autorización marital, cuando sea necesario.

CLAUSULAS

PRIMERA.—El Empresario o Maestro se obliga a enseñar prácticamente al aprendiz que suscribe el oficio o industria de Ajustador, utilizando a la vez su trabajo, que quedará subordinado a la enseñanza profesional de aquél mediante la retribución inicial diaria, de 30,70 pesetas, que se aumentará cada año teniendo en cuenta lo que dispongan las Reglamentaciones correspondientes, que será satisfecha (9) al (10)

SEGUNDA.—La manutención y alojamiento del aprendiz correrá a cargo de (11) sus familiares

TERCERA.—La duración de este Contrato será de dos años, incluido el período de prueba que se fija en un mes días (12) y que comienza el 1 de Octubre de 19 52.

CUARTA.—La jornada ordinaria de trabajo, dentro del límite exigido por el sexo y la edad, será, con arreglo a las disposiciones legales vigentes, de ocho horas.

QUINTA.—El Empresario o Maestro se obliga a vigilar al aprendiz y prevenir sus extravíos con el celo de un buen padre de familia, dando cuenta a sus padres o encargados, cuando así lo crea conveniente, de cuantas faltas observare y, obligatoriamente, en caso de accidente o enfermedad.

Por su parte, el aprendiz guardará obediencia y respeto al Empresario en todo momento, y principalmente en lo relativo a la instrucción que recibe.

SEXTA.—Cumpliendo la Orden del Ministerio de Trabajo de 20 de abril de 1942 ("B. O." número 15, del día 25 de Abril), ambas partes quedarán enteradas y se comprometen:

EMPRESARIO

a) A conceder la autorización necesaria para que el aprendiz pueda acudir durante una hora semanal a las actividades que el Frente de Juventudes le señale y en la hora que previamente disponga dicha Organización. El tiempo concedido pertenecerá a la jornada de trabajo y será, por tanto, retribuido.

b) A descontar de la retribución asignada al aprendiz, caso de que éste no asistiera a los actos o enseñanzas ordenados por el Frente de Juventudes, el importe de dos horas; el importe de una hora lo remitirá al Frente de Juventudes para premiar la puntualidad de los demás aprendices, y el de la otra, quedará a beneficio de la Empresa.

c) A conceder un permiso anual y retribuido de veinte días laborables al aprendiz contratado que señale nominalmente el Frente de Juventudes con un mes de antelación, si las bases de trabajo correspondientes no concedieran otro mayor, cuando dicho aprendiz haya de participar en Campamentos, viajes, etcétera, organizados por dicho Frente de Juventudes, según lo dispuesto en la Orden de 29-12-45 ("B. O. del Estado" de 6-1-46).

d) En los casos no comprendidos en la Orden citada en el apartado anterior, las vacaciones anuales se regularán por las normas de trabajo en vigor para la industria de que se trate.

EL APRENDIZ

a) A acudir puntualmente al trabajo y a todos los actos y servicios que le sean señalados por el Frente de Juventudes, los días y horas que previamente se le indiquen.

b) A que le sean descontadas por la Empresa dos horas de su haber ordinario en el caso de faltar a los actos o conferencias indicados.

c) A disfrutar anualmente de un permiso de veinte días laborables retribuidos, cuando haya de asistir a los Campamentos, viajes, etc., que organice el Frente de Juventudes.

SEPTIMA.—Las partes contratantes se obligan a observar y guardar estrictamente las disposiciones legales sobre el trabajo y al cumplimiento de lo que las leyes disponen en materia de previsión, seguros sociales, subsidios y jornada, que se regulará por lo ordenado en las disposiciones legales, sin que pueda prolongarse, hasta cumplir los dieciséis años, después de las ocho de la tarde, ni iniciarse antes de las seis de la mañana, ni trabajar tampoco horas extraordinarias.

(9) Mensual, semanal o de otra forma. (10) Designar la persona que ha de percibirla. (11) Consignar si del Empresario o de los familiares o tutores del aprendiz; si es a cargo del Empresario, detallar las condiciones. (12) No podrá exceder este período de ocho semanas.

REGISTRO DE APRENDIZAJE



Registrado el presente documento en la hoja
n.º *45* folio *45* del tomo *1* del libro *Contratos*
Sagunto *13* de *Noviembre* de 1952
EL JEFE DE LA OFICINA DE E. Y COLOCACION.

Modificaciones introducidas posteriormente a la firma del Contrato: _____

Reclamaciones producidas ante los Tribunales y su fallo: _____

Disposiciones	Boletín Oficial	E X T R A C T O
O. 4-8-38	6-8-38	Obliga a registrar y visar los contratos de aprendizaje en las Oficinas de Colocación.
O. 23-9-39	3-10-39	Establece el aprendizaje obligatorio en las industrias.
O. 23-2-40	27-2-40	Establece la creación de escuelas de aprendizaje en industrias privadas.
O. 7-3-41	11-3-41	Concede permiso a Maestros y Jefes de Taller para el fomento del aprendizaje.
O. 20-4-42	26-4-42	Sobre relaciones entre aprendices, Oficinas de Colocación y Frente de Juventudes, dando aplicación al Decreto de 6-12-41.
O. 16-7-42	21-7-42	Sobre concepto de aprendices.
D. 11-11-43	23-11-43	Sobre instituciones dedicadas a la enseñanza profesional de aprendices.
D. 31-3-44	11-4-44	Sobre entrega de una copia del Contrato de aprendizaje al Frente de Juventudes. Ley de Contrato de Trabajo, art. 144.
O. 29-12-45	6-1-46	Concede 20 días laborables de vacaciones para los menores.
O. 27-4-46	30-4-46	Sobre facilitar «monos» a los trabajadores menores de veintiún años.

Los contratos de aprendizaje están exentos de Impuestos de Timbre y Derechos Reales

TESTIMONIOS

DE

APRENDIZ

Nota: en la edición del libro impreso, se adjunta un sobre con las imágenes correspondientes y otras.

En este caso las hemos pegado directamente.



LIBRO



SOBRE